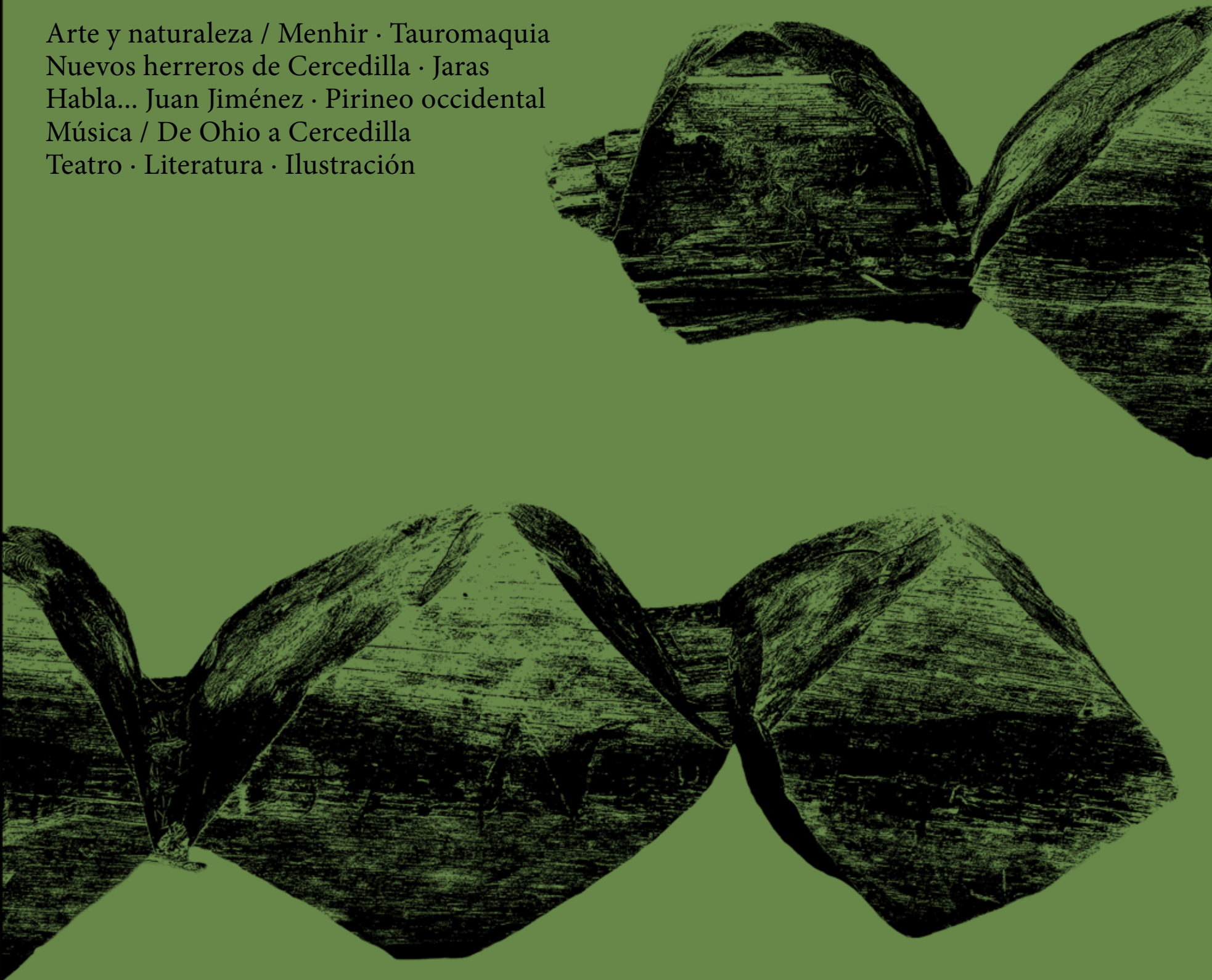


EL PAPEL DE CERCEDILLA

Nº2 • TEMPORADA II • MAYO 2019

Arte y naturaleza / Menhir · Tauromaquia
Nuevos herreros de Cercedilla · Jaras
Habla... Juan Jiménez · Pirineo occidental
Música / De Ohio a Cercedilla
Teatro · Literatura · Ilustración



Cercedilla inédita

El oro verde. La dehesa y pinar de Arrulaque. Siglos XV -XVII



EL PAPEL DE CERCEDILLA

Revista de la Fundación Cultural de Cercedilla



Patronato y consejo editorial

Eduardo Acaso Deltell
Francisco Cifuentes Ochoa
Jesús Ecurín Campos
Javier López Iglesias
Sergio Méndez Santos
Teresa Martín Molina
Francisco Tomás Montalvo Palazuelos
Ángel Ranz Herranz
Virginia Rodríguez Cerdá
Rafael Sánchez-Mateos Paniagua

Edición

Virginia Rodríguez Cerdá

Imagen, diseño y composición

Daniel García Pelillo

Corrección y asistencia a la edición

Cuqui Weller
Sara Rincón
Teresa Martín Molina

Impresión

Imprenta Rosa

© DE LOS TEXTOS Y LAS IMÁGENES: sus autores, 2019
© DE LA EDICIÓN: Fundación Cultural de Cercedilla, 2019
Calle de los Registros, 56, 28470, Cercedilla

ISSN 2605-3365
DEP. LEGAL M-28551-2018

Con la colaboración del Ayuntamiento de Cercedilla



Ilustraciones de cubierta de Daniel G. Pelillo

EDITORIAL

Estimado lector:

Bienvenido al segundo número de *El Papel de Cercedilla*. Nos alegra que ahora lo tengas en tus manos; para que nuestra satisfacción sea total, ya solo falta que disfrutes de su lectura.

Hemos hecho un gran esfuerzo para incorporar, en la medida de lo posible, las sugerencias que hemos ido recibiendo a través de las múltiples conversaciones, casi siempre elogiosas y cariñosas, de tantos y tantos lectores que disfrutaron del primer número.

Seguimos en el empeño de convertir la revista en un elemento de cohesión, de reconocimiento de la diversidad, de conocimiento de nuestros orígenes y nuestra historia. Con amor y con humor.

En este número se escuchan más voces. Algunas tienen nuestro inconfundible acento parrao, otras son ciudadanas y en varias resuenan ecos de diferentes países y culturas. Hablamos y debatimos sobre los toros, repasamos los detalles inéditos de la relación del pueblo con sus pinares, contamos cuentos y versos, entramos en los proyectos de los músicos y los artistas que han construido sus nidos en esta tierra. De los que llegan y de los que nos han dejado. De los que han vivido aquí desde siempre y de los que quieren vivir aquí para siempre.

Nuestro mayor anhelo es que la revista sea accesible y que la disfruten las abuelas, los chavales del instituto, que se comente en la carnicería y se discuta en los bares. Que esté viva. También, que ocupe las tertulias más sesudas de los intelectuales amarrados a sus vasos de vino.

Y para eso te damos la palabra, querido lector, por si quieres ponerte también de este lado.



Colaboran en este número

Textos

Paco Cifuentes
Rafael SM Paniagua
Ángel Ranz Herranz
M.^a Jesús Miranda
Candela del Carmen Villa Sanabria
Amai Varela
Javier Matos
Óscar Jiménez Martín
Belén Sáenz de Miera
Pablo Muñoz
Miguel Ángel Blanco
Jesús Escurín
Elena Romero
Diego Silva
Sergio Torrecilla
Iñaki López Martín
Javier López Iglesias
Pedro Sáez
Rafael Reig
Jorge Riechmann
Manuel Peinado
Ricardo Gómez
Le Corps d'Ulan
Robbie K. Jones
Sara Rincón
Teresa Martín Molina
Carmen Castaño Liriano
Yiralldy Martínez Castaño
José Barrios Sevillano
Jorge Jimeno
Enrique Flores

Imágenes

Juan Triguero
Sergio Redruello
Nono
Diego de Miguel Heredero
Menhir (Coco Moya e Iván Cebrián)
Daniel G. Pelillo
Juan Cristóbal
Joaquín Escosa García
Anton van den Wyngaerde
T. Augusto Arcimís
Otto Wunderlich
Esther Gabriel
Pedro Sáez
Violeta Fernández
Myriam Ortega
Emilio Guinea López
Luis Monje
Jehan de l'Hermite
Ignacio Grassano
Miguel Palomar
Susie Jones
Max Hierro
Antonio Muñoz
Enrique Flores

Esta publicación es un medio abierto
a colaboraciones de diversa procedencia: las opiniones
expresadas en los artículos corresponden a sus
autores y no tienen por qué coincidir necesariamente
con las del consejo editorial ni con posiciones
defendidas por la Fundación Cultural de Cercedilla

4. DESDE LA COCINA
EL INVENTO

por *Paco Cifuentes*



6. NATURANS/NATURATA
EL ECO DE LA MATERIA
MENHIR

por *Rafael SM Paniagua*



16. DEBATE
TAUROMAQUIA

VV.AA



24. CERCEDILLA INÉDITA
EL ORO VERDE • PINAR DE ARRULAQUE

por *Iñaki López Martín*



36. MONTAÑAS CONTADAS
LA FRONTERA • PIRINEOS OCCIDENTALES

por *Pedro Sáez*



42. PLANTAS DE AQUÍ
JARAS Y JARALES

por *Manuel Peinado*



52. MÚSICAS VECINAS
DE OHIO A CERCEDILLA

por *Robbie K. Jones*
y *Jesús Escurín*

64. SIERRA ILUSTRADA
ENRIQUE FLORES



14. HABLA... **JUAN JIMÉNEZ** por *Ángel Ranz*

21. MÁS PAPEL **TOPONIMIA DE VALSAÍN** por *MAB*

22. ARTESANOS **HERREROS 2.0**

por *Jesús Escurín y Elena Romero*

35. TAMBIÉN... **A. MACHADO** por *J. López Iglesias*

39. ¿PERIÓDICOS TIENEN? **EDUARDO ACASO**

por *Rafael Reig*

40. POEMAS INÉDITOS **BALCONES AL VALLE DE FUENFRÍA**

por *Jorge Riechmann*

49. DIARIO DE UN NEORRURAL por *Ricardo Gómez*

50. TEATRO **PRIMEROS COMEDIANTES** por *I. López*
ESCENIFICACIÓN I por *Le Corps d'Ulan*

56. AQUÍ LEJOS **CARMEN CASTAÑO LIRIANO**

por *Sara Rincón y Teresa Martín*

58. LPS **LOVES** por *José Barrios Sevillano*

60. LO QUE PINTA **MAX HIERRO**

62. QUÉ CUENTO TIENES, JIMENO **EL ÚLTIMO TREN**

por *Jorge Jimeno*

EL INVENTO

Paco Cifuentes Ochoa

En estos últimos meses las charlas en la cocina de la casa de mis padres han estado muy marcadas por la enfermedad y la muerte, a principios de diciembre, de la tía Chus. Hablamos de la pérdida, de la frágil textura de las vidas, de la forma en que puede llegar a cambiar el significado de un lugar cuando los que solían habitarlo ya no están.

Y según se va deshaciendo la madeja de los recuerdos de la infancia con sus veranos infinitos a caballo entre la frutería de los abuelos y la lechería de la tía Mari, se me ocurre una historia para sacudir tristezas, una historia de risa sobre la innovación y el emprendimiento que voy a titular «El Invento».

Poca gente sabe que cuando Unamuno escribió aquello tan polémico de «que inventen ellos», en realidad no se refería a los europeos, sino, específicamente, a mi familia. Ahí está el caso, por ejemplo, de la tía Paloma, que a eso de los nueve años se inventó lo de andar «p'adelante» echando los pies «p'atrás» y tuvo un éxito enorme entre los chiquines de aquella época; de hecho, bien

pudiera haber servido de patrón para los extraños movimientos de Elvis *La Pelvis*. También en el terreno del léxico hemos hecho nuestras aportaciones; a nuestra cosecha se deben términos tales como «amorugarse» y expresiones como «caga poquito y envuélvelo bien» o «muérdeme en el cuello y llámame Antonia». Mi hermana Ana, por su parte, ha descubierto una nueva acepción de la palabra «petrificar», que viene a designar el proceso mediante el cual mi madre, es decir, la Petri, se apodera de una idea o una cosa y le da su toque personal. Así, la musaka, la lasaña, el *patchwork* y hasta la mecánica cuántica se petrifican. Yo mismo, en mis primeros trabajos de investigación químico-física, intenté la síntesis del «triclóruro de envidia» y del «1-metil-2 fenil-estate quieto», si bien dichas lubricaciones patafísicas no le parecieron a mi director de tesis dignas de ulterior desarrollo e impulso.

Pero la historia que hoy quiero contar es la del invento por antonomasia, el invento que vino a transformar el modelo de negocio que hasta entonces se conocía como «Frutería Ochoa».

Ahora voy a expandir el fuelle de este acordeón de la memoria y debemos de estar a finales de los sesenta, cuando en el país se vislumbraba un futuro algo más próspero y el abuelo Paco, como Martin Luther King unos años antes, tuvo un sueño que hoy los economistas denominarían integración vertical de la cadena de valor que va desde el pollo corriendo libremente en un corral hasta el pollo en pepitoria en la andorga del consumidor. La idea de la granja para el engorde de pollos se complementó con la de las gallinas ponedoras que abastecerían de huevos al incipiente mercado parrao. Los cuatro socios fundadores fueron mi padre, el tío Esteban, el abuelo Paco y el joyero Isidoro, siendo estos dos últimos los únicos que aportaban capital, mientras que mi padre y el tío Esteban ponían el entusiasmo, la fe, la mano de obra, los cálculos de ingeniería y la imaginación. Los pollitos recién nacidos los compraban mis padres en Madrid, en la calle Alcántara, en cajas ventiladas con cincuenta avecillas cada una que viajaban en el autobús de Larrea. Al cabo de cuarenta y cinco días, más o menos, a base de pienso y cariño, el pollo ya estaba listo para el sacrificio.

De la fábrica de Kelvinator el tío Esteban había aprendido las técnicas de optimización de la producción, y cronómetro en mano perseguía a la abuela y a las tías





Cercedilla, 1962. La tía Paloma (la niña), mi padre (el de la corbata) y Clemente (un primo de mi madre) pelando pollos en la frutería; por detrás mi madre y la tía Mari; yo voy de inquilino en la tripa de mi madre (foto de la familia Cifuentes Ochoa)

en las distintas faenas; a saber, la degollina, el desangrado, el escaldado, el pelado y el eviscerado, y pronto llegó a la conclusión de que el pelado del pollo era la tarea que más tiempo consumía y por tanto la que mayores limitaciones suponía para el beneficio de la empresa. Recuerdo a toda la familia pelando pollos mientras contaban historias y cotilleos con las manos enrojecidas por el contraste entre el agua caliente y el frío que hacía en el cuartucho. Pero aquello era casi medieval, artesanal, y la granja que había soñado el abuelo quería ser un ejemplo de modernidad acorde con los avances técnicos y las posibilidades de automatización del siglo xx.

Y así surgió el Invento. Entre mi padre y el tío Esteban diseñaron la Pelapollos. De dónde sacaron la idea es algo que aún sigo preguntándome porque entonces no había Internet, pero el hecho es que prepararon unos planos, se realizaron los cálculos oportunos y se encargaron las piezas necesarias para el montaje y puesta en marcha del ingenio.

Como ya dije en otra parte, la memoria es un cristal que a menudo se empaña, así que mi descripción del Invento puede que no refleje fielmente su esencia. La Pelapollos constaba de un tambor que giraba como una lavadora cuando centrifuga. El tambor llevaba insertados

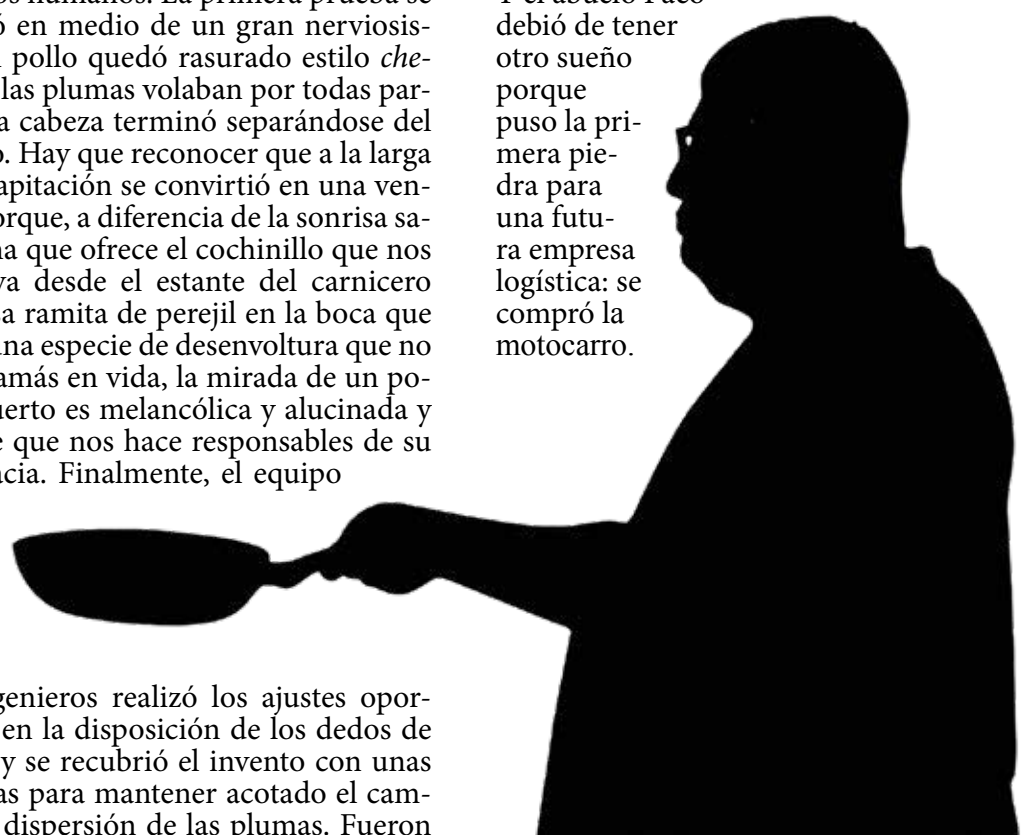
una especie de dedos de goma muy flexibles. Un motor eléctrico acoplado al eje del tambor proporcionaba la velocidad de giro requerida. El pollo bien sujeto por las patas flotaba sobre los dedos de goma que, al girar rápidamente, se iban llevando las plumas, desposeyendo al ave de su principal diferencia con los bípedos humanos. La primera prueba se realizó en medio de un gran nerviosismo: el pollo quedó rasurado estilo *cherokee*, las plumas volaban por todas partes y la cabeza terminó separándose del tronco. Hay que reconocer que a la larga la decapitación se convirtió en una ventaja porque, a diferencia de la sonrisa satisfecha que ofrece el cochinitillo que nos observa desde el estante del carnicero con esa ramita de perejil en la boca que le da una especie de desenvoltura que no tuvo jamás en vida, la mirada de un pollo muerto es melancólica y alucinada y parece que nos hace responsables de su desgracia. Finalmente, el equipo

de ingenieros realizó los ajustes oportunos en la disposición de los dedos de goma y se recubrió el invento con unas sábanas para mantener acotado el campo de dispersión de las plumas. Fueron

tiempos realmente buenos para la familia y en los nuevos letreros fluorescentes que se encargaron se leía: «Frutería Ochoa. Aves, huevos y caza».

¿Que por qué tuvieron que cerrar la granja al cabo de un año escaso? Los historiadores no llegan a ponerse de acuerdo y, como suele ocurrir en las grandes catástrofes, la causa no debió de ser única. Por una parte no todos los pollitos llegaban a la edad adulta. No es cierto, como muchos aseguran, que Rafita tirara piedras a los pollos porque —de eso sí que me acuerdo bien— lo que hacía Rafita era tirar pollos a las piedras. Y en su descargo debo decir también que todos los primos teníamos algún crimen en nuestro haber. Por ejemplo, mi hermano Mariano organizaba unos cursillos de submarinismo aviar en el pilón que dejaron varios damnificados. Además, mi padre elegía unos cuantos pollos cuando solo llevaban veinte días de engorde y los vendía a clientes preferentes por menos de lo que valía el pienso que necesitaban consumir en ese tiempo. Hubo gripe aviar, subió el pienso, bajaron los huevos, se puso de moda otra vez el cerdo, se produjo el *baby boom* de las terneras...

Y el abuelo Paco debió de tener otro sueño porque puso la primera piedra para una futura empresa logística: se compró la motocarro.



Ilustraciones de Juan Triguero

EL ECO DE LA MATERIA

Rafael SM Paniagua

Es difícil recordar la impresión que de niños nos causó escuchar por primera vez el eco de la montaña. El paisaje atrapa nuestra voz para hacérsela oír de nuevo y así se entabla una conversación entre nuestro entorno y lo que somos.

Es cierto que, con la vuelta de nuestras propias palabras, el eco nos introduce en la experiencia de la soledad, del vacío, en la falta de respuesta ante la pregunta que lanzamos al paisaje, pero también nos sitúa ante la evidencia de su materialidad. La capacidad de sonar o de hablar de la montaña compromete nuestra capacidad de escuchar. Crujir de hojarasca, temblor de arroyo, rastro de criatura, explosión de rayo o de vaina de retama; la escucha que dedicamos al paisaje se caracteriza por nuestros automatismos y pocas veces nos introducimos en su boscosidad. La cosmovisión de la montaña, poderosa, fotogénica, se impone a su *cosmoaudición*, que es un término que el antropólogo mexicano Carlos Lenkersdorf propuso, inspirado en los usos y costumbres de las comunidades zapatistas, para referirse a una forma de relacionarnos entre nosotros y con el medio fundamentada en la escucha, el diálogo y la convivencia.

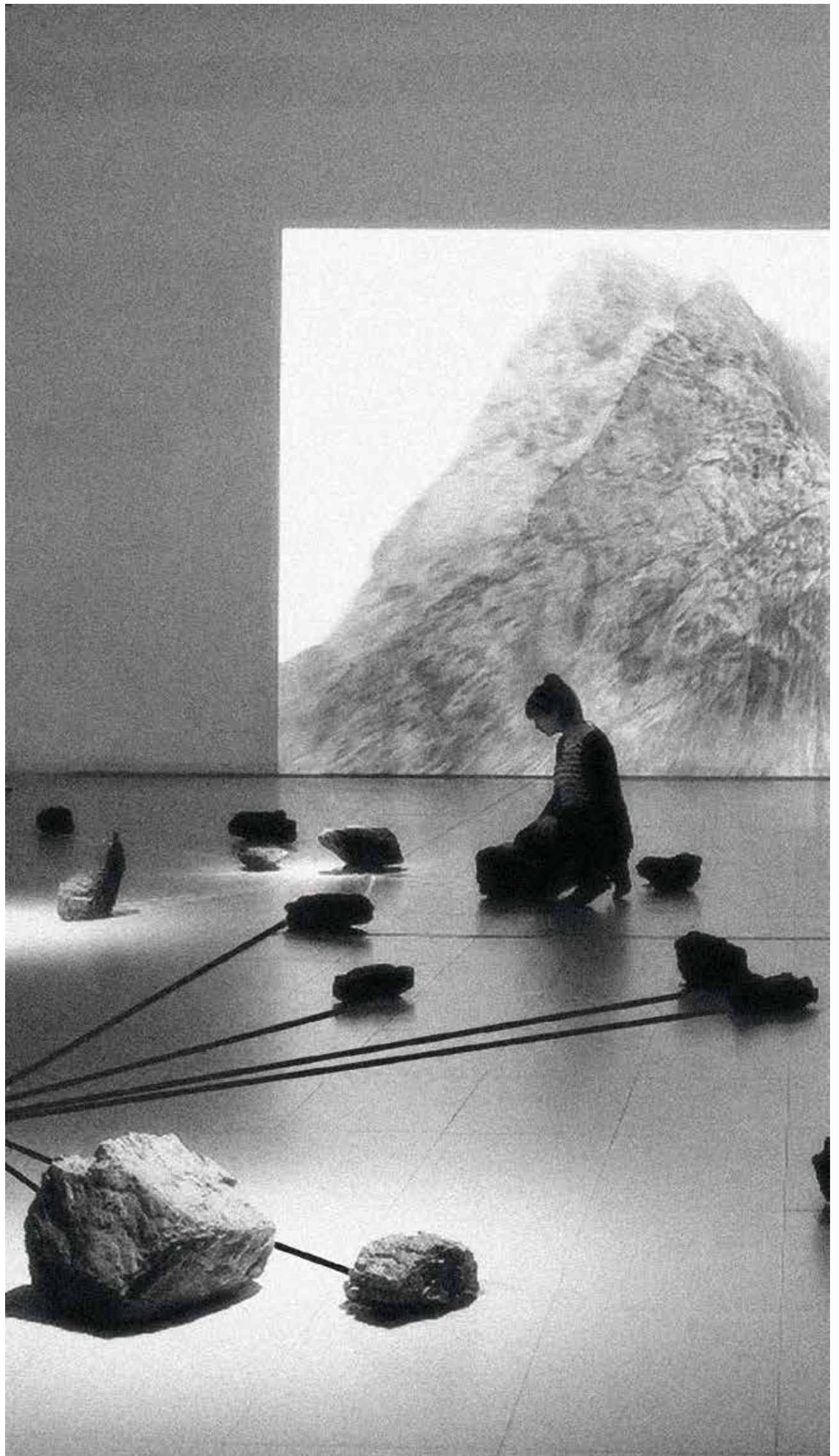
En el primer episodio de esta sección de *El Papel de Cercedilla* dedicada a las artes, hablé de la *Biblioteca del Bosque* de

Miguel Ángel Blanco y de la colección de cencerros de Carlos Matos para subrayar la afinidad entre creación artística y fuerzas creadoras de la propia naturaleza. Re-sintetizando ambos mundos: paisaje, bosque, montaña y sonido, vamos a parar a Menhir, que es un proyecto artístico musical de Coco Moya e Iván Cebrián, vecinos de nuestro pueblo desde hace cinco años. Aunque tienen otros proyectos personales, en Menhir, Coco canta y toca los sintetizadores e Iván toca más sintetizadores, procesa los sonidos y los mezcla. Se mueven entre cacharros, pero no son una banda de música electrónica sino más bien un laboratorio artístico de sonido, voz y ritmos que tiene su estudio en la sierra. La materia con la que trabajan es el sonido, que tratan de un modo artesano, como una materia susceptible de ser manipulada y transformada mediante síntesis y efectos.

Coco e Iván siempre dicen que Menhir es una acción. «Hacer un menhir», en su lengua, significa acercarse a un espacio singular o «un lugar de poder» para el

que componer una especie de «monumento sonoro», una creación musical específica, percibiendo ese paisaje como si fuera una partitura. No se dedican a registrar esos lugares sino a recrearlos. No les gusta tocar en bares o festivales, sino en minas abandonadas, museos geomineros, cárceles en desuso, planetarios, acantilados, valles. Acaban de finalizar la banda sonora para una película documental de Carlos Hernández, que narra el parto y primeros días de un niño en los campamentos saharauis de Argelia. Hay algo arqueológico o residual, algo de desaparición en los espacios en los que trabajan, como cuando no encontramos respuesta en el eco, o como si hubieran sido abandonados por su antiguo *genius loci*, o genio del lugar, que ellos tratan de invocar de nuevo. «El contexto lo es todo, aunque trabajar en este tipo de sitios siempre lleva más complicación que tocar en una sala de conciertos preparada. Desde los permisos a cómo llevar el material, y luego las cuestiones más mundanas: el frío, la humedad, el solazo», afirma Coco.

«Menhir Instalación 0»,
de Coco Moya e Iván
Cebrián, consistió en una
exploración del paisaje de
Asturias y León a través de
una instalación-instrumento
interactiva. El proyecto ganó
el Premio LABjoven Los
Bragales en 2015
(imagen a partir de una
fotografía de
Sergio Redruello)





Menhir. Coco Moya e Iván Cebrián en el Cerro Gallinero, Hoyocasero, Ávila, 2014
(foto de Nono)

Pero esas dificultades importan porque la experiencia que quieren compartir no es un espectáculo en un lugar pintoresco, sino un encuentro musical con el entorno en «un ritual de escucha colectiva», dice Iván. El objetivo es facilitar algún tipo de conexión estética y espiritual con el enclave, de ahí la combinación de naturaleza y música, que se remonta a tiempos ancestrales, prehistóricos, pero también modernos, si pensamos en las *raves* o festivales de música electrónica en el campo. Hay una dimensión experimental en su manera de abordar el arte, tanto en la fase de creación como en la de recepción, que confía en la posibilidad de construir una experiencia sensorial poderosa, colectiva, casi mágica.

El objetivo es facilitar algún tipo de conexión estética y espiritual con el enclave

Los materiales mismos: el carbón, los meteoritos, los cristales, el agua pueden convertirse en instrumentos o formas que conducen el sonido. Diseñan unos dispositivos electrónicos que les permiten interactuar con estos materiales conductores. La intervención de Coco en una celda de la cárcel de Segovia era una nube de voces que evolucionaban al introducir los dedos en las tazas de agua situadas en el suelo (tinyurl.com/y8va2oj3). Sus intervenciones sonoras, al estar vinculadas intensamente a los espacios en que suceden, tienen un fuerte componente plástico, de instalación. Ahora mismo están colaborando con el artista Miguel Ángel Blanco en un proyecto vinculado al *lapis specularis* (piedras cristalinas o espejuelos que los romanos usaban como material cons-

tructivo) para una muestra que está teniendo lugar en el Museo Arqueológico de Madrid. Coco e Iván recalcan: «Nos preguntamos qué es un instrumento. Al usar estos materiales para hacer sonidos, algo vivo de esa materia se expresa, lo que nos permite replantearnos si una piedra o una montaña están también vivas. La improvisación también tiene que ver con esa parte viva. Nosotros no transformamos el material mismo, tratamos de revelar sus propias cualidades sonoras y conductoras».

La sensación de misterio, de encantamiento, es consustancial a la escucha de las piezas de Menhir. Son médiums entre el espacio y la música. Ellos mismos se refieren a las líneas de Hartmann de la geomancia, unas líneas invisibles que organizan las energías espaciales, aunque en los pueblos siempre ha habido zahoríes que sabían encontrar fuentes de agua o mujeres que anticipaban los cambios de tiempo: «Usar los materiales mismos como mediadores de la creación sonora invita a la interrelación y a encontrarte con el espacio y con los

otros, pues no se trata de sorprender con un despliegue tecnológico», afirman Coco e Iván.

Menhir quiere involucrar en sus creaciones a los ciclos equinociales, la luna, las estrellas, los animales. Son como trogloditas modernos, o «ciberprehistóricos» con sus pedruscos y sus sintetizadores. Transfiriendo ciertas cualidades del paisaje romántico, el concepto de 'sublime tecnológico' alude a esa dimensión desconocida, incierta y amenazante propia de las nuevas tecnologías digitales y electrónicas, cuyas fuerzas parecen servir más al control y manipulación social que a la emancipación. Sin embargo, en la línea de una «mecamística» —por usar un término del poeta audiovisual José Val del Omar, que surge de la combinación de mecánica y mística—, Menhir confía en la utopía de una tecnología que nos permita reconectar con la naturaleza, comunicarnos. Sobre el modo en que introducen en el medio natural una serie de elementos absolutamente ajenos a él (cables, altavoces, micrófonos...), responden que «la tecnología en sí misma no ha sido enemiga de la naturaleza. No existe una naturaleza intacta porque la naturaleza siempre ha estado transformándose con cada elemento que interactúa con ella. El ser humano la ha transformado siempre, con el fuego, las herramientas, la relación con el bosque.

Nosotros simplemente utilizamos la tecnología que tenemos ahora. Un pájaro establece su relación con el medio cantando y nosotros tratamos de emitir nuestros sonidos con los medios de nuestra época».

Coco canta en inglés «porque casi toda la música que escuchamos es en inglés», pero también lo ha hecho en asturianu.

«En las letras también improvisamos, y el hecho de cantar en un idioma desconocido favorece un encuentro con la palabra y la voz como instrumento, de un modo plástico, no como una lírica que transmite un significado específico, sino una forma sensible. Por eso nos interesa el *scat*, los idiomas inventados destinados exclusivamente a cantar improvisando», dice Coco. Y aunque es verdad que la música experimental electrónica suele ser durilla de escuchar —si es muy ruidosa puede ser incluso hiriente— y su círculo restringido a un intelectualismo cultural muy minoritario, la música que hacen Coco e Iván es disfrutable, gustera,

carnosa, dulce y melódica, y esto es también lo que tienen de *pop*, de popular.

Además de tener su estudio en el pueblo, desde hace un año están desarrollando un proyecto llamado Sierra (sierraLab.es) con jóvenes en el Instituto La Dehesilla, un proyecto de creación sonora: «Estamos mostrándoles cómo crea-

mos nosotros. Vamos a la montaña con ellos. Compartimos nuestros referentes artísticos, estudiando cómo hacen esos artistas. Nos gustaría que experimentaran lo que significa componer para un sitio concreto», dice Iván. Lo importante es que la música pueda entenderse como un medio de relación con el entorno. Menhir reconoce que «hay algo de extrañeza en este tipo de músicas experimentales. Pero no pretendemos que los jóvenes escuchen esta música, si al final les gusta más el *reggae*-

ton, sino que sean capaces también de disfrutarla y aprovechar la tecnología para crear y producir cosas, no solo de un modo consumista».

Están desarrollando un proyecto llamado Sierra con jóvenes en el Instituto La Dehesilla



«Celda 42», intervención de Coco Moya en la cárcel de Segovia (foto de Diego de Miguel Heredero)

En el año y medio que llevan desarrollando el proyecto, han paseado por el campo experimentando con la escucha, han investigado con las tablets formas de transformar el sonido y han reunido a los estudiantes con el artista y pedagogo Christian Fernández Mirón, que impartió un taller de voz, y con Héctor Castrillejo, que hace arqueología experimental e introdujo a los jóvenes en el origen de la música. Este proyecto, financiado por la Fundación Daniel y Nina Carasso, se prolongará un año más y su objetivo es crear una especie de cartografía o ruta sonora por

las montañas que, mediante geolocalización GPS, reproduzca distintos clips sonoros creados por los jóvenes. Carlos

Almela, responsable del programa de Arte Ciudadano de la Fundación Carasso, subraya que apostaron por el proyecto de Menhir porque «configura un entramado denso de relaciones afectivas, educativas y artísticas. A la par que echa raíces en el contexto material, humano y simbólico de la sierra y del IES La

Dehesilla; apostando por un aprendizaje localizado y significativo, el proyecto hace resonar el entorno, amplificándolo y

conectándolo con agentes foráneos. Este vaivén entre lo cercano y lo distante, entre la sierra y la ciudad, entre lo amateur y lo profesional, entre la enseñanza y el aprendizaje, entre el arte y la educación, entre el sonido y la música, entre el menhir y la tablet nos pareció que encerraba una potencia de cambio genuina».

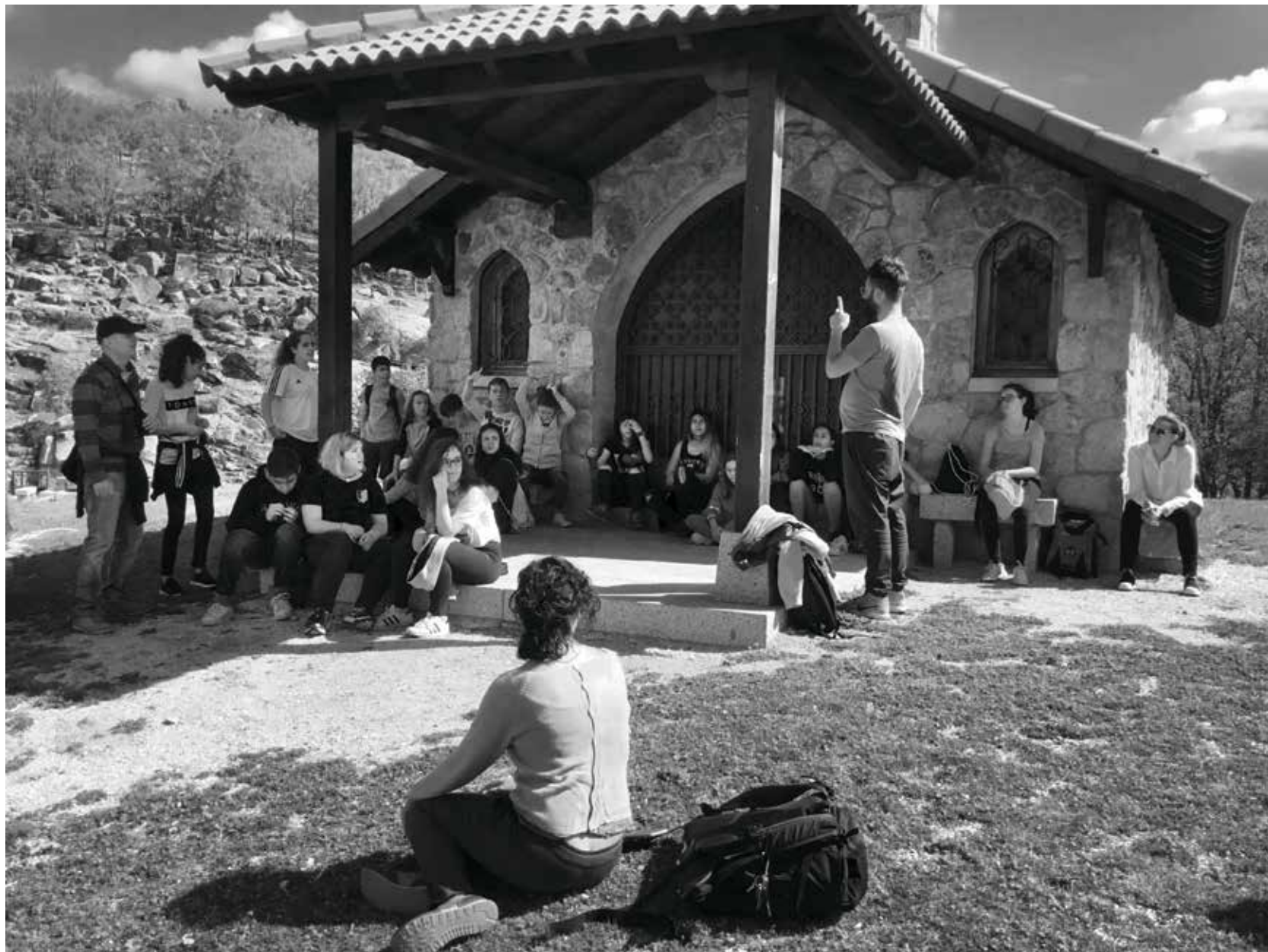
Los estudiantes han entendido que se trata de «hacer música con la naturaleza» y «aprender arte de otra manera y crear nuestra propia música».

El próximo mes de junio tendrá lugar una presentación pública de su proyecto en la sede de la Fundación Cultural de Cercedilla. Además, también con la colaboración de la FCC, los días 15 y 16 de junio habrá un festivalito de música electrónica, con un concierto de Coco e Iván en el monte y la actuación de Suso Saiz como artista invitado.

Este vaivén entre el menhir y la tablet encierra una potencia de cambio genuina

«Menhir Instalación 0», de Coco Moya e Iván Cebrián (foto de Sergio Redruello)





Sesión del proyecto Sierra con alumnos del IES La Dehesilla en la ermita de San Antonio, Cercedilla
(foto de Menhir)

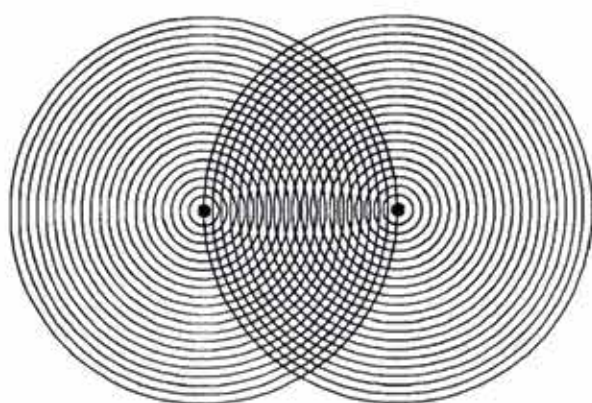
Menhir es uno de los tantos proyectos de arte que están desarrollándose en entornos rurales. El interés de Coco por estas experiencias lo explica también su trabajo dentro del colectivo El Cubo Verde (cuboverde.es), que con ayuda de la Facultad de Bellas Artes de Madrid se ha propuesto cartografiar los espacios artísticos y las prácticas de arte contemporáneo que están teniendo lugar en contextos rurales por toda la península. No son pocos los proyectos que, por voluntad o necesidad, han terminado diseminados por regiones que no acostumbramos a considerar por su interés para el arte contemporáneo. Cercedilla, que ha sido lugar de residencia de muchos artistas de toda clase, no

ha tomado conciencia colectiva y pública de esta riqueza, posiblemente porque el pueblo simplemente era el enclave de sus estudios de trabajo y no realmente destino de sus proyectos. El hecho de que estos artistas se conozcan y comiencen a colaborar también entre ellos, compartiendo su trabajo con el resto de vecinos en los nuevos espacios que van naciendo, es otra muestra del dulce momento para la cultura en el que nos encontramos y en el que se encuentra nuestro pueblo, que tiene la oportunidad de re-imaginarse a sí mismo.



En las páginas siguientes *Cuaderno de trabajo*, de Menhir. En esta composición «hemos querido mostrar nuestras referencias visuales y abocetar las ideas que barajamos cuando trabajamos. Lo hemos planteado como si fuera alguno de nuestros cuadernos de bocetos y de trabajo, donde solemos mezclar imágenes que nos inspiran con fotos de las obras que tenemos en marcha»

Pertenencia:
inter dependencia



Escuchar el lugar
Escuchar el lugar
Recorrer el sonido
Recorrer el sonido
Amplificar la imagen
Amplificar la imagen



hacer
Conocimiento



topografía
especulativa

tierras / telúricas
corrientes

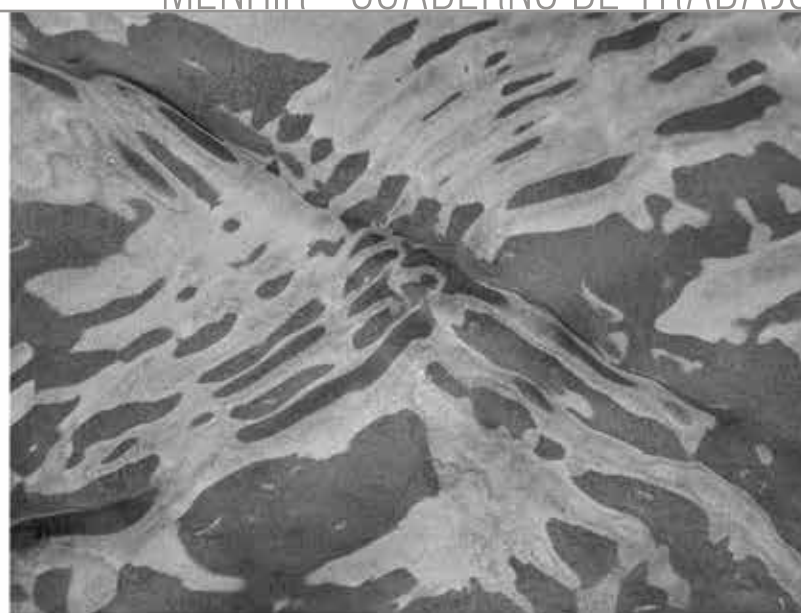
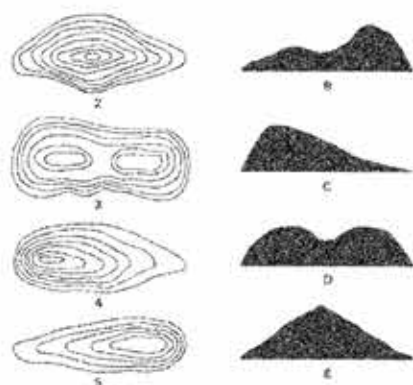


Fig. 1. Una arruga en el ojo, como la huella, una grieta



cuerpo : intuición

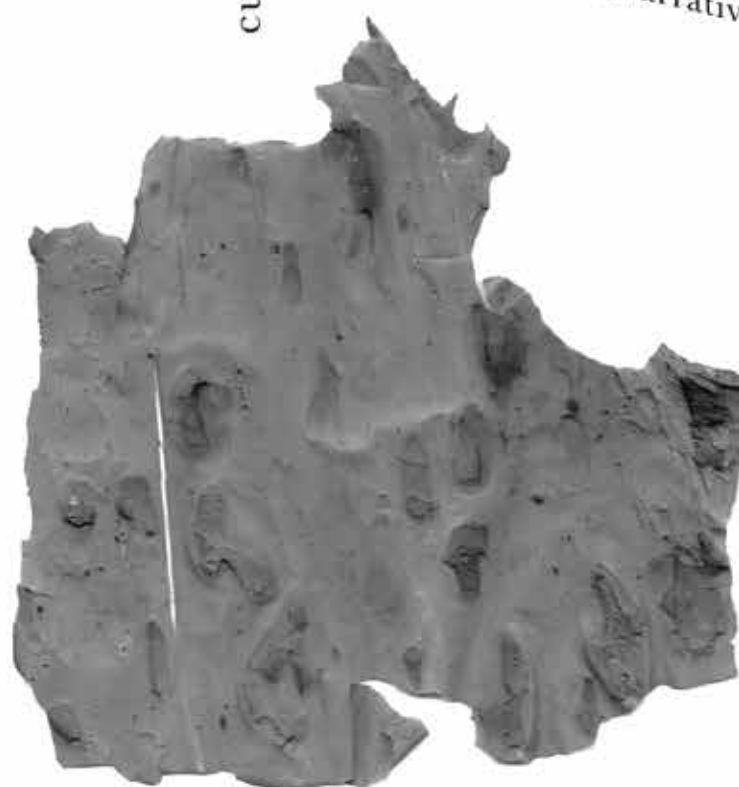
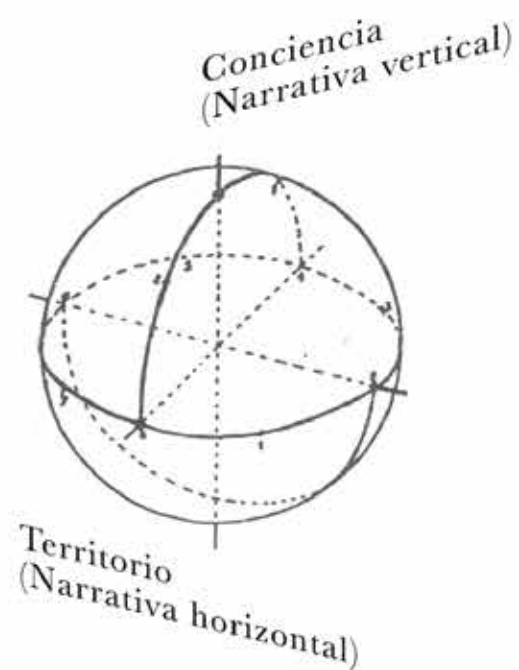


Fig. 2. Escala interna

HABLA...

JUAN JIMÉNEZ SERRANO

Ángel Ranz Herranz

Juan tiene setenta y tres años. Su padre trabajó durante tres décadas en la tejera que estaba donde hoy están las naves del punto limpio; el filón quedaba al lado del arroyo que se ha soterrado, debajo del edificio, y allí vivía la familia. La tejera de la Golondrina la llamaban, por la dehesa.

Las tejeras eran concesiones que duraban en el sitio lo que durara el filón de arcilla. En la curva de la carretera 622, por encima del campo de fútbol, hubo otro filón, y en el ranchito (la caseta de información de Las Dehesas), otro.

Después Juan se puso de albañil, primero para otros contratistas y luego ya por su cuenta, con un socio. Hacían reformas y obra nueva, varios chalés aquí en el pueblo y también fuera. El hostel La Maya, tal y como hoy lo conocemos, fue obra suya.

ÁNGEL: Bueno, pues vamos a hacer una entrevista para *El Papel de Cercedilla* y en esta ocasión contamos con Juan Jiménez Serrano, que tiene muchas cosas que contarnos porque es un hombre que ha vivido mucho. Juan, ¿qué recuerdos tienes tú de pequeño? ¿Dónde vivías?

JUAN: Pues cuando vivíamos aquí donde está el punto limpio..., de ir a la escuela, que había unas nevadas que para qué y tenía que hacer mi padre unas veredas por aquí. Porque este camino no existía, solo por ahí, y era un camino de tierra.

ÁNGEL: Existía por el asfaltado, ¿no? El atajo de ahí, nada.

JUAN: Sí, sí, el atajo nada.

ÁNGEL: Y aquí trabajabais en una tejera, ¿no? Que de ahí os viene también...

JUAN: En una tejera de ladrillo, eso tenía mi padre, pero solo trabajábamos en el verano porque en el invierno, no.

ÁNGEL: En invierno no se podía hacer teja, claro.

JUAN: No se podía hacer nada... Mira, se trabajaba de abril a octubre o por ahí, más o menos. Y de eso es de lo que vivían mis padres.

ÁNGEL: Y de aquí alternando con los paseos de kilómetro y medio hasta la escuela, ¿no?

JUAN: ¡Ir y venir dos veces al día! Íbamos y veníamos.

ÁNGEL: Claro, que había mañana y tarde.

JUAN: Claro. Mis hermanos y yo.

ÁNGEL: [Asiente] Y en este sitio tan lleno de prados y dehesas te nace una buena afición, ¿no?

JUAN: Sí sí, aquí me empezaron a gustar los toros, pero como si no me hubieran gustado porque no se ha quedado en nada. [Risas]

ÁNGEL: Ya, bueno, pero... empezaste la carrera, ¿no?

JUAN: Nos íbamos a torear por ahí el del ranchito, Agustín el carnicero y yo, ¡y una vez nos fuimos a Salamanca! Pero no conseguimos llegar a Salamanca. [Risas] Bajamos a El Escorial andando, cogimos un mercancías pensando hacer trasbordo en Medina del Campo para ir a Salamanca, pero ahí había mucha Policía y mucho de eso, y no pudimos bajar del mercancías, así que ya fuimos hasta Valladolid y ahí nos apeamos y ya tiramos. Y en un pueblo de Simancas nos cogió la Guardia Civil y para acá, de vuelta para casa. Nos dijeron que lo mismo que habíamos ido, que volviéramos. Y vinimos en otro mercancías, pero ya vinimos mejor porque el maquinista del mercancías nos metió en la cabina, que había una nevada..., puf, ¡que para qué! Y ya vinimos aquí. Esa es la historia que tengo yo de los toros. Bueno, luego por aquí hemos ido mucho a los corrales, a los herraderos, a todo eso que se estrenaba.

ÁNGEL: Al toreo base, ¿no? Ahora que se pone de moda eso.

JUAN: Pero, vamos, no hemos toreando en plazas con callejón nunca [risas], siempre ha sido corrales y vacas.

ÁNGEL: Bueno, pero luego fuiste, entre otras cosas, presidente de los Mozos, ¿no? Hiciste ahí grandes cambios.

JUAN: Presidente de los Mozos fui en el 71, y ahí hicimos el palco. El palco de los mozos que yo creo que estaba en el tendido 4... Entonces se ponían los palcos de madera y nosotros quisimos hacerlos de...

ÁNGEL: Los quitabais y los poníais todos los años, ¿no?

JUAN: Sí. Pero los quisimos hacer de hormigón y pedimos permiso a Miguel Arias, y nos lo concedió. Pero con la condición de que quería él hacer una puerta y un alambrado con nosotros a un lado, y le dije yo que éramos una sociedad de mozos y no una sociedad de fieras. Porque ahí, a ver, parecíamos... Pero no se llegó a hacer. Y luego le pedimos al alcalde una oficina en el Ayuntamiento.

ÁNGEL: El local que hay en el garaje de Larrea, arriba.

JUAN: Claro, y entonces él me dijo que yo era un pedigüeño, que le iba a pasar lo mismo que con el cura: le dejó a un cura una habitación, que decía que no quería más que una habitación, y luego... oyó un clavo.

ÁNGEL: Esto ya es mío, ¿no? [Risas]

JUAN: Eso, el cura clavó la sotana y luego a ver quién descolgaba la sotana de ahí. Y eso, bueno, de los mozos eso más o menos.

ÁNGEL: Así sigue, porque el local sigue estando ahí con los mozos.

JUAN: Sí, sigue ahí, pero no sé ni cómo lo tendrán eso.

ÁNGEL: Y el palco sigue ahí en la plaza de toros.

JUAN: Sí, pero el palco luego lo hicieron ellos porque como hicieron todo de piedra... Cuando nosotros todo era de madera, y nosotros quisimos hacerlos de hormigón, los bancos de los mozos.

ÁNGEL: Ahí, modernizando ya las cosas.

JUAN: Sí, y hacer el letrero ese. Eso también lo hicimos nosotros. Alfonso Perdiz y yo lo hicimos. Pero eso, fíjate, en el año 71. Y anécdotas, no sé, tendré tantas..., pero vete ahora a recordar.

ÁNGEL: Claro... Nada. Luego ya te casaste y fundaste la empresa y a trabajar de albañil. Que es lo que se estilaba por aquella época, ¿no?

JUAN: No, ya cuando me casé ya estaba yo de albañil.

ÁNGEL: Ah...

JUAN: Sí, sí. ¿Qué dices, la empresa que yo tengo...? Esa se fundó mucho des-

pués. Cuando yo fundé la empresa ya tenía mi hijo..., no sé, diez años.

ÁNGEL: Y aquí cuando eras pequeño, por esta zona de la dehesilla de rodeo, ¿aquí hacíais muchas cabañas o no jugabais por aquí?

JUAN: Jugábamos a los carros esos de ruedas de rodamiento, de esos que tenían tres ruedas. Y por allí por aquellos cerros bajábamos... Así, con toda la dehesa, claro, porque teníamos toda la dehesa, que era nuestra. Teníamos un jardín cojonudo, no creas, ¡no había jardín donde jugar! Y por aquí estábamos más solos... Y fíjate ahora todo lo que hay aquí hecho.

ÁNGEL: Claro, en aquella época nada, todo setos.

JUAN: Nada, nada. Ni los colegios esos ni nada, aquí no había nada. Y es lo que hemos hecho. Nah, por ahí. Luego a trabajar y nada más. Y yo me casé. Pues a vivir... Y no hemos hecho nada más, así, de importancia.

ÁNGEL: Pues muchas gracias, Juan, por tu generosidad y por compartir estas historias con nosotros, y con esto ponemos punto final.

JUAN: Hala.



Zona de Dehesilla y Rodeo, pradera del Palancar y arroyo de la Cerquilla; por aquí se ubicaba la tejera de la Golondrina (foto de Daniel G. Pelillo)

Hemingway, García Márquez, Vargas Llosa, Bótero, Ortega y Gasset, Alberti, Picasso, García Lorca, Valle-Inclán... Personas con sensibilidad, amantes del arte, todos grandes aficionados a los toros. Manuel Machado decía que antes que poeta le hubiera gustado ser banderillero. García Lorca llegó a decir que «el toro es probablemente la riqueza poética y vital de España» y también que «los toros son la fiesta más culta que hay en el mundo».

El toro es una gran metáfora de la vida y la muerte. La muerte segura del toro y la muerte posible del torero. Y como todas las metáforas, no todo el mundo la comprende bien. Pero eso no es una razón suficiente para prohibirlo: las metáforas crueles también tienen cabida en el mundo. Como dijo Ortega y Gasset: «No han tenido suerte los toros. Vienen los teólogos, al frente de ellos nuestro Mariana, y cierra contra ellos. Vienen los ateos, al frente de ellos Jovellanos, y cierra también en contra».

Pero el derecho a la libertad de opción cultural, como a la libertad de conciencia, viene a salvar una y otra vez la fiesta del toro de estos ataques. No se trata de imponer a nadie la afición —eso se tiene o no se tiene, se aprende desde la infancia, se siente—, sino de pedir respeto. El medio ambiente, indudablemente, se beneficia de la ganadería tradicional del toro bravo, se conservan las dehesas y los usos históricos de la tierra. Por lo demás, ¿cómo alguien se puede arrojar la legitimidad de juzgar a los taurinos mientras se come un chuletón? ¿Solo porque lo que le ocurre a la ternera que se está comiendo sucede lejos de su vista?

Y unos pocos números para oponer a las afirmaciones poco documentadas, extraídos del estudio *Los toros en España, un gran impacto económico con mínimas subvenciones* (Universidad de Extremadura, 2013). En España la fiesta de los toros genera unos 200.000 puestos de trabajo; de ellos, 57.000 de forma directa, un 1,16 % de la ocupación laboral total.

La Unión Europea no subvenciona las corridas de toros, aunque existen ayudas agrícolas a las ganaderías, como al resto de las explotaciones bovinas. Solo cuatro de las diecisiete comunidades autónomas (Madrid, Andalucía, Aragón y Valencia) financian la fiesta, y en ninguno de los casos se excede el 0,3 % de sus presupuestos para cultura. Los Ayuntamientos destinan anualmente a los toros unos veinte millones de euros (el 1,4 % de sus presupuestos para cultura), el 83 % de los cuales se destinan a festejos taurinos populares que no implican la muerte del toro y que gozan de un gran arraigo en muchas regiones. Por eso, estos presupuestos se mantienen en municipios gobernados por partidos de todo el espectro político.

Casi veinticinco millones de personas van a los toros cada año, más del doble de los que van al teatro o al cine. Y los turistas extranjeros que fueron a ver toros a diferentes localidades en 2013 se gastaron 361.130.848 euros, lo que beneficia sobre todo a los hoteles, los transportes y las empresas de restauración.

En resumen: los toros son un ejemplo de industria cultural rentable para la sociedad y para el Estado. Porque la tauromaquia produce anualmente un impacto económico de unos 1600 millones de euros, un 0,16 % del producto interior bruto español, y esa aportación económica tan relevante se logra sin apenas apoyo público, lo que constituye una notable excepción en el panorama cultural español.

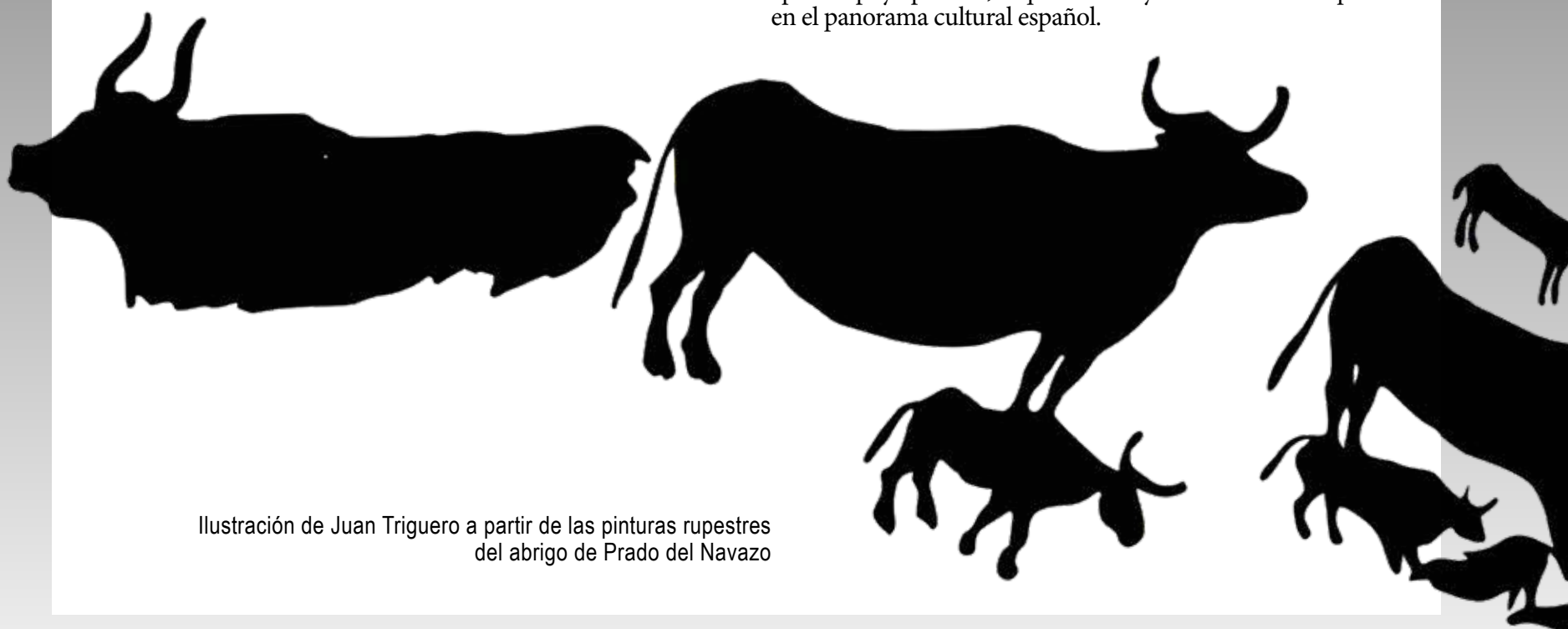


Ilustración de Juan Triguero a partir de las pinturas rupestres del abrigo de Prado del Navazo

NO

De Quevedo a Juan Ramón Jiménez; de Jovellanos a Unamuno. Cadalso, Larra, Clarín, Giner de los Ríos, Pío Baroja, Antonio Machado, Azorín, Ramón y Cajal... El pensamiento español contra la tauromaquia y su coste social ha sido una constante desde el siglo XVI. Incluso antes, en el siglo XIII, ya Alfonso X El Sabio cuestionaba la figura del torero, regulaba y limitaba la actividad taurina en su Código de las Siete Partidas.

Tampoco toda la geografía española es taurina, ni lo es en la misma medida ni de la misma forma. Existen grandes diferencias regionales: por ejemplo, mientras que la mitad de la actividad taurina se concentra en la Comunidad Valenciana, en Asturias y en Canarias no existen los festejos taurinos populares. Sin embargo, desde las instituciones históricamente se ha promovido una supuesta cultura popular generalizada que no representa al conjunto de la población, dictada por un etnocentrismo simplificador.

En 2014, el Comité de los Derechos del Niño de la ONU analizó la tauromaquia en Portugal y la declaró contraria a los acuerdos de protección de la infancia. En 2018, el mismo comité se pronunciaba de forma expresa en contra de que los niños y adolescentes asistan a eventos taurinos, recomendando a España que les prohíba el acceso y la participación.

El maltrato animal predispone a la violencia social y, al mismo tiempo, es una de sus consecuencias. «Cualquiera que esté acostumbrado a menospreciar la vida de cualquier ser viviente está en peligro de menospreciar también la vida humana», afirma Albert Schweitzer (premio Nobel de la Paz en 1952). La tauromaquia es violencia.

Desde 2010 la tauromaquia depende del Ministerio de Cultura (antes lo hacía del Ministerio de Interior), que en 2013 la declaró Patrimonio Cultural Inmaterial, lo que supone un nivel de protección menor que el de Bien de Interés Cultural. Según fuentes ministeriales, entre 2007 y 2017 los espectáculos taurinos celebrados en plazas (corridos de toros, rejones, novilladas con y sin picadores, festivales, festejos mixtos, corridas mixtas con rejones, becerradas y toreo cómico) descendieron un 57,5 %. Sin embargo, en los últimos diez años se ha producido un auge de los eventos taurinos populares, promocionados y financiados por las administraciones autonómicas y locales.

En octubre de 2015, el Ayuntamiento de Cercedilla, para las fiestas patronales en honor a la Virgen de la Natividad de Nuestra Señora, declaró un gasto total de 184.548,35 €, de los que 86.349,48 € se habían dedicado a festejos populares y 98.198,87 € a eventos taurinos. Desde los presupuestos de 2017, la dotación total para festejos se ha mantenido en 200.000 €. Siete días de fiestas, la mitad de cuyo coste se destina a los toros, supone una inversión pública municipal similar a la de un año de la Escuela de Música o del Polideportivo.

La tauromaquia es una tradición cultural, qué duda cabe, la tradición del maltrato y la barbarie, blanqueada mediante una épica del relato popular, una retórica y una marca de distinción social en las que subyace un modelo cultural antropocéntrico cuyos planteamientos hacen estertores en este siglo XXI, mientras las instituciones reaccionan involutivamente, como suelen, firmes en la idea de mantener a toda costa el orden social heredado.



Hace poco volví a leer la novela *Sangre y arena*, de Vicente Blasco Ibáñez. Se publicó en 1908 y hoy, más de un siglo después, el tema que plantea todavía da que pensar. Voy a resumir muy brevemente el argumento.

Gallardo, el protagonista aparente, nació en Sevilla, en una familia humildísima, y a los once años empezó a participar en capeas por los pueblos, pasando hambre y miseria. Pero Gallardo es bueno con el estoque, y muy pronto se convierte en figura de cartel: consigue fama y fortuna. Entonces sufre una cogida grave, el pánico se adueña de él y empieza su mala racha. Hasta que un día grande, en la plaza de Madrid, deseo de impresionar a una joven aristócrata ganadera que lo trae loco, de dejar clara su hombría, acomete un lance peligroso y el toro lo empitona mortalmente.

A todo esto, su esposa, una chica del barrio, es una mujercita inculta y fanática que se refugia en toda clase de ritos para intentar preservar de los peligros al marido ausente. Al contrario que ella, las mujeres de los miembros de la cuadrilla de Gallardo consideran que sus maridos ejercen un oficio como cualquier otro: un picador puede caer del caballo, es cierto, lo mismo que un albañil puede morir aplastado por una viga, y un banderillero no corre más riesgo que los marineros de la Almadraza.

Por su parte, el picador, Potaje, está conforme con su suerte, mientras que el banderillero, el Nacional, se declara en contra de la fiesta de los toros. Si hubiera podido estudiar, piensa, no se habría visto obligado a ejercer un oficio que le repugna. Él está afiliado a la CNT y profesa la cultura de respeto a la naturaleza de los confederados, frecuentemente vegetarianos y nudistas. Se alinea por tanto con las ideas de la Institución Libre de Enseñanza: Giner de los Ríos declaraba que debería gastarse en educación el dinero que se gastaba en toros.

El apoderado del matador es un señorito andaluz, militar retirado, que se pasa medio año en los toros y el otro medio hablando de ellos. Forma parte del Club de los Cuarentaycinco, especie de sanedrín tauromáquico célebre en Sevilla, y consigue que su apadrinado sea admitido en este círculo exclusivo. Y ahí Gallardo adquiere uno por uno todos los vicios de los ociosos: la bebida, las vedetes, el juego. Al final de su vida, la ludopatía prácticamente ha acabado con su fortuna.

Y ya solo falta el ganadero: aquí, un terrateniente de rancio abolengo que ama sinceramente a los animales. En una ocasión, llega incluso a arrodillarse ante el público para pedir el indulto de un toro extraordinariamente noble.

Y el público, por supuesto, que es el verdadero protagonista de la novela, un sujeto colectivo con las características psicológicas e incluso las reacciones biológicas de un personaje individual. Ahí reside en gran parte la eficacia y la modernidad de la novela: el público es en realidad la única fiera de este drama, que seguirá repitiéndose, manchando de sangre la arena de las plazas, mientras vuelen los sombreros por los tendidos y la multitud rompa en aplausos enfervorecida. Así termina Blasco Ibáñez:

Por la puerta del redondel llegaba el rumor de la muchedumbre y el sonido de la música. El banderillero sintió nacer en su pensamiento un odio feroz por todo lo que le rodeaba, una aversión a su oficio y al público que lo mantenía... Pobre toro, pobre espada. De pronto, el circo rumoroso lanzó un alarido saludando la continuación del espectáculo. El Nacional cerró los ojos y apretó los puños. Rugía la fiera, la verdadera, la única.

M.^a Jesús Miranda

Reside entre Madrid y Cercedilla; militante de EQUO

Soy un toro y tengo miedo.

Un redoble de tambor anuncia el último acto de la faena y enmudece la tarde. En el centro del redondel, mi justiciero, espada en mano, se abalanza sobre mí y atraviesa mi cuerpo maltratado. Una jauría de pañuelos blancos aclama a mi verdugo y reclama la mutilación de mi cuerpo. Un caño de sangre tiñe la arena.

Soy un toro y ya, sin miedo, habito en el país de los muertos. He sido vejado, torturado y asesinado. En mi martirio consiste su «fiesta nacional».

Candela del Carmen Villa Sanabria
Reside en Cercedilla; vegetariana

Mi abuela gallega era capaz de degollar pollos y conejos delante de mí para echarlos a la cazuela y no pestañeábamos ni ella ni yo. Sin embargo, la primera vez que mi bisabuela castellana me puso *Tendido Cero* en la televisión, se me revolvieron las tripas y sentí compasión y pena por el animal. Dificil dilema para una niña: ¿como entretenimiento no, pero para comer sí?

Mucho tiempo después, cuando empecé a estudiar medicina, tuve mi primer contacto con el sufrimiento de los animales de laboratorio... ¡Toma! Otro ingrediente más para la ensalada mental.

Hoy, que me acerco a los cuarenta, sigo analizando mis contradicciones, soy declaradamente antitaurina y, he de admitirlo, un poco carnívora (proteína animal sí, pero poca y de calidad).

Estoy en contra del sufrimiento animal en todas sus versiones. Me gustaría que la producción alimentaria y la investigación científica fuesen mucho más respetuosas con los animales, y lucho activamente por que así sea. Pero también creo que la alimentación y la ciencia no son éticamente equiparables a una «fiesta» que celebra el sufrimiento y la muerte. Vejar, maltratar y matar a los animales para el divertimento humano es injustificable. Ni siquiera si prohibirlo supusiera la extinción del toro de lidia, como dicen algunos defensores de la tauromaquia que, por cierto, ojalá estuviesen así de preocupados por la extinción del sapo partero en Peñalara, sin ir más lejos.

No es arte ni cultura, es una tradición siniestra y vergonzosa que debe desaparecer.

Amai Varela
Reside en Cercedilla;
antitaurina y carnívora



El gusto por los toros me viene de familia: mi padre, mi abuelo y mi tío son grandes aficionados a la tauromaquia. Desde pequeño recuerdo haber visto las corridas en la tele cuando las ponía mi padre; esas tardes a su lado en el sofá, durante la Feria de San Isidro. Aún hoy seguimos haciéndolo.

Yo quería un disfraz de torero para ir a las fiestas del cole, pero nada, no hubo disfraz de torero, para vestirme de corto tuve que esperar hasta que toreé con la Sociedad de Mozos, en 2015, yo tenía veinte años. Surgió la oportunidad y a mis padres no les pareció mal, así que decidí aprovechar para ponerme a prueba del otro lado de la barrera. Me pasé todo el verano preparándome, lo disfruté un montón, tuve la oportunidad de conocer a un novillero y toda mi gente me apoyó.

Cuando llegó el día estaba muy nervioso, pasado de adrenalina, y sentía una gran presión y responsabilidad ante el público por hacerlo bien. Por la mañana fuimos al sorteo de los becerros, me tocó matar en segundo lugar, un animal no demasiado grande, negro, con la tripa blanca y cuernos playeros. Después, como es costumbre, me fui a comer con mi cuadrilla. Entonces llegó el presidente de los mozos y nos dijo que a lo mejor no se podía matar o se restringía a un máximo de tres intentos. La tensión era enorme. A las cinco de la tarde nos dijeron que sí podíamos matar. El primero de la tarde se lidió bien, estaba el listón muy alto, y ahora iba yo. Mi debut en la plaza, la presión era enorme, y el toro se hizo conmigo. Di un par de capotazos y creo recordar que al tercero me cogió, y a partir de ahí se me hizo cuesta arriba. Entró el picador, después mis compañeros pusieron las banderillas (no se les dio especialmente bien), y yo acabé con la muleta. Era la primera vez que entraba a matar, me coloqué bien, los dos primeros intentos fueron un pocoladeados, pero a la tercera lo logré. Sé que sin mi cuadrilla no hubiese sido capaz de hacerlo, sus consejos y sus ánimos en ese momento fueron muy importantes.

Aquí en Cercedilla tengo una relación estrecha con varios toreros jóvenes. Antes de mi debut, una vez ya estuve a punto de ponerme delante de un toro, cuando fui peón de brega de Manu Lucero. Ese día Manu estaba tocado del tobillo, estábamos por la mañana preparándolo todo y él vino con el tobillo como un bote y se tuvo que ir al hospital. Así que yo, que iba segundo, me tuve que preparar para torear en su lugar. Me prestaron un traje, no sabía dónde meterme, no había practicado nada y no tenía ni idea. Por suerte en el último momento Manu pudo torear. Y a Javier Montalvo y a Jesús Martínez tengo también mucho que agradecerles. Javi me ha dejado estar con él cuando ha toreado aquí, ver cómo le vestían o hacía los papeles, estar en el callejón ayudando a su hermano Manu. Y Jesús me enseñó y me ayudó a ponerme delante del toro en las fiestas de Cercedilla.

Creo que los que más critican este mundo lo hacen desde fuera, solo por lo que ven en la plaza. Pero desde el campo hasta la plaza hay mucho trabajo: ganaderos, veterinarios, apoderados... El impacto económico debe de ser brutal, y además está el tema del turismo: es una fiesta muy llamativa, un reclamo.

Aunque también pienso que es una tradición que tiene que modernizarse, desde sus orígenes no ha sufrido prácticamente modificaciones y habría que darle una vuelta. Yo no sé de qué manera tendría que hacerse, solo soy un aficionado, pero es importante que se abra un poco para llegar a más gente. Como taurino, me gustaría invitar a las personas que no conocen esta tradición a acercarse a ella, a comprender cómo funciona, así podrán opinar con criterio.

Javier Matos
Natural de Cercedilla; aficionado taurino

Nosotros somos ganaderos de siempre, dedicados a la ganadería en extensivo de carne, y en 2005, por afición, decidimos adquirir una punta de reses bravas. Este tipo de ganadería hoy en día no se puede tener como negocio, se tiene por afición. La ganadería de lidia es una actividad romántica: no se trata de obtener beneficios sino de cuidar, mantener y mejorar la raza. Por eso nos hace gracia cuando nos llaman asesinos.

En Cercedilla siempre ha habido una gran afición taurina, y esperamos que siga manteniéndose. En el pasado existieron aquí varias ganaderías de lidia, pero hoy solo estamos nosotros y es una gran responsabilidad.

Y ya que se nos da la oportunidad de escribir en El Papel de Cercedilla, queremos pedir respeto: solo eso, RESPETO. Está bien que no todos pensemos igual y que tengamos distintas aficiones, pero no que, en pleno siglo XXI, se intente prohibir una expresión artística. Si todo el mundo demostrara el mismo respeto que los taurinos, sin duda las cosas en España irían mejor.

Óscar Jiménez Martín y Belén Sáenz de Miera
Naturales de Cercedilla; propietarios de la ganadería Jiménez-Sáenz de Miera

La muerte se niega, se oculta, se maquilla... Y cuando llega, estamos indefensos ante ella. Por eso creo que es necesario homenajearla, hacerla presente, sentir su dentellada antes de que nos muerda. Una corrida de toros es una liturgia y también una celebración. Está claro que el toro sufre, pero también sufre el torero, y el público. En la plaza huele a muerte. La lidia la festeja: es un espectáculo brutal y bello que rescata a la sociedad de la mediocridad. Me niego a vivir en un lugar anodino. Quiero ver la sangre y los ojos vidriosos del animal que agoniza. Su muerte es importante, al contrario que las muertes sistemáticas y ocultas de los animales que nos comemos cada día.

Hay que admitir la verdad del hombre, nuestra verdad cruenta, y el toreo es verdad aunque surja del engaño. Una verdad que se levanta contra la hipocresía, el parloteo y la plastificación aséptica del mundo en que vivimos. Así que yo reivindico la plaza de toros como un espacio desde el que combatir el pensamiento único. Si me proponen otro, también me lo pienso.

Y cito a Rubén Amón para concluir este alegato:

El problema no son los toros. El problema consiste en los hábitos e hipocresías de una cultura inodora, incolora e insípida que recela de cualquier expresión irracional e instintiva y hasta dionisiaca. Tanta corrección, tanto prohibicionismo y tanta mojigatería van a terminar por obligarnos a los aficionados a exiliarnos en Francia. Je suis taurino.



Pablo Muñiz
Reside en Cercedilla;
asturiano y polemista



TAUROMAQUIA

Un poco de historia. Al menos desde el siglo XVII existen datos sobre la celebración de festejos taurinos en Cercedilla. En aquel tiempo remoto, los dueños de la casa que estaba antiguamente donde hoy se levanta la iglesia del Carmen se quejaban en un escrito al Ayuntamiento de que la gente se subía a su tejado para ver las corridas, que tenían lugar en una plaza de carros instalada en la plaza Mayor, y les rompían las tejas.

Los festejos solían celebrarse el 7 de octubre, para las fiestas de la Virgen del Rosario, antigua patrona de Cercedilla. Así, por ejemplo, en 1618 el Ayuntamiento le pagó a un tal Cebrián Vacas 253 reales que le debía del precio «del toro que se corrió durante la fiesta del Rosario». Y en los años 1619 y 1620 las partidas de gasto municipales contemplaban la compra de varios centenares de varas para las «esgarronchas» (para correr «a la garrucha»). Los toros se compraban a los ganaderos del pueblo por unos nueve mil maravedís.

La primera corrida «moderna» de la que se tiene noticia tuvo lugar en la plaza Mayor en 1895. En la Hemeroteca Nacional se conserva la crónica, que empieza así: «Con motivo de la festividad de la Virgen se organizó en esta residencia veraniega una corrida de toretes en la que tomaron parte distinguidos aficionados, a quienes auxilió el diestro Currinche. Fueron estoqueados dos bravos toretes que, aunque el programa anunciaba eran de la propiedad del alcalde, don Hipólito Sáenz de Miera, se nos figura que uno de ellos estaba criado en la dehesa de su hermano, don Constantino. Los matadores, Filiberto el fondista y José María, el factor de aquella estación férrea, estuvieron valientes pero pesados. El segundo quedó mejor que el primero, pues aunque este tiene afición, no debe coger los trastos, y menos si no posee otro estoque que aquel pedazo de alambre retorcido con que estoqueó».

Después llegaron los veraneantes, y algunos hicieron gala de su poderío económico organizando festejos taurinos con entrada libre. En 1920 se funda una sociedad para la construcción de la plaza de toros, con mayoría de accionistas veraneantes pero con algunos también naturales del pueblo. Y los festejos siguieron siendo gratuitos hasta que, en 1931, con la llegada de la República, los acaudalados veraneantes deciden ceder la propiedad de la plaza al Ayuntamiento. Los festejos que empezó a organizar el Ayuntamiento eran de pago, y la Sociedad de Mozos se dirigió al alcalde para alegar que ellos carecían de los recursos económicos necesarios, de modo que el Ayuntamiento les cedió un palco y el acceso gratuito a los festejos, privilegio que la Sociedad conservó hasta finales de los años setenta.

A partir de 1950 la Sociedad de Mozos empezó a organizar una becerrada en las fiestas patronales, con dos objetivos: posibilitar que los jóvenes aficionados se vistieran de corto, y obtener recursos para financiar la Sociedad; de hecho, se decía que la becerrada costeaba la comida de hermandad que todavía hoy celebra la Sociedad y el vino que se consumía en las fiestas.

Más tarde, la Sociedad de Casados y la Sociedad de Mozas reivindicaron su derecho a tener un palco, como los Mozos, y el Ayuntamiento decidió igualar a la baja y cobrar una cantidad fija a las tres sociedades.

También es reseñable la celebración de festivales taurinos con el fin de obtener recursos para el Club de Mayores de Cercedilla, cuyo principal impulsor fue Paco Fernández Ochoa y que, durante los años ochenta, contaron con la participación de grandes figuras del toreo.

Las ganaderías antiguas en Cercedilla no eran de toro bravo, pero al estar las reses en el monte, algunos ejemplares acometían y se prestaban para el toreo. A partir del siglo XIX sí empezaron a funcionar algunas ganaderías de bravo; tres de ellas existieron hasta finales del siglo pasado, y ya en el XXI se abrió la ganadería de toros de lidia Jiménez - Sáenz de Miera.

Hoy existen dos asociaciones taurinas en Cercedilla, la Asociación Taurina Francisco Fernández Ochoa y la Asociación Taurina Jesús Martínez. Jesús, joven vecino del pueblo, toreó su primera becerra a los trece años y el pasado agosto, en Las Ventas, se lució a la verónica en la última novillada nocturna del verano madrileño.

Información obtenida a partir de investigaciones de Tomás Montalvo e Iñaki López

Ilustración de Juan Triguero a partir de las pinturas rupestres de la cueva de Lascaux

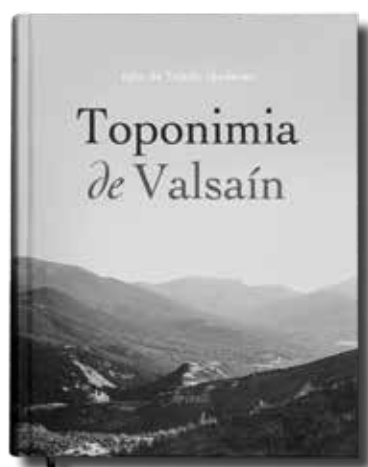


Como investigador de la cultura popular me pregunto cómo en las sociedades se ha normalizado la figura del torero tomándolo como varón de los varones aunque se nos aparezca a todas luces como un hombre travestido, con su coletilla y su montera, sus manoletinias, sus medias rosas, su trajecillo floreado de mariposas y claveles entre los que esconde sus genitales para protegerlos. Ese cuerpo ambiguo, en un acto de valor y riesgo tan excepcional como absurdo, va a dar la muerte pública a uno de los animales más bellos del planeta: perfecta embestida oscura y lunar, síntesis de una ambivalencia genérica también (el toro es hoy más un símbolo masculino, pero en la cultura mediterránea arcaica expresaba feminidad), opuesto salvaje e imprevisible y prestigioso símbolo de la hipersexualización desenfadada, con el que el torero habla. Al sacrificio de una cosa por la otra se entregaba un pueblo en un ritual tan perfecto como cruento que resultaba un exceso de violencia popular que había de ser de alguna manera ordenado por los poderes que pretenden civilizar las ásperas costumbres de los que toman por bárbaros. Unos lo consiguieron reglamentando la tauromaquia, introduciendo presidentes, autoridades, alguaciles para controlar la plaza, leyendo el ritual como un culto de sometimiento y castigo, así como sintetizando en torno a ella sentimientos de pertenencia a una nación o a un carácter nacional e incluso una ideología política, algo que nunca estuvo verdaderamente en juego en ese juego liminar (hay fiestas con toros más allá de España, hay toreros y aficionados de izquierdas). Otros, con una gran capacidad de confundir lo que es humano y lo que no lo es, así como expertos de una idea de la naturaleza y de lo natural que solo existe en los barrios más urbanitas de las ciudades globales —precisamente donde esta se encuentra reducida a su parodia y se ignoran sus misterios de vida y muerte— trabajan para su prohibición. Pese a ambas posiciones, en las plazas de los pueblos y en las calles de los barrios populares de cientos de municipios ibéricos, un morlaco desesperado persigue todavía a los jóvenes de la comunidad; un peligro se corre de forma colectiva y se le da una forma peligrosa, todos se arriesgan a burlar al toro y se disponen a sacrificar el que ellos también son. Toda esta extrañeza cultural, esta singularidad difícil de experimentar, este dolor y esta belleza difícil de asumir y de nombrar como un hecho cultural, merece, en mi opinión, ser conservada como una práctica que nos interroga por lo que somos y no somos, por el modo en que vivimos y morimos. Aunque me temo que, ya sea por la ofuscación taurina o por la antitaurina, la tauromaquia desaparecerá.

Rafael Sánchez-Mateos Paniagua
Reside entre Princeton y Cercedilla;
doctor en Filosofía, profesor, artista

TOPONIMIA DE VALSAÍN, UNA LECTURA

Miguel Ángel Blanco



MAB lee el libro de Julio de Toledo Jáudenes, *Toponimia de Valsaín* (*La Granja de San Ildefonso, Editorial Farinelli, 2018*), y como ocurre siempre, al hablarnos de su lectura nos habla también de sí mismo, de su amor por el paisaje nombrado, por «los hondos estratos de topónimos fósiles».

Los nombres de los lugares forman parte de los paisajes, entendidos estos como espacios imaginarios en los que la percepción del entorno natural es atravesada por historias, experiencias y visiones. La toponimia empezó a ser estudiada en serio solo en el siglo XIX, cuando se quiso normalizar con carácter oficial el conocimiento geográfico, pero ha sido siempre una fuente de saber. El paisaje que nos rodea es naturaleza culturizada, marcada por la huella humana, y podríamos aventurar que a mayor densidad de picos, bosques o arroyos con nombre propio, más hollado habrá sido el terreno a lo largo de la historia. Pero la toponimia es inestable y fluida; al igual que las lenguas, que han de ser habladas para sobrevivir, necesita ser recobrada y pronunciada para

que no se pierdan sus significados, que nos devuelven una rica historia de usos y de hechos, y nos permiten comprender y apreciar aún más los paisajes. Esto, tan importante, es lo que ha hecho un caminante apasionado y riguroso, Julio de Toledo Jáudenes, para las antiguas dehesas de Valsaín y Riofrío.

El *corpus toponimicum*, con más de tres mil voces, que ha compilado y analizado es sin duda una poderosa herramienta de conservación de un valioso patrimonio inmaterial. El autor ha indagado en todas las fuentes y ha tenido el buen criterio de completar y contrastar la información hallada en el Archivo Municipal de Segovia o en la Casa de la Tierra con lo que los lugareños saben, creen recordar y, a veces, inventan. Con su libro en las manos, podemos saltar de alto a cancho, de hoyo a majada, de peña a regajo y a ventisquero, conociendo cada vez mejor una geografía antigua y, a veces, oscura. Él se ha esforzado en encontrar sentido a nomenclaturas que nos resultan hoy opacas y en devolver la vida a denominaciones fosilizadas, utilizando un lenguaje siempre preciso pero muy evocador. Ya la introducción es una lección sobre el gran caudal de términos genéricos que hemos utilizado para identificar y caracterizar los lugares naturales. Desgrana la hidrotponimia, fascinante por la cantidad de palabras diferentes que fluyen por el río desde su origen a su desembocadura, que flotan en las aguas manantes, estantes y corrientes, así como la orotponimia o la fitotponimia..., desenterrando palabras fantásticas que no utilizamos casi nunca y que huelen a mineral y a humus.

Como artista, hijo de las montañas que ambos hemos recorrido, cada uno en una vertiente (yo en el valle de La Fuenfría, aunque he frecuentado los pinares de Valsaín, de los que mi bisabuelo fue guarda mayor), aprecio ante todo en este sensacional trabajo la posibilidad que nos brinda de descubrir con él títulos bajo las piedras y en el viento, de entrever al lobo en esos «nombres loberos» que denotan su impacto en la vida diaria y en la imaginación de los habitantes de este territorio. En mi *Biblioteca del Bosque* hay más de cincuenta libros-caja dedicados a este y he realizado además esculturas con pino costero de las praderas de Valsaín. Conozco muy bien la trascendencia del nombrar, y me honra enormemente que el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama haya bautizado con mis iniciales un majestuoso pino en la Pradera de Corralitos, en la encrucijada de los viales históricos, pues pocos pinos, lo sabe Julio de Toledo, salen por aquí del anonimato.

Los caminos son los hilos que cosen esta toponimia. El libro, de cuidadísima edición —gran labor la de algunas editoriales serranas como esta, Farinelli— e ilustrado con antiguas cartografías y fotografías, coincide en las librerías con *Las viejas sendas* (Pre-Textos) de Robert Macfarlane, que es también un fanático de las palabras que mapean. Este incluye un capítulo que describe su itinerario, en el que le acompañé, a lo largo de la vía romana que lleva de La Fuenfría hasta Segovia. Quién sabe si se cruzó con Julio de Toledo, ya entre los caminantes ilustres del Guadarrama.

HERREROS 2.0

Entrevista de Jesús Escurín y Elena Romero a Diego Silva y Sergio Torrecilla, herreros de Cercedilla

*E*lena posiblemente no esperaba encontrarse con un muchacho tan joven, ella se imaginaría a un tipo grande y forzado, endurecido, moldeado al calor de la fragua como las herramientas de hierro. Pero Diego tiene veintiún años y es un chico delgado y discreto, parrao de siempre.

Empecé a estudiar forja a los diecisiete, así que ya llevo más de cuatro años dándole golpes al yunque. La fragua es el lugar donde se calienta el metal, donde está el fuego sobre el que se echa el carbón. Nosotros utilizamos carbón de hulla. Nuestra fragua tiene un ventilador en la parte inferior para meterle aire a las brasas y que la temperatura aguante; hasta 1700 grados llega a alcanzar. Hay que mantener una temperatura constante para evitar que se creen fisuras en el metal. Y después ya, sobre el yunque, es cuando se empieza a martillar.

Siempre me han gustado las cosas antiguas, las máquinas de escribir, la historia..., y he andado dibujando, haciendo mis inventillos, hasta que mi madre se enteró de un curso de forja que se iba dar en el pueblo y me apunté. Sergio ha sido mi profesor.

En el instituto, en Villalba, estudié para electricista, para «chispas», y, fíjate, ahora sí que tendrían motivos para llamarme así, en la fragua sí que saltan chispas.

Al principio andaba muy perdido, controlar el fuego es bastante complicado, manejar las tenazas, mover el metal..., pero poco a poco fui mejorando. Primero solo éramos dos en clase. La chica duró un mes nada más, y me quedé yo solo con Sergio. Ahora somos seis alumnos.

¿Alguna chica? Sí, hay dos mujeres. «No está mal —piensa Elena—, dos de seis, un buen porcentaje para un oficio históricamente tan masculino...».

La fragua está en la plaza de toros, frente a la casa de los antiguos maestros y al lado de la casa rural, allí es donde antes se herraban los caballos. No está en perfectas condiciones porque algunas cosas son antiguas, hay poco material, pero vamos tirando.

Tengo un abuelo que fue jardinero, Antonio Pérez, y tuvo una fragua pequeña, portátil, con la que apañaba sus herramientas, que era una cosa muy habitual antiguamente. Mi otro abuelo, Antonio Silva, fue cantero. Así que yo no continúo ninguna tradición familiar, esto ha nacido de mí, de mis propias inquietudes. Lo mío es la cuchillería, forjar cuchillos, espadas, armería en general...

Elena piensa en Vulcano: su fragua era un volcán, y allí forjaba las armas de los dioses. Vulcano era el protector de la herrería y la metalurgia, y también de la artesanía, la escultura y el fuego. Podría decirse que es el patrón de Diego y de Sergio.

Yo quiero que esto se convierta en mi forma de vida. De momento estoy haciendo cuchillos para la tienda de an-

tigüedades, y la zapatería de Sonia me encarga rosas de metal. Después me van saliendo otros encargos.

Nosotros no competimos con las empresas grandes, tenemos un mercado diferente. La gente busca otra cosa cuando viene a encargarnos un objeto. No es lo mismo hacer mil cuchillos en un par de horas que individualizar una navaja, adornarla, personalizarla para el cliente, y también la calidad de nuestros materiales es mucho mejor. Trabajamos con hierro, diversos tipos de aceros, incluso material de reciclaje. Yo no creo que este oficio pueda perderse. Ojalá que eso no pase nunca.

Mi reto ahora es aprender a herrar las caballerías porque eso se está perdiendo y es necesario para los animales. Además, es una labor que las fábricas grandes no pueden hacer: cada caballo pisa de una manera diferente.

Parece que ahora está un poco de moda esto de las forjas. Hasta hay un programa en la televisión, «Forjado a fuego». Cuando me puse en la Feria de los Artesanos a forjar en la calle, la gente se acercaba y me preguntaba porque algunos veían el programa. La verdad es que fue una experiencia muy gratificante que vieran cómo hago para moldear el metal, aunque algún despistado pensaba que estaba asando castañas...

¿Más anécdotas? Bueno, me acuerdo de un día que me quedé sin carbón y compré de barbacoa para salir del paso. La fragua se llenó de chispas y de ascuas volando por todas partes, y no me sirvió para nada...



Escultura de Juan Cristóbal realizada en el taller de fragua de la Asociación de Artesanos y Artistas de Cercedilla (foto de Juan Cristóbal)

Jesús y Sergio charlan junto al edificio de la fragua (foto de Daniel G. Pelillo)



Elena apaga la grabadora. Queremos escuchar también a Sergio, así que Jesús coge el testigo y se va a la forja para hablar allí con él y que de paso Dani tome unas fotografías.

No debería perderse este espacio donde antiguamente estaba ubicada la fragua y que ahora nosotros hemos recuperado. El Ayuntamiento debería tomar conciencia del valor de este lugar, aquí se conservan las herramientas originales, que podrían exponerse para que la gente las viera. Yo no las he tocado, a la espera de que se encuentre para ellas el destino que merecen. Se trata de poner en valor un antiguo oficio, de recuperarlo, no solo de una manera artística, ya que hay gente, como Diego, que quiere hacer de la forja su forma de vida.

La fragua es un espacio casi mágico: trabajar el metal, domeñar el fuego, usar la fuerza del cuerpo... Uno tiene la sensación de que parte de él se va al metal que está sobre el yunque, como si tu alma se fundiera con la pieza que estás trabajando. Son muchas horas golpeando, avivando el fuego, sudando sobre la pieza que va cogiendo forma.

Yo estudié Bellas Artes y en la parte de escultura me especialicé en forja. Siempre había sentido la inquietud de expresarme artísticamente a través de este tipo de material. Pero aquí, en la forja de Cercedilla, tenemos las dos vertientes: Diego se dedica a la cuchillería, y Juan, otro de los alumnos, y yo nos concentramos más en la parte artística. Aunque de todas formas hay que conocer el oficio, saber las temperaturas adecuadas para moldear el metal, usar las herramientas con profesionalidad, da igual si vas a hacer una escultura o una navaja.

El Ayuntamiento nos cedió el uso de este espacio en el año 2013, aunque encontramos un documento antiguo que parecía certificar que ya con anterioridad se le había cedido la fragua a la Asociación de Artesanos. Cuando nosotros llegamos, llevaba al menos diecisiete años en desuso. Lo acondicionamos, lo limpiamos, pintamos la fachada... y hemos retomado una actividad que se había quedado detenida hacía tiempo.

Es un placer y a la vez una especie de honor trabajar aquí, en el mismo lugar donde una vez hubo un herrero que hacía exactamente lo mismo que nosotros ahora. Tal vez él no se expresara artísticamente, o no tuviera la conciencia de estar haciéndolo, pero el oficio es el mismo, la producción artesanal de objetos de hierro. Muchas veces pienso en ese hombre, el último herrero de la serie histórica, podríamos llamarle. Estaría bien que se hiciera una labor de investigación para saber quién fue, cómo trabajaba. Muchas de las herramientas que hay aquí las hizo él mismo con sus manos, por cojones su alma tiene que estar por aquí.

Jesús recuerda el comentario de su padre, que tiene ya noventa y cinco años —ahí es nada—, cuando por la mañana le dijo que iba a entrevistar a un herrero: «Antes, uno de los primeros oficios que se asentaban en los pueblos eran las fraguas». Y no le falta razón al padre de Jesús: hasta la Revolución Industrial, el herrero era un vecino fundamental de las aldeas.

Hace un par de años hubo una feria de ganado aquí en la plaza de toros. Nosotros aprovechamos y abrimos nuestras

puertas para que la gente viera cómo trabajamos. La sorpresa fue que muchos se acercaron para saber si herrábamos caballerías, lo que quiere decir que existe una demanda.

Y este año, en Navidad, Diego hizo una demostración en la calle y se acercó mucha gente para verle trabajar y para preguntarle infinidad de cuestiones. Mientras Diego machacaba el hierro, a él le machacaban a preguntas. Fue sorprendente la curiosidad que generó.

Miro a mi alrededor: tres yunques, los mazos —marros, también les dicen—, martillos, tenazas, punteros, guantes de descarné... Hay un viejo fuelle gigantesco, realmente parece una pieza de museo. El yunque antiguo está a menos de medio metro del suelo: el herrero aquel no debía de ser muy alto, como un enano de los de Tolkien, los herreros de las montañas, con barbas hasta los pies.

Calentamos el hierro al rojo vivo y ahí es cuando empieza el proceso de forjado. También soldamos con una autógena que traigo yo, así se puede trabajar localizando el calor. El color es importante porque la temperatura determina la maleabilidad del metal: cuando el hierro se calienta, primero se vuelve rojo, luego anaranjado, amarillo... El color ideal para el forjado es el cereza, y para percibir bien las tonalidades lo mejor es trabajar con poca iluminación. Primero el forjado, después la soldadura, el recalentamiento y los acabados. Todo lo que necesita un herrero es algo en donde calentar el metal, algo en donde golpearlo y algo con qué golpearlo. Las herramientas nos las fabricamos nosotros mismos.

Así que aquí estamos. Diego es parrao, igual que lo fue aquel herrero cuya alma revolotea por aquí entre las chispas. Es como si yo hubiera venido a cubrir un hueco. Ahora él, que ha sido alumno mío, es profesor de los que van llegando, y eso me hace especial ilusión. He sembrado una semilla que está dando frutos y ahora este oficio, que se había perdido, resurge. Podemos decir con orgullo que Cercedilla tiene una fragua en activo.



EL ORO VERDE

Iñaki López Martín

Hay dos elementos del paisaje que definen como ningún otro la historia de Cercedilla: sus montañas y, desde el siglo xx, la nieve. Sin embargo, el modo de vida de gran parte de nuestros antepasados se entiende solo en relación con un tercer elemento, del que hoy apenas sabemos nada: la madera.

Hasta la industrialización (hasta antes de ayer, en términos históricos), la madera era la materia prima esencial para la construcción, la fábrica de vehículos en general, muebles y herramientas de todo tipo. Además, era uno de los combustibles más habituales para cocinar y para calentar las casas durante los fríos meses de invierno. El control y la explotación de ese bien es clave en la historia de Cercedilla, por eso ocupa el lugar central en el escudo del pueblo.

En el mes de mayo de 1519 tuvo lugar una escena peculiar en los pinares del valle de La Fuenfría. Un caballero madrileño llamado Francisco de la Torre se apeó de su cabalgadura en un rincón de nuestros bosques y, espada en mano, se dirigió a una mata de pinos:

CORTANDO SUS RAMAS POR PIE Y POR RAMA, SE PARÓ Y ROZÓ CON SU ESPADA LA HIERBA, GRITANDO EN VOZ ALTA QUE TOMABA POSESIÓN DEL PINAR DE ARRULAQUE PARA PASTO Y CORTA EN NOMBRE DE LA VILLA DE MADRID.

Pero entonces le salió al paso una comitiva de vecinos de Cercedilla, con el alcalde Antón Alonso a la cabeza. Le instaron, en nombre del Concejo, a que depusiera su actitud y dejara de cortar aquellas ramas, ya que si perseveraba en tomar posesión del pinar, mandarían al alguacil para que lo multara y detuviera, como finalmente ocurrió.

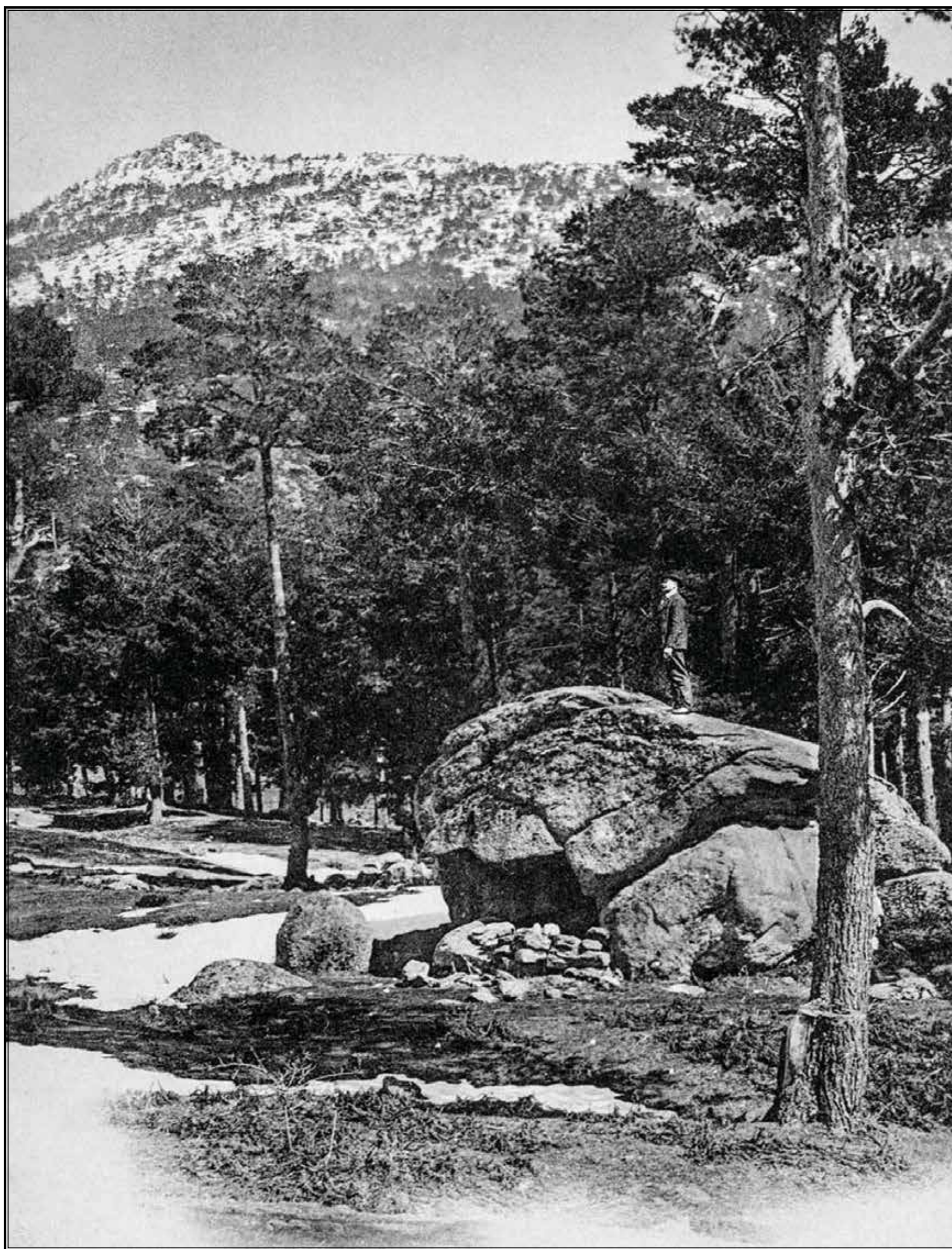
Este episodio, que parece sacado de las páginas de *El Quijote*, sucedió realmente hace quinientos años en estos bosques, y así quedó reflejado en la minuta del pleito que mantuvieron Cercedilla y la villa de Madrid, como David y Goliat. Una batalla legal inédita que iba a marcar la vida en el pueblo durante siglos, ligándola a los pinares. Hoy voy a contar los detalles de este episodio y sus profundas consecuencias.

¿Qué hacía aquel representante del Ayuntamiento de Madrid en medio del valle de La Fuenfría escenificando de un modo tan teatral la toma de posesión de nuestros pinares? Esa es sin duda la primera pregunta.

La documentación manuscrita que se conserva en los archivos refleja ampliamente que entre los siglos xv y xvii existió en efecto un gravísimo conflicto jurisdiccional entre Cercedilla y Madrid sobre la propiedad de los pastos, dehesas y pinares

de las laderas de la sierra de Guadarrama. Algo que no tiene nada de excepcional, ya que prácticamente todas las localidades de nuestro entorno pleitearon en algún momento de su historia con Madrid, o entre ellas mismas, para tratar de dilucidar sus diferencias sobre la titularidad y posesión de tierras destinadas a agricultura y ganadería, o sobre el derecho de uso de recursos naturales y materias primas como el agua, la caza, la hierba, la piedra, el carbón o la madera. Se trataba de conflictos que iban más allá del ámbito jurídico, ya que, dadas las características de la zona, especialmente dura para el cultivo y la agricultura, garantizarse el acceso a esos recursos podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Durante los siglos xv y xvi, para satisfacer las necesidades de una población en continuo aumento, los campesinos y ganaderos afincados en las aldeas de la sierra habían ido ocupando progresivamente los espacios adyacentes a los modestos núcleos de población que integraban el territorio conocido como el Real de Manzanares. Así se creó el característico paisaje serrano compuesto de herrenes, dehesas, fresnedas, majadas y pinares. Se roturaron nuevas tierras para cultivar cereales tardíos, legumbres, lino y forraje; se levantaron cercas de piedra berroqueña para recoger el ganado, y se



La dehesa y pinar de Arrulaque entre 1900 y 1906; tarjeta postal de la edición Hauser y Menet (Madrid), número 1720
Fuente: Fototeca del Patrimonio Histórico, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CERCEDILLA INÉDITA

delimitaron con mojones grandes fresnedas y dehesas boyales en las laderas de las montañas. La tensión entre Madrid y las aldeas del Real de Manzanares por hacerse hueco en este espacio venía de antes, pero fue entre finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna cuando los concejos se enfrentaron con la villa y entre sí en duras batallas legales.

Hacia el final del siglo XIV, en 1383, el rey Juan I hizo merced a Pedro González de Mendoza del Real de Manzanares y sus aldeas, dentro de unos límites que se correspondían aproximadamente con los del antiguo sexmo de Manzanares, hasta entonces administrado por la ciudad de Segovia. Pero la familia Mendoza no iba a tenerlo fácil; de hecho, su señorío coincide con uno de los periodos más convulsos y violentos de la política castellana. Tras la muerte del primer señor del Real de Manzanares en la batalla de Aljubarrota (1385) y poco después de su hijo Diego Hurtado de Mendoza (1404), los descendientes de este último, Aldonza de Mendoza y su hermanastro Íñigo López de Mendoza y de la Vega, futuro marqués de Santillana, se enzarzaron en una disputa testamentaria sobre la herencia y posesión del Real de Manzanares, que acabaría con el señorío dividido en varios pedazos. Aldonza se quedó inicialmente con todo el Real, a excepción de las localidades de Guadalix y Porquerizas

(Miraflores de la Sierra), que fueron a parar a manos de Íñigo. Sin embargo, más adelante, viuda ella y sin hijos, llegó a un acuerdo con su hermanastro para cederle el Real de Manzanares después de su muerte, lo que ocurrió en 1435.

La fase más aguda del conflicto entre Madrid y las aldeas del Real de Manzanares sobre el aprovechamiento de los recursos arranca precisamente ese año, durante el reinado de Juan II. A partir de ese momento se multiplican los pleitos del consistorio madrileño ante la justicia regia sobre el aprovechamiento forestal de la zona. Los vecinos de los concejos que integraban el Real de Manzanares habían ido ocupando lentamente parte de los terrenos, creando ejidos (dehesas comunales de propiedad municipal) y levantado cercas que delimitaban propiedades de particulares o de los ayuntamientos.

Los consistorios por entonces podían disponer de un conjunto de bienes bajo dos tipos de patrimonialización, que conllevaban formas distintas de gestión y explotación: «bienes comunes» y «bienes de propios». Los primeros eran comunales, de uso libre y no sometido a ningún tipo de renta para los vecinos del pueblo. Los bienes de propios, por el contrario, eran propiedad del Concejo, y su explotación se cedía a particulares a cambio de una renta.

Además, algunos espacios del Real de Manzanares disponían de un régimen de uso compartido para todos los habitantes del señorío. Era lo que se conocía como «bienes colectivos», generalmente tierras sin cultivar y áreas extensas a una distancia considerable de los núcleos de población. Casi todos los bosques de roble y pino, y las grandes dehesas y pastizales de las laderas de la sierra de Guadarrama acabaron perteneciendo por esta vía al conjunto de vasallos del Real. El pinar de Arrulaque, inicialmente, entró en esta categoría, aunque a lo largo del tiempo acabó siendo propiedad del Ayuntamiento.

Los concejos, a instancias del señor, podían nombrar guardas encargados de vigilar y *prender* a las personas ajenas o no autorizadas, principalmente de Madrid, que se adentraban en el Real para cortar madera, alimentar a sus rebaños o hacer carbón. Una situación que la villa de Madrid consideraba una violación del *statu quo* medieval, por el que Madrid tenía derecho de uso de los terrenos en un área vastísima, desde el norte de la villa hasta las cumbres de la sierra de Guadarrama.

Pero Íñigo López de Mendoza anuló cualquier tipo de acuerdo con Madrid sobre el aprovechamiento forestal por ir «contra el fuero real y privilegios de la villa de Manzanares y su Real, en que se contiene que ninguno de los vecinos y moradores de ella no puedan ni deban ser sacados de su fuero y jurisdicción por las cartas del señor rey».

Los madrileños sacaban a colación la existencia de un acuerdo basado en privilegios reales y fechado en 1358, por el que Madrid y el Real aceptaban el aprovechamiento mutuo de sus términos. Un acuerdo que al parecer había sido ratificado posteriormente, en el año 1398, mediante una sentencia arbitral que lo prorrogaba inicialmente por un periodo de cuatro años, con la condición, eso sí, de que hubiera voluntad de renovarlo por ambas partes. Esta circunstancia le vino como anillo al dedo al marqués de Santillana, que se mostraba abiertamente hostil a prorrogar el antiguo acuerdo, según lamentaban desde el Consistorio madrileño: «Ciertos hombres ballesteros y lanceros andan por los términos del Real haciendo prendas [detenciones] a los vecinos de la tierra



Carruaje con troncos tirados por reses en el camino de La Fuenfría, 1920
(foto de Joaquín Escosa García)
Fuente: Archivo Regional de la Comunidad de Madrid



Detalle del mapa «Demostración o mapa del camino que se proyecta desde Valsain al lugar de Los Molinos por el puerto de Navacerrada y de su actual que pasa por el puerto de La Fuenfría», 1738 (Biblioteca Nacional de España, Madrid); un mapa muy interesante del que hablaremos en otra ocasión, que sirve para ilustrar la importancia de la masa boscosa en los alrededores de Siete Picos y el valle de La Fuenfría

de Madrid que pacen con sus ganados allí y hacen leña y cortan y cazan».

En 1437 la justicia real ordenaba a Íñigo López de Mendoza y al Concejo de Manzanares que respetaran los antiguos pactos y se abstuvieran de hacer requisas a los madrileños. Conocemos los detalles de este proceso porque en 1471 se hizo una copia de la documentación, que ha llegado hasta nosotros y que probablemente se encargaría para que el hijo de Íñigo, Diego Hurtado de Mendoza y de la Vega, futuro duque del Infantado, en apariencia más conciliador que el padre, la utilizara en un acuerdo posterior, firmado el 10 de octubre de 1472 en Guadalajara, donde se regulaba el aprovechamiento común de los recursos forestales entre ambas partes y se ordenaba amojonar las lindes.

Durante el reinado de los Reyes Católicos los conflictos entre Madrid y el Real continuaron, como pone de manifiesto la necesidad de rubricar un nuevo acuerdo,

firmado en esta ocasión por el segundo duque del Infantado, Íñigo López de Mendoza y de la Vega, en Zaragoza el 18 de enero de 1488, por el que se establecía la renovación de las lindes y ratificación del aprovechamiento común de los montes. Para ello se exigía que «personas nombradas por ambas partes se dividan y aparten los términos para que cada una de las partes conozca los suyos, excepto que queden enteros para el pacer y cortar según la sentencia antigua».

Cercedilla parece haber estado en posesión del pinar de Arrulaque al menos desde 1434

Pero lo que sobre el papel parecía una declaración de buenas intenciones en la práctica dio lugar a una cascada de pleitos. Y es precisamente en este contexto en el que aparecen las primeras referencias históricas directas al pinar de Arrulaque. En el año 1504 Cercedilla tomó declaración a más de treinta testigos con la intención de probar que el pinar de Arrulaque le había pertenecido desde tiempos inmemoriales. Estos testimonios permiten trazar un cuadro bastante completo de la evolución histórica de la explotación de nuestros pinares a lo largo del siglo xv.

Lo primero que se desprende de ellos es que el concejo de Cercedilla parece haber estado en posesión del pinar de Arrulaque al menos desde 1434. Se afirma, además, que el pinar había sido tradicionalmente para pasto y corta común, y que en él podían cortar todos los vecinos del Real y de Madrid, previa solicitud ante el Concejo de Manzanares de una licencia y siempre que se respetaran unas medidas mínimas (el llamado «medio»). Por último, prácticamente todos los testigos coinciden en afirmar que el Concejo de Cercedilla tenía facultad para nombrar guardas forestales y aplicar sanciones a las personas no autorizadas o que no respetaran el «medio».

Las declaraciones de estos testigos ofrecen detalles muy precisos sobre el interés de Cercedilla no solo por hacer valer sus derechos, sino también por lo que hoy llamaríamos la conservación del medio ambiente.

Por ejemplo, según la declaración de Juan Gómez, de sesenta y cinco años, vecino de Navacerrada, los concejos de Cercedilla y Navacerrada ponían guardas en el pinar desde mediados del siglo xv, y lo podía afirmar rotundamente porque él mismo fue el encargado de la vigilancia cuando trabajaba para el Concejo. Con la misma rotundidad, confirmaba que el monte había sido utilizado para pasto común tanto de los vecinos del Real como

CERCEDILLA INÉDITA

de los de Madrid, hasta que alrededor del año 1454, «viendo que se destruía el pinar de aquella mano», se prohibió de común acuerdo la corta de madera menuda por debajo de los dieciséis pies de largo (unos cinco metros). Pero la sobreexplotación del bosque debió de continuar porque treinta años después, en 1484, cuenta este Juan Gómez que se vieron obligados a prohibir por completo la corta y a reforzar la vigilancia del pinar. Y parece ser que en esta ocasión sí tuvieron algún éxito pues él mismo dice que el bosque se recuperó y que a partir de entonces, para poder cortar, debía solicitarse de nuevo licencia a los regidores de Manzanares, jurando que la leña era para consumo propio y que bajo ningún concepto la llevarían a vender a Madrid.

Por otra parte, de la declaración de Francisco de Cervantes, de sesenta años y regidor de Manzanares, se deduce que la posesión y guarda del pinar fue al menos inicialmente compartida entre Cercedilla y Navacerrada. Sin embargo, a raíz de un pleito entre ambas localidades, en el año 1494 el duque del Infantado, «oídas las partes, sentenció que el dicho pinar fuera común a los dos lugares y los otros del Real, y que la guarda la tuviese el concejo de Cercedilla porque estaba más cercano, y que el lugar de Navacerrada pusiese sobreguarda».

Miguel Martín, de ochenta y cinco años y vecino de Cercedilla, confirma que desde 1434 el consistorio municipal tenía plena facultad para nombrar guardas forestales y para mandar detener a todas aquellas personas de Madrid y Segovia que hicieran uso del pinar sin el permiso correspondiente. Él mismo afirma haber sido guarda forestal y participado en la detención de varias personas. Su declaración resulta muy valiosa, ya que gracias a ella es posible saber que desde 1454 los vecinos del Real de Manzanares tenían que cortar respetando «un medio que daba el concejo de Cercedilla desde los tiempos del abuelo del duque que está ahora». Las características que debía reunir un árbol para que se pudiera autorizar su corta estaban claras: solo podían talar árboles de unos cinco metros de alto y con un diámetro mínimo en la base de entre veinte y veintiséis centímetros, ejemplares por tanto de no menos de veinte años.

Así estaban las cosas a principios del siglo XVI, con Cercedilla defendiendo los límites y linderos del pinar de Arrulaque y presentando testigos para hacer valer en sede judicial sus derechos sobre

unos recursos que «en tal posesión quieta y pacíficamente han estado y están de uno, dos, cinco, diez, quince, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta y de setenta años y más tiempo a esta parte, que de tanto tiempo ha que memoria de hombres no se haya contrario» (ARCV, Pleitos Civiles, Moreno 613.1). Y el Ayuntamiento de Madrid mientras tanto enarbolando una vieja sentencia contraria de la que «casualmente» no se encontraban copias entre los papeles de los notarios. Aun así, en 1519 el juez del caso determinó apoyar las peticiones madrileñas y emitió un fallo a su favor que se concretó en mandar a Francisco de la Torre a «que tome la posesión del pinar en los dichos pinos y a voz de ellos en todo el pinar de Arrulaque», cosa que él en efecto hizo de la manera tan elocuente que ya he descrito.

Cercedilla apeló la sentencia ante la Chancillería de Valladolid, que era en aquel entonces la última instancia judicial. Denunció irregularidades en los procesos y contradicciones en los dictámenes de los jueces, por lo que se solicitaba la nulidad de las sentencias contrarias para ponerlo «todo en el punto y estado que estaba antes».

Pero si los tiempos de la justicia hoy son lentos, entonces era cosa verdaderamente de sentarse a esperar: la resolución de una sentencia en grado de apelación podía llevar décadas. ¡Casi un siglo en este caso! El fallo definitivo, que daba la razón al recurso presentado por Cercedilla, no se produjo hasta el 18 de junio de 1602.

Durante todos esos años, mientras se esperaba el fallo, el Concejo de Cercedilla siguió vigilando el pinar y administrando las cortas de madera. En el año 1556 el Ayuntamiento de Navacerrada se quejaba de que los alcaldes de Cercedilla favorecían a sus propios vecinos en detrimento de los de Navacerrada «porque les hacían mal y daño, y cuando les daban maderas para sus casas se las daban dos y tres leguas apartadas de su lugar pudiéndosela dar más cerca; de manera que era más la costa que se les hacía de traer la dicha madera a sus casas que ella valía, y porque teniendo necesidad algunas personas sus casas viejas de se reparar no querían dar tirantes, maguecones, ni hileras, ni ripia, ni tablas, ni lo demás necesario so color que decían que habían de estar primero armadas de roble».

Ese mismo año Navacerrada solicitó cien pinos para restaurar la fragua del pueblo y pidió que les dieran madera suficiente

para realizar obras en su iglesia, construir una casa para el cura y restaurar las casas de algunos vecinos. Cercedilla se opuso, y en esta ocasión la justicia del duque le dio la razón a Navacerrada.

La sentencia hace referencia a sucesos ocurridos en las décadas anteriores. Como he contado, la titularidad del monte y del pinar, después de las disputas ocurridas a finales del siglo XV, quedó en manos de Cercedilla, mientras que Navacerrada, como el resto de las aldeas de la región, tenía que solicitar permiso al gobernador del Real de Manzanares y presentarse ante el Concejo de Cercedilla para declarar la corta. Sin embargo, los vecinos de Navacerrada infringían esta norma y en ocasiones incluso iban al pinar en grupo para cortar sin licencia. En 1532, según una declaración de Pedro Montalvo:

UN DÍA FRANCISCO CARRETERO, VECINO DE NAVACERRADA, LE PIDIÓ SI LE PODÍA DAR UN POCO DE MADERA PARA UNA ERMITA DE NAVACERRADA Y LE DIJO QUE NO. Y UN DÍA VIO VENIR DIEZ CARRETAS CON DIECISIETE HOMBRES POR EL TÉRMINO DE CERCEDILLA QUE IBAN DERECHOS AL PINAR, QUE LES PREGUNTÓ DÓNDE IBAN Y RESPONDIERON QUE A CORTAR CINCUENTA MADEROS PARA UNA ERMITA. Y QUE ESTABAN EN EL PINAR OTROS SIETE U OCHO HOMBRES CORTANDO.

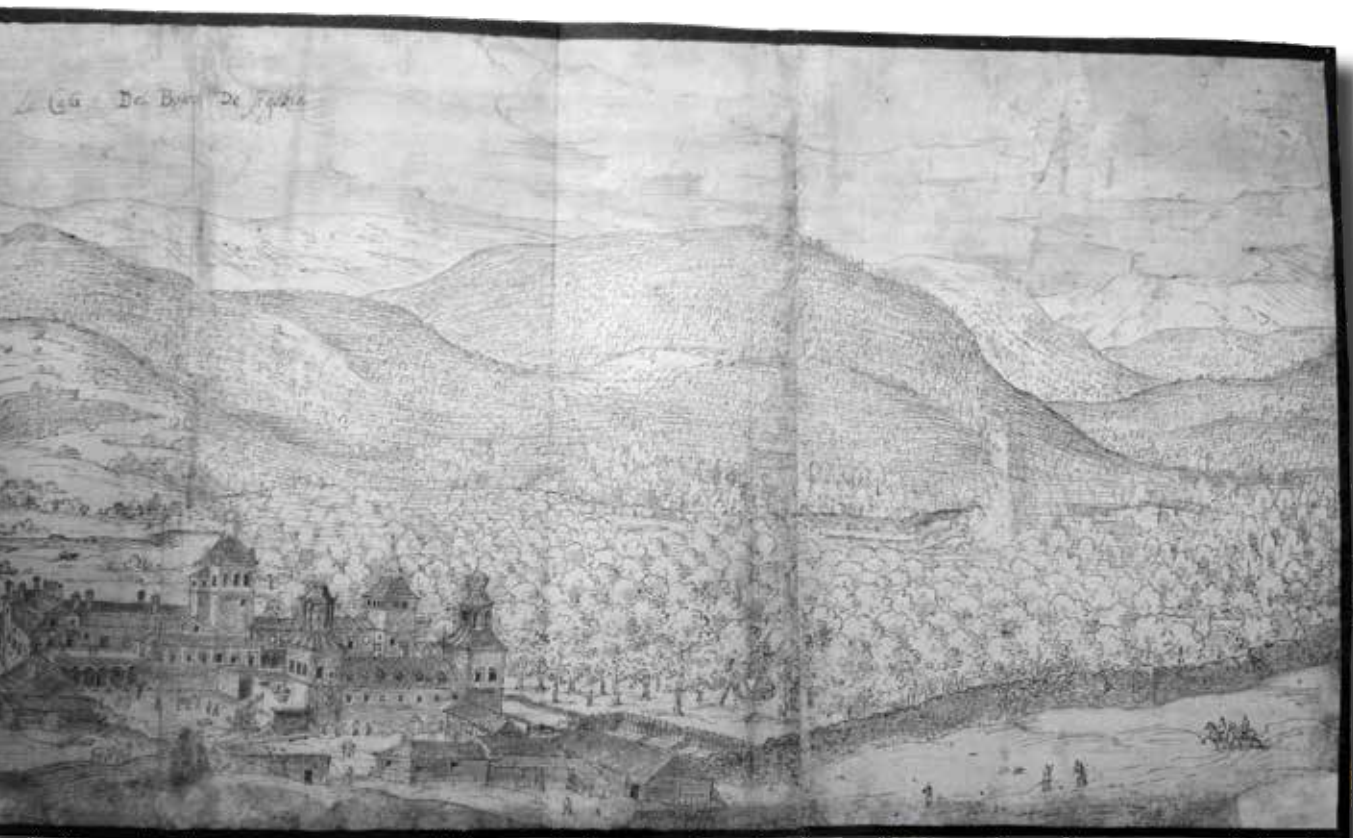
La reacción del alcalde de Cercedilla fue contundente: ordenó confiscar toda la madera y requisar las yuntas de bueyes, ya que los vecinos de Navacerrada podían cortar solo «para hacer casa y no ermita». El Ayuntamiento de Navacerrada presentó un recurso, pues «conforme al modo y uso de hablar se dice casa de oración, y aunque no se pudiera llamar casa, por ser como es la tal obra santa y pía, se puede entender y entender».

Y un hito más en toda esta historia: el 26 de enero de 1534, en Guadalajara, se firmó delante del duque del Infantado un acuerdo entre representantes de ambos pueblos cuya consecuencia inmediata iba a ser la redacción de las primeras



Plaza Mayor de Cercedilla alrededor del año 1900, frente al edificio del ayuntamiento se aprecian tres o cuatro carretas cargadas con troncos de pino; las cortas eran autorizadas y registradas en el consistorio, la madera confiscada o producto de cortas ilegales se sacaba a subasta pública en la misma plaza
Foto: Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

CERCEDILLA INÉDITA



El palacio de Valsaín en 1562, dibujo de Anton van den Wyngaerde (Biblioteca Nacional de Austria, Viena); se aprecia la densa masa forestal que se extendía desde el bosque real hasta el alto del puerto de La Fuenfria, y desde allí a la garganta de Gobienzo (hoy valle de La Fuenfria) y la garganta de Rui Velázquez (hoy valle del Río Moros).

ordenanzas de conservación del pinar de Cercedilla. Allí se dispone que para acabar con las diferencias lo mejor para ambas partes es que «haya entre ellos más verdadera amistad, como son obligados por ser como son vecinos, deudos y vasallos de un señor». A partir de ese momento los regidores de la localidad de Cercedilla deberán conceder a los vecinos de Navacerrada la facultad de cortar madera en el pinar de Arrulaque, siempre que se emplee para construir casas nuevas o realizar trabajos de renovación en las que ya existían. Asimismo, se autoriza a los vecinos de Navacerrada que poseyeran al menos una yunta de bueyes a que puedan sacar madera del pinar para hacer pértigas y botones para sus carretas. A cambio, Cercedilla obtiene la incorporación a su territorio municipal de una parte del pinar y término «que dicen del Hoyuelo», junto al de Arrulaque, que hasta la fecha había sido propiedad de Navacerrada. Por la descripción, parece tratarse de la zona conocida hoy como Hoyuelo Redondillo, en la ladera sur del pico del Telégrafo.

Además, se ordenó a los alcaldes y vecinos de Navacerrada que cumplieran rigurosamente los capítulos y ordenanzas sobre conservación forestal redactados por el Concejo de Cercedilla, que constituyen uno de los documentos más antiguos y de mayor relevancia de nuestro

entorno en el campo de lo que hoy se llamaría la protección medioambiental, pues describen con precisión no solo lo que se podía y lo que no se podía hacer en el pinar, sino también cómo y cuándo, además de las penas y sanciones previstas para los que echaran a perder el monte.

Según esta normativa, el Concejo de Cercedilla podía nombrar anualmente un número determinado de guardas forestales, que por regla general fueron tres o cuatro. Por cada pino cortado sin permiso, el infractor debía hacer frente a una multa de sesenta maravedís, que iban a parar a las arcas del Ayuntamiento, y además perdía la madera, que después salía a subasta pública en la plaza del pueblo. Las sanciones se aplicaban no solo a los pinos enteros, sino también a la madera cortada, troncos y tocones. El Concejo se comprometía por su parte a realizar controles anuales de los pinos que se cortaban para vender a particulares, taberneros, panaderos, carniceros y a los venteros de las ventas de Santa Catalina y de Don Gutierre, y cada pino de procedencia desconocida que se vendiera le valdría una sanción de sesenta maravedís.

Además, se prohibía pastar con cabras en el pinar, bajo pena también de sesenta maravedís. Como máximo

podían entrar diez de estos animales, acompañando a los rebaños de ovejas que atravesaban la localidad durante la trashumancia.

Los vecinos de Cercedilla podían talar pinos para construirse sus propias casas, pero antes debían solicitar un permiso al alcalde, que solo se lo concedía si previamente habían construido la estructura de la vivienda en madera de roble y se comprometían a no sacar la madera fuera del pueblo para venderla en Madrid ni en ningún otro lugar. La obra debía completarse en un plazo máximo de tres meses, después del cual ya no podían cortar más madera. Los que tuviesen una yunta de bueyes estaban autorizados a talar pinos cada dos años para fabricar carretas destinadas a su propio uso, nunca para venderlas.

En cuanto a los plazos, estaba terminantemente prohibido cortar árboles de cualquier tipo entre los días 23 de junio (San Juan) y 24 de agosto (San Bartolomé), y las sanciones a los infractores en ese periodo se doblaban.

Por supuesto, los forasteros y «vizcaínos» (así se explicita) tenían prohibida la corta, a no ser que se les hubiera autorizado previamente, como a los vecinos de Navacerrada. Y si la persona autorizada no quería ir a cortar personalmente la

madera, debía hacerlo un vecino de Cercedilla, «lo cual está convenido desde en vida del marqués que santa gloria haya y abuelo de nuestro señor el duque», lo que parece indicar que estas normas, antes de ser redactadas, probablemente habían estado operando de manera informal al menos desde el último tercio del siglo xv.

A mediados del siglo xvi, con el juicio que lo enfrentaba a Madrid todavía a la espera de sentencia definitiva, el Ayuntamiento de Cercedilla trató de recabar apoyos en las más altas esferas. De hecho, se puso en contacto con el rey Felipe II de una manera bastante sutil e ingeniosa. En 1557, recién llegado al trono, el joven monarca recibió una carta del Concejo de Cercedilla instándole a que examinara y eventualmente aprobara las nuevas ordenanzas municipales de conservación forestal que acababan de redactar. Pero ¿qué interés podía tener el monarca en las ordenanzas municipales de una pequeña aldea como Cercedilla? La respuesta es sencilla. Los reyes de Castilla habían utilizado los bosques de Valsaín como coto de caza desde los siglos xiv y xv. El emperador Carlos V era asiduo de los bosques de la sierra de Guadarrama, donde fue a cazar en varias ocasiones entre 1525 y 1542. Después, el antiguo pabellón de caza que había mandado construir Enrique IV fue transformado por el arquitecto Gaspar de la Vega en el palacio de Valsaín, que iba a convertirse en residencia privada de los Austrias, antes

incluso de la construcción de El Escorial, para recreo durante los meses de primavera y verano o como etapa es sus viajes a Segovia. Y los bosques reales limitaban con el término municipal de Cercedilla, lo que resultaría clave para convencer al monarca de echar un vistazo y dar su visto bueno a las ordenanzas sobre el aprovechamiento del pinar de Arrulaque. En marzo de 1557 Felipe II firmó una provisión favorable a los intereses de Cercedilla en la que reconocía el gran valor de sus ordenanzas municipales en materia de conservación forestal:

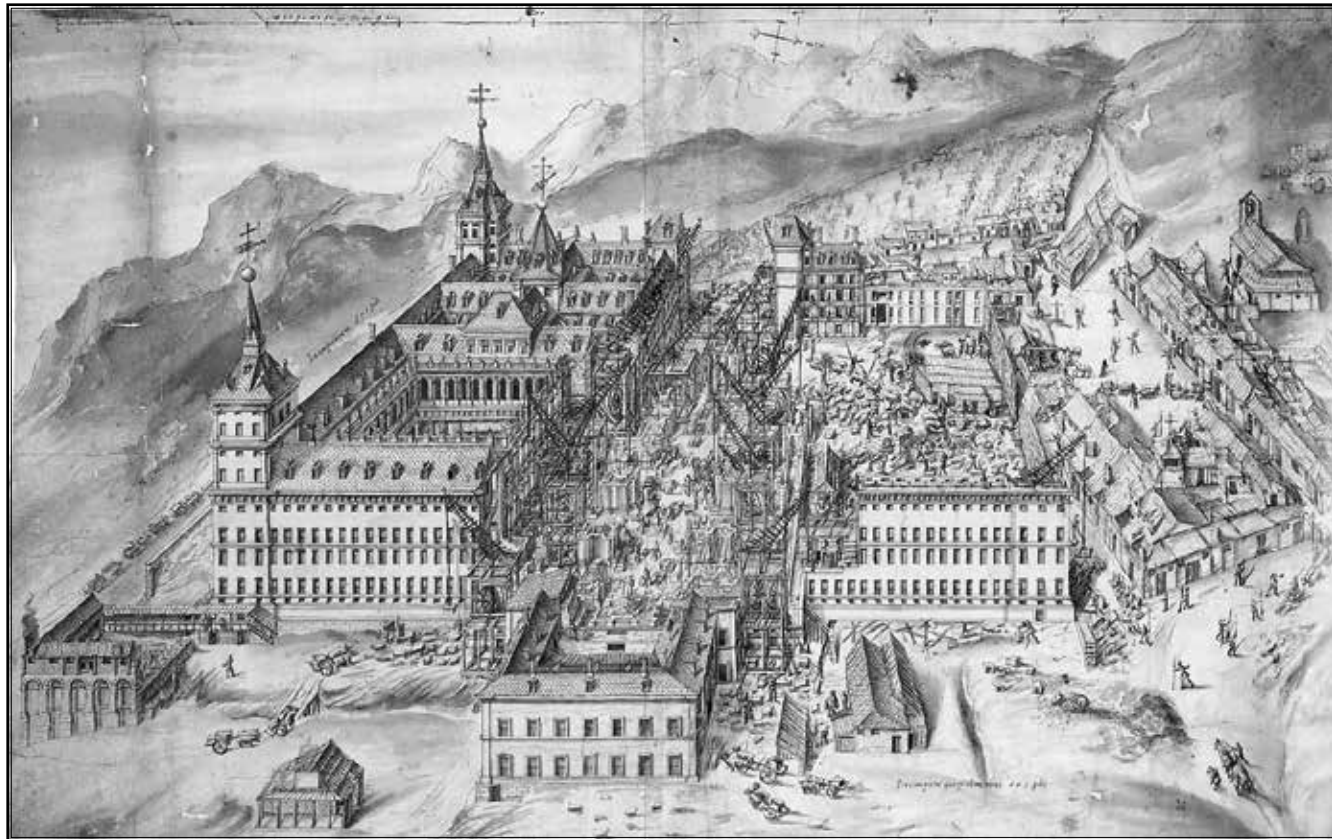
POR PARTE DE VOS EL CONCEJO, JUSTICIA Y REGIDORES Y VECINOS DEL LUGAR DE CERCEDILLA, JURISDICCIÓN DE LA VILLA DE MANZANARES, NOS HA SIDO HECHA RELACIÓN DICENDO QUE VOSOTROS HABÍAIS HECHO CIERTAS ORDENANZAS SOBRE LA GUARDA Y CONSERVACIÓN DE LOS MONTES Y DEHESAS Y HEREDAMIENTOS PROPIOS Y CONCEJILES DE ESE DICHO LUGAR, LAS CUALES ERAN MUY ÚTILES Y PROVECHOSAS.

La jugada del Ayuntamiento de Cercedilla para oponerse a los intereses de Madrid fue perfecta: con las nuevas ordenanzas, aprobadas y ratificadas por el rey, el concejo de Cercedilla retomaba a efectos prácticos el control total sobre la dehesa y el pinar de Arrulaque. Estas ordenanzas suponían un avance cualitativo respecto a las de 1534 en materia de aprovechamiento y conservación del medio ambiente. En ellas se pone negro sobre blanco que la gestión de la explotación de la madera del pinar de Arrulaque era competencia exclusiva del Concejo de Cercedilla, que tenía plena capacidad para administrarlo como si fuera parte de sus bienes. Cualquier vecino o habitante del Real de Manzanares que entrase en la dehesa o el bosque para cortar «pino, roble o quejigo o cualquier otro género de árboles» sin autorización sería multado con doscientos cincuenta maravedís, de los cuales cincuenta irían a parar al guarda y doscientos a las arcas del Ayuntamiento. El importe de la multa ascendía a quinientos maravedís si la infracción se cometía de noche. Por supuesto, la madera obtenida fraudulentamente sería incautada y vendida al mejor postor en subasta pública. Esto se aplicaba tanto a quienes cortaban pinos enteros como a los que obtenían «ripiá» (tablas costeras del tronco más delgadas y de menor provecho). Cortar ramas estaba penado con cincuenta maravedís, y los gabarreros que hicieran cargas de tea y leña seca y no pasaran previamente por el pueblo para registrarse (en la calle de los Registros) tendrían que pagar una multa de cien maravedís.

Es probable que el capítulo de las ordenanzas de conservación forestal de 1556 que más gustara a Felipe II fuera aquel en el que se proponía vedar completamente el pinar de Arrulaque al ganado entre el primero de marzo y el 11 de junio, para



Carretas sacando pinos mediante el sistema tradicional en Covaleda (Soria); el arrastre y acarreo con caballos y bueyes fue la metodología de los gabarreros en el pinar de Arrulaque hasta bien entrado el siglo xx
Fuente: Fototeca Forestal Española DGB-INIA, Ministerio de Medio Ambiente y Ministerio de Educación y Ciencia



El Escorial en construcción, 1576 (Londres, Hatfield House, colección del Marqués de Salisbury); nótese la presencia de numerosas yuntas de bueyes transportando entre otras cosas piedra y madera, esta última procedente de los pinares de Valsain, El Espinar y Cercedilla

favorecer la reproducción de la fauna salvaje que cruzaba durante el invierno desde el bosque real al valle de La Fuenfría.

Una vez más se prohibía taxativamente la presencia de cabras en las dehesas de Arrulaque durante cualquier época del año, «porque es grande daño que hacen en el pinar, que se comen todo el monte que nace». Los rebaños de más de diez cabras se multaban con penas de hasta trescientos maravedís, el doble si entraban por la noche. Si el rebaño sancionado lo integraban menos de diez cabras, se abonaba medio real por cada una. En caso de reincidencia, a la tercera sanción en menos de una semana, el pastor era multado con la suma nada despreciable de tres mil maravedís. Solo las cabras que acompañaban a los rebaños de ovejas durante la trashumancia podían pastar en el pinar, hasta un máximo de cuatro cabras por rebaño.

Cada año, a partir del 11 de junio, los vecinos de Cercedilla podían echar al monte sus cerdos, ovejas, vacas y caballos, previo pago de un derecho equivalente al actual registro para el aprovechamiento de pasto, según la siguiente tabla de precios: «cada cabeza de ganado ovejuno una blanca, y cada cabeza de ganado vacuno dos maravedís, y cada yegua o rocín cuatro maravedís, y cada cabeza de

Aunque la agricultura y la ganadería seguían siendo la base de la economía, muchos vecinos del pueblo trabajaban como hacheros, aserradores, gabarreros y carreteros

puerco o puerca una blanca». Una blanca equivalía a medio maravedí, de ahí la expresión «estar sin blanca».

Durante el último tercio del siglo XVI una serie de circunstancias propiciaron un crecimiento económico y demográfico de Cercedilla como no lo había experimentado hasta entonces en sus más de doscientos años de existencia. Las obras del palacio de Valsain y de la casa Eraso, en la vertiente segoviana del puerto de La Fuenfría, pero sobre todo la construcción del monasterio de El Escorial y la designación de Madrid como capital de España en 1561 fueron factores dinamizadores de la economía local. La población de Cercedilla aumentó considerablemente, y lo hizo a un ritmo superior al de otros pueblos de la zona. La demanda de madera para cubrir las necesidades de las obras reales y de la ciudad de Madrid no paraba de crecer, y en Cercedilla se daban tres circunstancias favorables para satisfacer esa demanda: abundancia de materia prima, facilidad de acceso y proximidad a las obras.

Se creó así un modelo económico basado en la tala, extracción y transporte de enormes vigas de pino, tablas y madera de todo tipo a ambos lados de la sierra. Aunque la agricultura y la ganadería seguían siendo la base de la economía, muchos vecinos del pueblo trabajaban como

hacheros, aserradores, gabarreros y carreteros. El sistema era prácticamente auto-suficiente. Las grandes dehesas boyales y herrenes sembrados de forraje junto a los ríos y arroyos daban sustento a decenas de yuntas de bueyes, de forma que varios vecinos pudieron especializarse como carreteros. Los carros cargados de troncos, aparcados en la plaza del pueblo frente al ayuntamiento a la espera de registrarse para la venta o para ser subastados debió de ser la estampa más característica de Cercedilla en aquellos años.

Y cuando terminaron los tiempos de expansión y empezaron las dificultades, el Ayuntamiento no dudó en recurrir al «oro verde» para tratar de superarlas. El esfuerzo necesario para hacer frente a las innumerables guerras de Felipe II en toda Europa se tradujo en una mayor presión fiscal sobre los pueblos de Castilla. Para poder afrontar sus necesidades militares, la monarquía impuso nuevos impuestos, como el llamado «de millones», que debía servir para sufragar los gastos de la Armada Invencible. En Cercedilla, el impuesto de millones en 1593 ascendía a unos once mil reales, una cantidad enorme para las arcas municipales, muy superior a sus propios ingresos anuales. Para poder hacer frente a este pago extraordinario, el Ayuntamiento intentó en un primer momento vender todo el trigo de los almacenes municipales, pero no había suficiente, si no se quería poner en peli-

gro el abastecimiento de trigo de la propia localidad, de modo que se decidió vender ocho mil pinos de la dehesa y pinar de Arrulaque, una operación por la que se obtuvieron dieciocho mil reales, suficiente para garantizar el pago a la hacienda real y hacer frente a otras necesidades acuciantes.

Al margen de esta corta extraordinaria, la venta regular de pinos era la partida más importante de los ingresos del Ayuntamiento. En el año 1608, por ejemplo, se cortaron alrededor de quinientos pinos, lo que supuso más del treinta por ciento de los ingresos totales del Consistorio. A lo que hay que añadir un ocho por ciento más, fruto de la venta de tocones y madera menuda, y otro tres por ciento de la recaudación de multas por la corta ilegal de unos cincuenta pinos. En resumen, casi la mitad de los ingresos del Ayuntamiento de Cercedilla en 1608 procedió directa o indirectamente de actividades relacionadas con el pinar de Arrulaque.

Por desgracia, sabemos también que no todos los vecinos pudieron beneficiarse del maná verde por igual. Según una declaración de Juan de Puentes, uno de los «ataladores» que participó en la gran corta de 1593, «doce vecinos de Cercedilla participaron en ella y se beneficiaron haciéndose ricos, mientras otros en la localidad eran pobres», e incluso acusaba a la corporación municipal de ha-

ber hecho gastos excesivos y superfluos en comer, beber y hacer fiestas.

El problema de la explotación ilegal del pinar no desapareció, pero gracias a la normativa el Concejo de Cercedilla y los duques del Infantado plantaron hace cinco siglos la primera semilla de la conservación del medio ambiente y la explotación sostenible de los recursos forestales.

La historia más reciente del pinar de Arrulaque es conocida por todos. Durante el siglo XVIII dio muestras de agotamiento por sobreexplotación, principalmente a causa de las exigencias impuestas a los municipios de Cercedilla y Los Molinos para que suministraran ingentes cantidades de madera a la real fábrica de vidrio de La Granja. A finales del siglo XIX y principios del XX, con la llegada del ferrocarril y la eclosión del guadarramismo, el «oro verde» se revalorizó desde una nueva concepción recreativa de los espacios naturales. Llegaron las repoblaciones de pinos, la gestión más o menos acertada de los recursos, la cesión de competencias al ICONA, a la Comunidad de Madrid, al ente regulador del Parque Nacional... Y a pesar de todo, después de todos estos años, ahí sigue el pinar de Arrulaque, compañero de la historia de este pueblo desde un tiempo tan remoto que «memoria de hombres no se haya contraria».



Fotografía estereoscópica de varias yuntas de bueyes acarreado madera en Valsain, hacia 1900 (foto de T. Augusto Arcimís)

Fuente: Fototeca del Patrimonio Histórico, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CERCEDILLA INÉDITA

En un extenso memorial que se conserva en la Biblioteca Nacional (BN Mss 10.679), se encuentra entre otros muchos el testimonio de un vecino de Cercedilla que, allá por 1435, relataba lo siguiente:

De cincuenta años a esta parte poco más o menos, este testigo se acuerda de que la villa de Madrid y los vecinos de ella y de su tierra tienen derecho y costumbre de usar de cuatro cosas en el Real de Manzanares hasta las cumbres a aguas vertientes hacia Madrid: pacer y pastar con sus ganados, cortar leña, madera y corteza, y cazar y hacer carbón sin contradicción alguna de los del Real ni de otra persona alguna, y sin pagar por ello herbaje ni derecho ni tributo alguno.



Labrador con carro de varas cargado de maderas tirado por dos bueyes (hacia 1921) (foto de Otto Wunderlich)
Fuente: Fototeca del Patrimonio Histórico, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Sin duda Felipe II estaría de acuerdo con este punto de las ordenanzas municipales de Cercedilla de 1556:

La dehesa de Arrulaque linda con el pinar de Valsaín, bosque de Sus Majestades, y con la garganta de Ruivázquez, que es del lugar de El Espinar. Y en estos montes y dehesas hay mucha caza de Sus Majestades, y en el tiempo de invierno, con las grandes nieves y fortunas, se pasa mucha caza a nuestra dehesa y

pinar de Arrulaque, por ser tierra más caliente y estar en solana para la dicha caza. Y dicha caza, no hallando qué comer, se baja a comer los trigos, linos y centenos. Por tanto, mandamos que por que la dicha caza sea mejor sustentada y no venga a hacer los daños que hace en los frutos y se aumente más y tenga

siempre que comer y los montes se multipliquen y haya más abrigo, es nuestra voluntad que desde el día primero de marzo de cada un año se guarde la dicha dehesa y pinar de Arrulaque hasta el día de San Bernabé de todo género de ganado.

El Ayuntamiento de Cercedilla explicaba así en 1593 la necesidad en que se vio de vender ocho mil árboles del pinar de Arrulaque:



Este dinero fue para tornar a reedificar la cilla [depósito donde se recoge el trigo] y tornar a meter en ella ochocientas fanegas de trigo, que vendió para pagar los millones, porque si no se tornase a hacer la cilla resultaría notable daño al bien común del pueblo. Lo primero porque en el lugar no se coge pan, por ser como es sierra y tierra muy miserable. Lo segundo, porque está al pie del puerto y adonde ocurren de ordinario hombres de armas, soldados y otras personas, como son al-

caldes de corte y alguaciles, muchas veces que se ofrece paso de Su Majestad a Segovia. Y no habiendo trigo que cocer el dicho lugar se ve en grande trabajo, y de ordinario los inviernos son muy terribles por ser sierra y acontece caer la nieve que sobrepuja a los tejados, y debajo de la capa del hielo no pueden entrar bastimentos de trigo en uno ni dos meses. Y así, no habiendo granero, perecerán los vecinos de hambre, y a este fin se ha hecho la corta que tengo signficada.

Nota: Las citas de documentos antiguos, tanto en el interior del artículo como en esta página, son literales, aunque se han llevado a cabo una actualización ortográfica y algunos cortes para facilitar su lectura; entre corchetes se aclara el significado de las palabras más opacas.

TAMBIÉN...

ANTONIO MACHADO

Javier López Iglesias

De andares y caminos supo. «Paseo y disfruto. Al tiempo que ando, escribo. Lo que va urdiendo la mente con los pasos, acaso más tarde, ya sobre el papel, se convierta en poema».

A sí lo dejó dicho Antonio Machado en la tertulia del café La Unión de Segovia, a la que acudía para escapar de la gélida habitación que ocupaba en la pensión de la calle de los Desamparados desde que en octubre de 1919 tomara posesión de su cátedra de Francés.

Solo las más de las veces, «en travesías que no era infrecuente se demorasen dos o más horas», Machado casi sin falta cada tarde caminaba hacia La Fuencisla, carretera de Santa María de Nieva adelante, o hacia La Granja o Riofrío. Como Manuel, su hermano, escribió: «Solo lo echaban para atrás las nevadas largas y las ventiscas fuertes».

Y los fines de semana, Madrid o las cuevas de la sierra de Guadarrama:

*Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.*

En una de esas caminatas, acompañado de sus amigos José Tudela y Blas Zambrano, padre de la filósofa María Zambrano, Machado sufrió un resbalón. Bajaba del puerto de La Fuenfría, «desde el que la vista al valle corta la respiración por su calmada belleza», cuando el bastón se le coló en una hendidura y él cayó al suelo. Su tobillo izquierdo, «inflamado y rojo», le impide dar un paso más.

«Alguien nos ayudó. A lomos de su mula descendimos hasta el pueblo más cercano, donde aplicaron a aquella carne tumefacta una pomada espesa y un vendaje compresor que hicieron posible continuar viaje en automóvil y, unas horas más tarde, llegar a Madrid».

No queda rastro del nombre de quien prestó la cabalgadura al poeta, ni de quien ofició de «sanador», ni de quien ofreció el coche que lo trasladó hasta la capital. Pero sí sabemos que ese pueblo cercano, al pie de La Fuenfría, era el nuestro: Cercedilla.

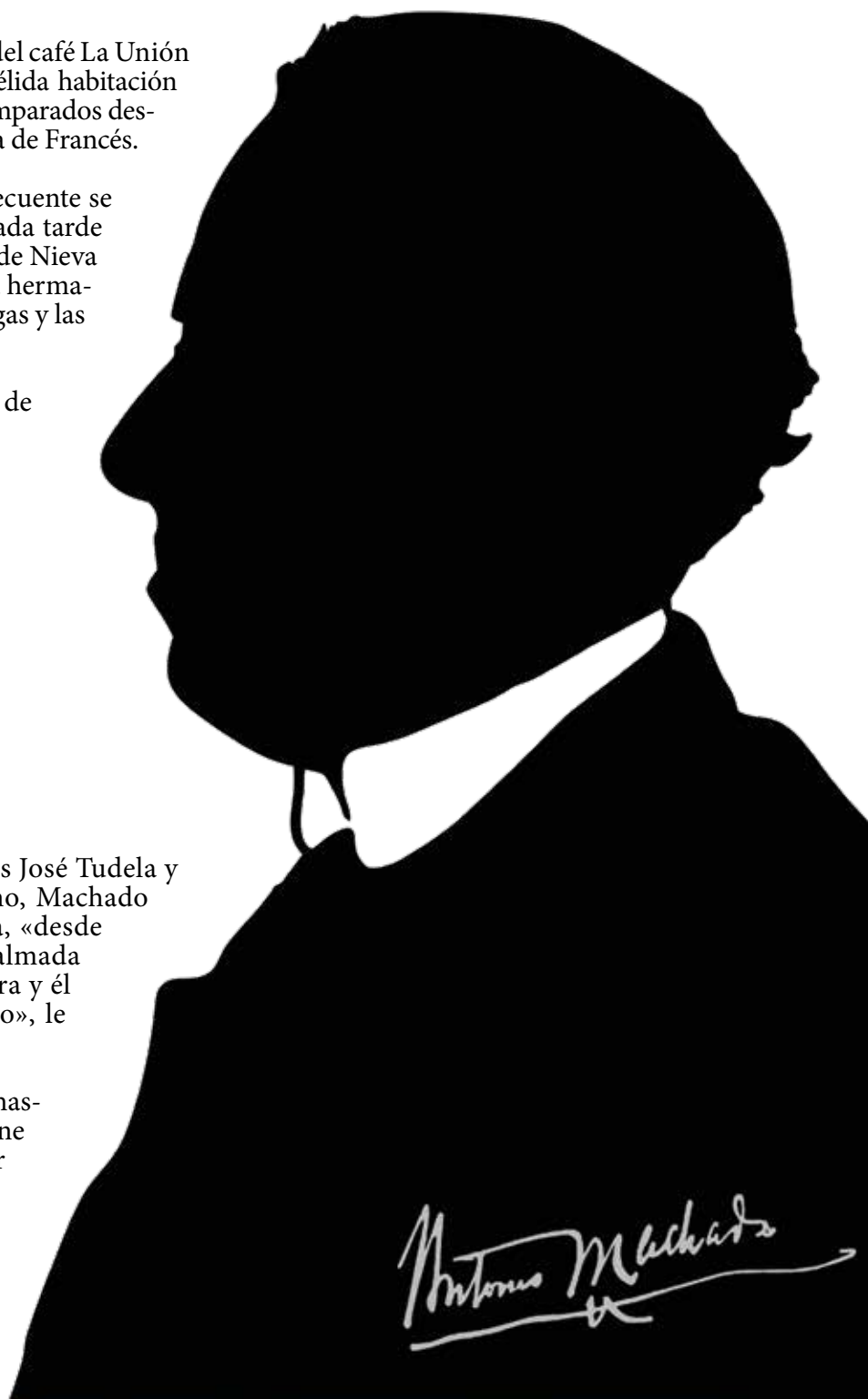


Ilustración de Juan Triguero

LA FRONTERA

Pedro Sáez



Hasta hace no muchos años, entrar en el valle de Ansó no era tarea fácil. Lo mismo sucedía en otros muchos valles pirenaicos. Las sierras exteriores los protegían del llano.

Sierras normalmente calizas que contaban con un solo y estrecho desfiladero trabajado a lo largo del tiempo por un río principal. Estos congostos suelen recibir, en el Pirineo occidental, el nombre de *foz*. Así la foz de Biniés, estrecha como pocas. Ahora, una carretera excavada en la roca acompaña el recorrido sinuoso del río. Apenas se le ve mientras se trazan curvas y el olor del boj se extiende sobre la roca y perfuma el interior del coche. Abajo, sin embargo, ruge el río Veral, casi invisible, cubierto como está por una tupida maraña de plantas, un camuflaje que oculta su continua tarea de zapador y de minero.

Esta situación de aislamiento produjo a lo largo del tiempo una relación más fluida con los vecinos valles franceses que con el contiguo llano aragonés, o navarro, al que administrativamente pertenecen estos valles. Era más fácil pasar a Francia que a la llanura española, pese a los altos collados cubiertos de nieve hasta bien entrada la primavera. Y más fructífero. El comercio y los acuerdos fluían de un lado al otro de forma natural. Comercios legales e ilegales, y acuerdos establecidos de forma autónoma entre ambas vertientes, ajenos a cualquier plácet o consentimiento por parte de los respectivos gobiernos, acuerdos firmados soberanamente entre vecinos para defender la colaboración y la con-

cordia. Tales acuerdos recibían distintos nombres: «Tratados de alianza y de paz» o, simplemente, «facierías».

Curiosamente, cuando surgían divergencias y conflictos, no se acudía al arbitrio de la justicia de uno u otro país, sino a la mediación de un tercer valle. La parcialidad de ese intermediario, independientemente de su nacionalidad, no se ponía nunca en cuestión. Antes que franceses o españoles, los habitantes del Pirineo eran montañeses, su país era la montaña, el Pirineo, con su soberanía particular, con sus leyes especiales, y la idea de nacionalidad era percibida como algo arbitrario e impuesto desde fuera.

Con la consolidación de los estados nacionales, sin embargo, el Pirineo axial, el lugar del encuentro, el escenario de los acuerdos entre valles libres, va a consolidarse como frontera administrativa, como lugar de separación entre dos vertientes que hasta el momento habían vivido cara a cara. Con los gobiernos vienen también las aduanas, los impuestos, los aranceles, los tributos, los vigilantes, las ordenanzas, las leyes y la persecución de los nuevos delitos derivados de todo lo anterior. Como consecuencia de todo ello, estos valles se convertirán en el territorio privilegiado de una nueva forma de vida: el contrabando.

Entre el valle de Hecho y el de Aragüés hay un monte bastante anodino que recibe el nombre de Pico de los Contrabandistas. No llama mucho la atención entre las apaciguadas cimas de la sierra de Gabás, pero no deja de ser sintomático que se sitúe casi en el centro mismo de este núcleo de valles y barrancos nerviosos que hicieron del contrabando no solo su principal actividad económica, sino también una forma de vida al margen de la ley. En su momento de mayor apogeo, las partidas de Hecho no eludían a las patrullas de carabineros, sino que se enfrentaban con ellas a tiros. Solían ser más numerosos y estaban mejor armados. Los primeros Winchester que entraron en España lo hicieron de contrabando por el puerto del Palo, y su eficacia se demostró de inmediato una vez rebasada la frontera. En aquellos tiempos, hablamos de mediados del siglo XIX, ser contrabandista, o paquetero, no era solo un trabajo bien remunerado, sino también un marbete de prestigio social. Se crearon, al tiempo que grandes fortunas, grandes leyendas. Y más tarde, cuando el alpinismo empezó a cobrar una cierta importancia tanto deportiva como económica, era frecuente oír en los valles la acrisolada frase de Lucien Briet, de su libro *Bellezas del Alto Aragón*, para referirse a los tramos más difíciles



y peligrosos: «Paso de contrabandistas, no de alpinistas», con lo que se resalta no solo el valor montañoso de los primeros, sino también su mayor relevancia social.

En una ocasión estuve a punto de subir al pico de los Contrabandistas. Fue durante el examen de guías de montaña. El examinador ordenó a la aspirante que conducía al grupo que nos llevara hasta su cima. Tras una larga mirada hacia el pico y luego hacia el mapa, ella contestó sin inmutarse que no iba a poner en riesgo la vida de sus compañeros: las temibles cornisas de nieve reciente que orlaban la cima parecían suficientemente disuasorias. No subimos al pico y la aspirante fue suspendida.

Pero sí he subido muchos picos de la zona porque, de todos los rincones del Pirineo, estos valles son los que más me han apasionado desde siempre. Es aquí donde el Pirineo se empieza a poner bravío, rigurosamente afilado, rocoso, mostrando con orgullo unas calizas especialmente claras y verticales que muchos han comparado con la belleza de los Dolomitas. Y sí, si sales del valle de Salazar, desde Irati y Ochagavía, y culminas el puerto de Lazar, verás a lo lejos el que considero el cordal más bonito de la cordillera, el más afilado: el que forman el Anie, el Petrechema, el Mallo Acherito. A sus pies proliferan tanto los lapiaces como las praderas verdes, y más abajo la espesura misteriosa

de los hayedos. Estamos en el Pirineo atlántico y eso se nota. De hecho, desde la cima del Ori, se puede divisar perfectamente el azul inconfundible del Cantábrico.

En 2006, los valles de Ansó y Hecho recibieron, por parte del Gobierno de Aragón, la figura de protección de Parque Natural, denominándose desde entonces Parque Natural de los Valles Occidentales. Tiene una extensión cercana a las 35.000 hectáreas, entre el parque propiamente dicho y su zona periférica de protección.



El autor en la cabecera del valle de los Sarrios (foto de Esther Gabriel)

No menos importante es la apuesta de crecimiento que estos valles han llevado a cabo y que al valle de Ansó le ha valido el premio Conama, que distingue aquellos proyectos de crecimiento sostenible, conservación del patrimonio, industrias alternativas y limpias, y rechazo de la masificación turística. A diferencia de otros valles del Pirineo, mancillados con urbanizaciones vacías la mayor parte del año y con infraestructuras excesivas destinadas al esquí alpino (remontes en lugares privilegiados, cafeterías a dos mil metros de altitud, infinitos aparcamientos que en verano



Valle de Lescun; agujas de Ansabère y cordal Petrechema-Mesa de los Tres Reyes al fondo (foto de Pedro Sáez)

MONTAÑAS CONTADAS

parecen lagos desecados, hoteles sin carácter), Ansó protege la belleza prístina de sus bosques, praderas y montes, así como de su patrimonio arquitectónico y folclórico.

La primera vez que fui al valle de Ansó me alojé en el refugio de Linza. Casi todos hablaban euskera allí. Le pregunté al refugiero y me contestó que sí, que aquello era Ueskadi (o Hueskadi), ese territorio donde los vascos de ahora (enamorados del Pirineo) no solo van a subir la Mesa de los Tres Reyes, entre otros picos, sino también el lugar por donde la lengua vasca se extendía hacia el este de la cordillera, como corroboran muchísimos topónimos.

Linza es sin duda un lugar privilegiado para la exploración de este territorio pirenaico. Los dos grandes circuitos de trekking que recorren estos valles pasan por este precioso refugio, maravillosamente atendido y famoso por sus exquisitas cenas. Los dos circuitos son espectaculares y merecen ser recorridos paso a paso. Y cada uno tiene su historia, su plena justificación.

La ruta de las Golondrinas es un circuito de cuatro días ideal para iniciarse en las travesías pirenaicas. Recibe ese nombre en honor de las mujeres que todos los años se trasladaban desde los valles del sur del Pirineo hasta la localidad francesa de Mauléon, donde se dedicaban a trabajar en la industria alpargatera.

Como las golondrinas, estas mujeres emprendían su viaje en el otoño, desde los valles de Salazar, Roncal y Ansó, y no volvían hasta la primavera siguiente, cuando comenzaba el deshielo y las tareas del campo las reclamaban en sus valles nativos. Mujeres migrantes que tejían no solo los hilos de algodón con los que se manufacturaban las alpargatas, sino las sendas que unían las dos vertientes del Pirineo y que ellas abrían con sus pasos.

Uno de los pasos claves de esta ruta es el collado de Petrechema, al lado de las soberbias agujas de Ansabère. Si el descenso está innivado (y puede estarlo hasta bien entrado junio), conviene tomar todas las precauciones y llevar en la mochila piolet y crampones. Una vez abajo, ya en la vertiente francesa, en el rincón de Lescun se abre ante nosotros el que considero el panorama más bello de la cordillera. Con el Petrechema y las agujas reclamando un lugar entre los más bellos paisajes de montaña.



Flanco norte de las agujas de Ansabère/Petrechema
(foto de Daniel G. Pelillo)

Si la ruta de las Golondrinas tiene como eje temático la migración de mujeres, el nombre de la senda Camille alude a otro habitante precarizado de estos valles: el oso, en concreto el que se cree el último oso autóctono de la cordillera. Uno llamado Camille. Uno que ya no existe. La persecución de este animal emblemático prácticamente ha acabado con la especie. En 1996 y 2006, sin embargo, se reintrodujeron osos traídos de Eslovenia, y algunos se cruzaron con los últimos ejemplares autóctonos. Aproximadamente se cree que existen veinte osos en todo el Pirineo. El valle del Roncal (Navarra), Ansó y Hecho (Aragón) y Arán y Pallars Sobirà (Lérida) son los lugares por donde se mueven estos resistentes montañeses, ajenos ellos también a las leyes de la frontera, estos contrabandistas irredentos.

La senda Camille es algo más larga: hacen falta al menos seis o siete días para recorrer el territorio del último oso. Comparte con las Golondrinas la etapa del Petrechema y se ensancha al este hacia rincones asombrosos como el Valle de los Sarrios, el ibón de Estanés o el bosque de Sansanet, desde cuyo fondo el pico del Aspe parece un coloso infinito.

Cuando se recorre la foz de Biniés en sentido contrario, buscando la salida del desfiladero, el olor de los miles de boj

que crecen sobre la roca sigue saturando el aire. Atrás queda un territorio hasta hace poco enigmático y autárquico. Las sierras exteriores protegían un espacio cultural y políticamente singular, donde los montañeses y los osos ignoraban las fronteras y establecían sus propias reglas de convivencia. Ahora, la carretera arrancada a la montaña nos permite entrar en ese mundo fascinante, al mismo tiempo que lo destruye. Es ese turismo de montaña que busca en vano un mundo que en realidad ya no existe, un oso que murió hace veinte años y una autonomía política laminada ahora desde Bruselas, Madrid o París. Pero todavía, al salir al llano, el mundo cambia. El reino de la roca y las hayas se da de bruces con la dura realidad de la estepa. Nunca he abandonado el Pirineo sin sentir una punzada de dolor. Según te alejas, vuelves de vez en cuando la mirada con ansiedad para ver esos picos nevados donde horas o días antes tenías bien puestos los pies. Ahora tus pies pisan el acelerador y se alejan de esa forma de felicidad a la que llamamos Pirineo.

TRIBUNA ABIERTA: cualquiera que tenga algo que contar sobre montañas y alpinismo dispone de este espacio para hacerlo.

¿PERIÓDICOS TIENEN?

EDUARDO ACASO, EXPLORADOR Y DILETANTE

Rafael Reig

Con Eduardo Acaso ha desaparecido una de las personas que hacían Cercedilla más acogedora; y la vida, en general, más vividera. Da gusto repetir lo que Claudio Rodríguez escribió de su amigo Eugenio de Luelmo:

*Cuando amanece alguien con gracia
de tan sencillas
como a su lado son las cosas, casi
parecen nuevas.*

No he tenido la suerte de ser amigo suyo mucho tiempo, pero sí amigo instantáneo, desde que un día desayunamos juntos en la churrería de Teo. Él venía de llevar a Trampa, su perra, al monte, y de tumbarse en la hierba a leer el periódico (que no sé dónde habría podido comprar, porque en la librería no tenemos periódicos), y lo contaba con alegría contagiosa, convirtiendo un paseo y una lectura de la prensa tumbado boca arriba en una aventura inolvidable, en algo nuevo, creado por la fuerza de su entusiasmo. Pensé de inmediato que era una persona incapaz de aburrirse, alguien convencido, como decía Flaubert, de que «basta con poner la suficiente atención para encontrar cualquier cosa interesante». Iniciamos entonces esa conversación inacabable que construye una amistad: casi todos los días —si no andaba en sus hospitales— comentábamos la vida alrededor, y su curiosidad inagotable hizo para mí el mundo más ancho y menos ajeno. Pintaba con acuarelas, lápices de colores y rotuladores, escribía cuentos y novelas, leía con pasión, recorría y recordaba paisajes rozando alguno de sus mapas con la yema del dedo, hablaba de veleros, de minerales, de vientos y de selvas. A veces nos bebíamos una botella de vino; otras veces él solo se tomaba una cerveza, pero con tanto placer que a mí me daban ganas de beber menos para aprender a beber mejor, como hacía él.



Y conspiraba sin parar, a media voz, siempre a favor de la felicidad.

Una de las grandes alegrías que he tenido en la vida ha sido la de encasquetarle a Eduardo un salacot. Fue en nuestra casa y creo que a él también le alegró el día, tal y como refleja la foto que no recuerdo si hizo Violeta o Myriam. Siempre que veía a Eduardo había tenido la impresión de que lo único que le faltaba era ese sombrero que el diccionario define «en forma de medio elipsoide o de casquete esférico», pero que a mí me parece el propio de lo que era Eduardo: un explorador. Mejor dicho, era —como tantos excéntricos del imperio británico— explorador y diletante. Explorador porque todo lo transformaba en un descubrimiento, algo que contar al volver, y cualquier sitio se convertía en un lugar lejano lleno de aventuras maravillosas, aunque se tratara de un paseo madrugador con su perra y la prensa (adquirida no se sabe en qué dudoso establecimiento). Diletante, del italiano *dilettante*, es aquel «que se deleita», quien hace las cosas por el puro placer de hacerlas, porque le da la gana y para ser feliz; y a mí me parece que eso era lo más característico de Eduardo. Pintaba, leía, escribía, conversaba y paseaba por placer.

Ese día pensamos Violeta y yo en regalarle un salacot, pero no nos dio tiempo. Ya habíamos comentado muchas veces

Eduardo Acaso Deltell
(foto de Violeta Fernández o Myriam Ortega)

En la esquina superior, rosa de los vientos del libro
The Seaman's Secrets, de John Davis (Londres, 1607)

Eduardo y yo que la vida es una película de la que nunca logras ver el final: siempre te sacan del cine antes de que termine. De esas cosas hablábamos cuando volvía de sus hospitales, y hablando de esas cosas, Eduardo seguía siendo partidario de la felicidad. Muchos tesoros y maravillas traídos de sus lejanas tierras nos dejó: su libro sobre la geología del valle de Cercedilla, que presentó en el Luis Rosales, rodeado de amigos; su libro de relatos bíblicos, que presentó en Peña Pintada, al aire libre, también con amigos; sus acuarelas, una novela inédita que tuve la suerte de leer, *La ciudad de los relojeros*, y que espero se publique pronto; pero a mí me queda su lección ejemplar —aunque impartida sonriendo y como si no tuviera importancia—: el entusiasmo por la película, aunque sepamos que no la veremos entera, y también el arte de poner atención, para que todo se vuelva interesante. De nuevo, nada podré decir que no haya dicho ya —inmejorablemente— Claudio Rodríguez en aquella elegía a su amigo Eugenio:

*Nos da como vergüenza
vivir, nos da vergüenza
respirar, ver lo hermosa
que cae la tarde. Pero
por el ojo de todas las cerraduras
del mundo
pasa tu llave y abre
familiar, luminosa,
y así entramos en casa
como aquel que regresa de una cita
cumplida.*

Esto es lo que quiero agradecerle, sobre todas las cosas, a Eduardo Acaso: que me haya enseñado a ver lo hermosa que cae la tarde, cómo despunta el sol tras esos pinos, que no me dé como vergüenza vivir.

BALCONES AL VALLE DE FUENFRÍA

Poemas inéditos

Jorge Riechmann

La montaña camina
de su cima a su base

de su base a su cima

Si —decimos—
la muerte forma parte de la vida

¿a qué frecuentaríamos cementerios?

Caminaremos a través del bosque

Salir a la calle
adentrarse en el monte
y que las rodillas no duelan

Caminar
—en la columna vertebral todo parece en su sitio
y nada indica que tisis o sarcoma
estén cavilando si hacer acto de presencia—

Luz de amanecida:

tantas razones
para dar gracias

¿Por qué podría alguien
siquiera imaginar
que la escritura debería procurar redención?

Mejor seguir aquel consejo
de Paco Pino: mira
—ten la fuerza de no apartar la vista—
y no añadas nada de poesía a tu mirar

Geofagia

Un poco de tierra en la boca
para recordar lo que somos

El cambio climático como oportunidad de negocio
La guerra como oportunidad de negocio
La destrucción de la trama de la vida como oportunidad de negocio

La extinción
del ser humano
como fantástica oportunidad de negocio

No tener prisa pero no perder tiempo
aconsejaba Saramago

También en estos años
de corrosión y derrumbe hacia el colapso
vale el consejo

Lo opuesto a la esperanza
—dice la climatóloga Kate Marvel—
no es la desesperación sino el duelo

Y lo que necesitamos
no es esperanza-ficción
sino coraje

¿Ceder
al *tsunami* arrasador del nihilismo?

No: necesitamos sentir que nuestros muertos
no se avergüenzan de nosotros



En este valle
para pedir perdón
a los insectos

para suplicar benevolencia
a los árboles

para solicitar amparo
a las vacas y los zorros

perdón por lo imperdonable

Quien quiere el fin
¿debe querer los medios? —preguntamos
al señor Nietzsche

Cabe querer el fin
aborrecer los medios
y seguir dando vueltas

en torno al manantial de lo imposible

Quiero ser como era
quiero holgar como holgaba
contigo, amor, contigo
en el prado de Majalasna

(variación sobre un tema de Uxío Novoneyra)



Valle de La Fuenfría desde La Peñota
(foto de Daniel G. Pelillo)

JARAS Y JARALES

Manuel Peinado

Bien avanzada la primavera y durante el comienzo del verano, los jarales tiñen de blanco las faldas de las sierras del Sistema Central. La floración masiva es todo un espectáculo.

Los jarales vestidos de blanco confieren al paisaje un aspecto inconfundible, como de campo de algodón, gracias al gran tamaño de las flores, que pueden alcanzar hasta medio palmo de diámetro.

El nombre común *jara* proviene de un vocablo andalusí que significa «velluda, peluda, hirsuta», y que dio lugar en castellano antiguo al vocablo *xara*. En la nomenclatura botánica, las jaras se incluyen en un solo género, *Cistus*, nombre con el que las bautizó en 1753 el gran naturalista sueco Linneo. Aunque no se sabe con certeza, parece probable que su nombre esté relacionado, por la forma de sus frutos, con la palabra griega *kístē*, que significa «cesta». Todos los *Cistus*, de los que en España existen doce especies y una legión de híbridos, son arbustos o arbustillos olorosos, de corteza muy aparente, provistos de hojas perennes y opuestas, es decir, enfrentadas por pares a lo largo de sus tallos pardo negruzcos y algo tortuosos.

Las flores, que se disponen en grupos de formas diferentes, son muy características sobre todo por sus cinco pétalos

arrugados en el capullo, blancos, rosados o purpúreos, algunos con una mancha amarilla o púrpura hacia la base. Y llamativos son también sus muchos **estambres** (entre treinta y ciento cincuenta), con cuyo polen recompensan a los insectos hipnotizados por el resplandor blanco, habida cuenta de que las jaras carecen de nectarios. Esa carencia hace que sobre ellas abunden los escarabajos **palinófagos** y escaseen las abejas melíferas. En el centro de la corona de estambres aparece, a modo de maza, el **ovario**, compuesto por un número variable (de cinco a doce) de piezas o **carpelos**. Cuando el ovario es fecundado, madura formando un fruto seco y cerrado —una cápsula—, que acaba por abrirse mediante unas valvas por cuyas fisuras escapan las minúsculas semillas que dispersa el viento.

En Cercedilla aparecen dos especies de *Cistus*, ambas de flores blancas, que se distinguen con relativa facilidad y que, salvo en las zonas de contacto, donde coexisten, ocupan posiciones ecológicas diferentes, aunque siempre sobre suelos ácidos, como granitos, cuarcitas y piza-

rras, especialmente sobre los más degradados, por lo que su presencia suele indicar que se trata de suelos muy pobres en nutrientes. Empecemos por separarlas por sus preferencias bioclimáticas.

Si uno va ascendiendo desde la meseta hacia las alturas de Guadarrama, pasará primero por el piso bioclimático mesomediterráneo, dominio de los encinares de *Quercus rotundifolia*, cuya jara acompañante —o sustituyente en los jarales que se implantan por degradación antrópica de los encinares o por la imposibilidad de que la encina genere bosques en las situaciones topográficas más desfavorables— es siempre la jara de **ládano** o jara pringosa, *Cistus ladanifer*. A medida que ascendemos, el frío y las precipitaciones orográficas aumentan, y con ello, a medida que nos introducimos en el piso supramediterráneo, los encinares van cediendo ante los robledales dominados por el roble melojo *Quercus pyrenaica*, cuya jara acompañante o sustituyente es la *Cistus laurifolius*, llamada jara laurifolia o de hojas de laurel, jara de estepa, jara, jaristepa o juagarzo. En las situaciones intermedias o de ecotono, ambas jaras se



Jaral de *Cistus laurifolius* en el valle de Navalmedio, entre el arroyo del Baillo y el arroyo del Judío; Siete Picos al fondo (foto de Daniel G. Pelillo)

mezclan y se hibridan, dando lugar a una jara mestiza, *Cistus cyprius*, de caracteres morfológicos intermedios, que, aunque pueda producir flores mal conformadas e incluso frutos siempre de cinco valvas, carece prácticamente de semillas.

La mejor forma de diferenciar una jara de otra es atendiendo a sus hojas. Si son acintadas, sin punta y muy pringosas por la abundancia de una resina rica en ládano, se trata de *Cistus ladanifer*. A veces, algunos ejemplares presentan en la base de sus pétalos, de un blanco níveo, unas manchas purpúreas, de donde proviene el nombre popular de «jara de las cinco llagas». No conviene fijarse en ese carácter para distinguirla, pues la presencia o no de esas manchas es aleatoria y dentro de una misma población (e incluso sobre un mismo individuo) aparecen flores manchadas y otras inmaculadas. Más seguro es contar el número de valvas del fruto, que varían entre cinco y diez, carácter que la diferencia de las otras especies de *Cistus*, que tienen siempre cinco valvas, y del resto de las cistáceas, que tienen frutos trivalvos.

Si las hojas son **ovadas y lanceoladas**, con los márgenes rizados y con la lámina provista de tres nervios curvos bien marcados, se trata de la jara de hoja de laurel, *Cistus laurifolius*, aunque me apresuro a decir que su parecido con las hojas del verdadero laurel (*Laurus nobilis*) es muy remoto. Esta jara estepa es algo aromática, pero carece de ládano; es bastante robusta, aunque su altura no pasa de un metro y medio, con tallos gruesos de los que se desprenden en tiras irregulares porciones de corteza de color miel, lo que constituye otra diferencia con *Cistus ladanifer*, cuyos leños son oscuros y rugosos, en los que la corteza permanece firmemente adherida. Al parecer, las tiras corticales de la jara estepa se utilizaron en algunos pueblos españoles como sustituto del tabaco.

Los pedúnculos florales de la jaristepa tienen uno o dos pares de flores con cabos largos —de tres a cuatro centímetros—, rematados con media docena o más de flores dispuestas en una **umbela**, lo que constituye otra notable diferencia

con la jara pringosa, cuyas flores suelen aparecer aisladas en el extremo de los tallos. La corola es amplia, de cinco a seis centímetros de diámetro y con cinco pétalos blancos o tenuemente lechosos, que suelen amarillear en el centro de la flor. El fruto es duro, claramente velloso de la mitad para arriba, y al abrirse muestra siempre cinco valvas.

Domine una u otra especie, el aspecto de los jarales es impresionante. Sus masas, que cubren extensas superficies, han sido comparadas con las olas del mar. De cerca, si está bien desarrollado, se convierte en un matorral incómodo de transitar porque sus ramas se traban y dificultan la marcha, como describieron magistralmente Martín Bolaños y Guinea en su monografía *Jarales y jaras* (Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1949):

Estas páginas se escriben además en la hipótesis de que quienes las lean se hayan internado entre jaras, siquiera lo suficiente para que, tras unos pasos entre garranchos, varetos y ligaduras, con la vista cubierta, rasgada la ropa, abofeteada la cara, sangrando piernas y manos y embadurnado el cuerpo con pez resinosa, al salir a vereda sudorosos y rendidos, admiren la movilidad del cabrero y comprendan la razón de su armadura de pieles.

Domine una u otra especie, el aspecto de los jarales es impresionante

Cistus laurifolius. Frutos dispuestos en umbela y abiertos en cinco valvas (foto de Daniel G. Pelillo)



Cistus ladanifer. Fruto aislado y abierto, en este caso, en nueve valvas (foto de Daniel G. Pelillo)





Fig. 16.—*Cistus laurifolius* L.: 1, extremo de un ramo con flores pasadas; 2, hojas de la forma genuina; 3, detalle de una inflorescencia con las flores a media abrir; 4, flor vista desde arriba y de lado; 5, pétalos; 6, verticilos sexuales; 7, fruto y 2 sépalos; 8, fruto; 9, cápsula abierta (aumentada); 10, semillas (aumentadas); 11, hoja de la var. *ovatum* Rouy; 12, hojas de la var. *lanceolatus* Rouy et Foucaud.



Fig. 13.—*Cistus ladaniferus* L. var. *maculatus* Dun.; 1, ejemplar con yemas florales, flores y un fruto; 2, fma. *salicifolius* Miller, herborizado entre Valverde de Beas, Huelva, legit E. Gros, 13-V-1931, determinativ C. Pau; 3, detalle de una hoja del mismo; sin número, un pelo estrellado.

Ilustraciones de *Cistus laurifolius* (izquierda) y *Cistus ladanifer* (derecha) incluídas en el libro *Jarales y jaras (Cistografía hispánica)*, de Manuel Martín Bolaños y Emilio Guinea López, 1949, Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, Madrid, Editorial Ares (ilustraciones de Emilio Guinea López)

A pesar de la densidad del ramaje, las cepas de las jaras están bastante separadas unas de otras y, como su parte basal está menguada de hojas, el jaral es como un bosque a escala reducida difícil de transitar al nivel de las copas, pero fácil si se avanza por debajo del vuelo. Como es lógico, la mayoría de los animales de pelo que se cobijan en los jarales, conejos, zorros, lobos, lince, jabalíes..., transitan por él con facilidad, como lo haríamos nosotros entre los troncos de un bosque abierto.

Las jaras se disponen de manera uniforme, lo que parece corresponder a una competencia espacial favorecida por sus propiedades **alelopáticas**. Eso hace que los jarales aparezcan muy aclarados porque los huecos que quedan debajo de cada individuo no son ocupados por nuevas jaras jóvenes, sino por las vecinas que extienden las ramas e invaden los espacios vacíos.

Como matorral mediterráneo, las adaptaciones tendentes a evitar la pérdida de agua y a minorar la insolación están a la orden del día. Prácticamente todas las plantas de los jarales se **lignifican** rápidamente, poseen hojas estrechas, arrolladas sobre el envés y cubiertas de pelos que protegen los **estomas**. Las jaras son caso aparte, aunque solo sea por su dominancia y por las adaptaciones especiales que muestran. En primer lugar, el número de hojas es relativamente pequeño en comparación con el tamaño de la planta. Vistas aisladas, las ramas resultan hasta ridículas: largas, desnudas, con unos mechones de hojas en las partes más jóvenes; en los periodos de más calor las hojas se abaten y quedan péndulas para oponer menor superficie al sol. Si la sequedad y el calor aprietan durante largo tiempo, las jaras reducen su metabolismo para evitar transpiraciones

y entran en reposo estival. Con la llegada de las temperaturas suaves y las lluvias del otoño, el jaral recobra su funcionamiento pleno y su esplendor; las hojas lavadas por el agua de lluvia captan el máximo de luz y reanudan su intensa transpiración. Luego, el intenso frío las somete a un letargo invernal del que despertarán con los primeros calores primaverales.

El aspecto del jaral cambia completamente con la floración; no parece la misma comunidad la que vemos en otoño vestida de color verde oscuro, uniforme, que la de jaras cuajadas de grandes flores blancas en primavera. La floración en los jarales se inicia tímidamente con los primeros días de abril y alcanza su esplendor a mediados de mayo, aunque estas fechas varían bastante con la altitud y con la exposición.



Flor de *Cistus laurifolius* visitada por hormigas y un escarabajo, algunos de sus polinizadores más comunes (foto de Daniel G. Pelillo)

El cortejo florístico que acompaña al jaral pringoso y al jaral laurifolio es diferente. El primero es un matorral poco diverso, pues por lo general ronda la docena de especies y muchas veces se compone, además de la dominante, solo de romero (*Rosmarinus officinalis*), cantueso (*Lavandula stoechas* subespecie *pendunculata*) y tomillo blanco (*Thymus mastichina*). Si se trata de jarales ricos, pueden aparecer también ejemplares de *Thymus zygis*, *Halimium umbellatum* subespecie *viscosum* (una especie de jara en miniatura, con las hojas muy estrechas, casi lineares, a la que los lugareños suelen llamar jarilla pringosa), siempreviva amarilla (*Helichrysum stoechas*), torvisco (*Daphne gnidium*), berceo (*Stipa gigantea*), enebros (*Juniperus oxycedrus*) y encinas jóvenes o carrascas (*Quercus rotundifolia*). En los claros se desarrollan algunas especies anuales acidófilas, pero siempre en pequeño número. Y también en los claros, al pie de las jaras, es frecuente encontrar un manojito rojigualda del hipocisto (*Cytinus hypocistis*), la colmenilla o tetica, que, carente de clorofila, vive parasitando las raíces de las jaras.

La existencia de alguna carrasca o de algún enebro en el seno del jaral, en berrocales, zonas agrestes, pendientes in-

clinadas, riscos y breñas, muestra bien a las claras su condición de comunidad de sustitución de los encinares dentro de unos límites altitudinales normales, que oscilan entre los 650 y los 1250 metros, límites que se modifican localmente y se rebasan por arriba en las solanas de la sierra hasta máximos que pueden alcanzar los 1350 metros.

Más arriba, el jaral pringoso arroja la toalla y es sustituido por los jarales de estepa o laurifolios, y con ellos aparecen algunas de sus compañeras más fieles, que casi nunca acompañan al jaral pringoso, salvo en los mencionados ecotonos. Además de la jaristepa dominante, a veces solo hay hiniestas (*Genista cinerea* subespecie *cinerascens*), escoba o retama negra (*Cytisus scoparius*), helecho de pescaderos (*Pteridium aquilinum*) y bolina (*Santolina rosmarinifolia*), además de los casi omnipresentes cantuesos, tomillos y siemprevivas.

En condiciones óptimas, con recubrimientos del matorral que sobrepasen el ochenta por ciento del suelo, la jara estepa y la hiniesta son dominantes, con un estrato superior de entre uno y dos metros de altura superpuesto a otro

de **caméfitos**, que no pasan de los cincuenta centímetros. Algunas plantas de los pastizales vecinos entran en el matorral como tercer estrato de carácter herbáceo. El aspecto cambia de forma sustancial con las floraciones de las dominantes, siempre más tardías que las de los jarales pringosos, por sus preferencias altitudinales; cuando rompe la primavera y estallan las flores de la jara pringosa, el jaral laurifolio muestra una coloración rojiza u ocre, debida a sus yemas y capullos; viene luego la explosión de flores

blancas de la jaristepa, y ya en junio aparece la floración amarilla de la hiniesta.

Más arriba,
el jaral
pringoso
arroja la
toalla y es
sustituido
por los jarales
de estepa

La combinación casi equilibrada de jaristepas e hiniestas, acompañadas del helecho de pescadores, indica el estado óptimo del jaral laurifolio, pero hay otros aspectos que los caminantes conocen bien. Uno en el que dominan los cantuesos y otro en el que lo hacen las hiniestas y los piornos negros. Las facies de cantuesos, los extendidos cantuesales de *Lavandula stoechas* subespecie *pedunculata*, indican la presencia de un suelo muy degradado, sin apenas materia orgánica, por causa de un laboreo reciente, por fuego, pastoreo abusivo o por cualesquiera otras causas. Es, en definitiva, una fase pionera, **primocolonizadora**, que poco a poco irá creando el suelo suficiente como para que se instalen las plantas del jaral maduro, más grandes y exigentes.

La jara estepa es, entre las especies de *Cistus*, la que alcanza mayores altitudes

Las fases con abundancia de hiniestas y piornos negros se corresponden, fundamentalmente, con los dominios más elevados del jaral laurifolio. Este jaral es frecuente en el paisaje de las laderas medias en ambas vertientes de la sierra de Guadarrama, en las que ocupa una banda que tiene su límite inferior hacia los 1250 metros y el superior a los 1500 metros, un cinturón que puede ensancharse hacia abajo y, sobre todo, hacia arriba, hasta alcanzar los 1650 metros, cota en la que el clima es de tipo montano, de influencia oceánica y con un periodo de sequedad corto en pleno centro del verano, y en la que ya se hace patente la entrada de plantas de los piornales serranos, de los que me ocuparé en otra entrega.

En esos piornales, *Genista cinerea* subespecie *cinerascens* es, junto a los enebros rastreros y los piornos serranos, la planta dominante. El **biotipo retamoide** de la hiniesta, la escoba negra y el piorno indica un ascenso del jaral por las faldas serranas hacia climas más fríos, hacia el mundo de los piornales. Los jarales, tan típicos en el mundo mediterráneo, tienen aquí su límite altitudinal, y la jara estepa es, entre las especies de *Cistus*, la de climas más continentales y la que alcanza mayores altitudes. Si uno mira bajo los matorrales de esta fase de altura del jaral, observará que entre las hierbas que acompañan abundan los biotipos vivaces, los **hemicriptófitos**, propios de climas húmedos, que eran prácticamente inexistentes en el jaral pringoso y en las manifestaciones más bajas del jaral laurifolio. Al mismo tiempo, desciende la proporción de hierbas anuales. Hemos ascendido a un nivel más lluvioso, no tan seco como el de la meseta, pero aún no tan frío como para que los **criófilos** piornos acaben por expulsar a los **termófilos** jarales.



Flor de *Cistus ladanifer*, en este ejemplar sin las manchas que a menudo aparecen en la base de los pétalos (foto de Luis Monje)

alelopático, ca. Del griego *alelos*, mutuo, y *paíhos*, muerte, alude a las propiedades competitivas de algunas plantas, que liberan sustancias que caen al suelo e inhiben la germinación y el crecimiento de otras, incluidas sus propias plántulas, con lo que logran reducir la competencia por los escasos nutrientes del suelo.

biotipo. Sinónimo de «forma biológica». Categoría dentro de la cual se incluyen los vegetales que concuerdan fundamentalmente en su estructura morfológico-biológica y, sobre todo, en los caracteres relacionados con la adaptación al medio externo. Los términos vulgares *árbol*, *arbusto* o *hierba* responden en realidad a biotipos expresados con poca precisión.

caméfito. En la clasificación biotípica se aplica a aquellos vegetales cuyas yemas de crecimiento se encuentran a menos de veinticinco centímetros de altura con respecto al suelo, de forma que en la estación desfavorable puedan quedar protegidas por un manto de hojarasca o de nieve. Vulgarmente, *arbusto bajo* o *mata*.

cápsula. Los frutos pueden ser carnosos, como las cerezas, o secos, como las pipas de girasol; uno de los tipos de frutos secos más extendidos son las cápsulas, que, una vez maduras, se dividen en tantas valvas como carpelos para dejar salir las semillas encerradas en su interior.

carpelo. Cada una de las hojas modificadas que forman el pistilo de las plantas con flores; a veces van libres (cada uno forma un pistilo) y otras se sueldan para formar un solo pistilo.

criófilo, la. Del griego *crio*, frío. Se dice de las plantas adaptadas a vivir en ambientes en los que el frío es un factor ecológico condicionante. Su antónimo es *termófilo*.

estambre. Cada uno de los órganos que forman la parte masculina de la flor o androceo; llevan los sacos políni-

cos y, en su interior, los granos de polen, que contienen los gametos masculinos. Generalmente constan de un filamento (que falta en los estambres sentados) y una antera con dos mitades o tecas; cada teca suele llevar dos sacos polínicos. Los estambres estériles, que han perdido su función y no producen polen, se denominan *estaminodios*.

estoma. Apertura minúscula que hay en la epidermis de los órganos verdes de las plantas para facilitar el intercambio de gases. Suele estar provista de dos células, que se encargan de la apertura y el cierre según las circunstancias ambientales.

hemicriptófito, ta. De *hemi* (medio o semi), *cripto* (oculto) y *phyto* (planta), plantas semiocultas. Se aplica a las plantas herbáceas cuyas partes aéreas (tallos y hojas) mueren cada año, pero que sobreviven varios porque sus yemas de crecimiento se encuentran directamente sobre la superficie del suelo, donde quedan protegidas durante la estación desfavorable por hojarasca, nieve o por las rosetas basales de hojas de la propia planta.

ládano. Sustancia resinosa alelopática que la jara emplea para evitar competencia de otras especies vegetales. De ahí la escasez de otros arbustos característica de muchos jarales que crecen sobre suelos pobres. Su olor es muy intenso, complejo y tenaz, y por su semejanza con el aroma del ámbar gris es muy apreciado en perfumería. Antiguamente se le atribuían propiedades cicatrizantes, sedantes y desinfectantes. En la recolección del ládano se empleaban cabras a las que se dejaba en los jarales para que se impregnaran de esta sustancia pegajosa; después las «peinaban» y separaban así la preciosa resina de su pelo.

lanceolado, da. Estrechamente elíptico y terminado más o menos en forma de punta de lanza.

lignificado, da. Se dice de los tejidos o células vegetales en cuyas paredes se ha depositado lignina, un polímero fenólico de alto peso molecular. Las paredes celulares lignificadas adquieren mucha dureza y constituyen estructuras tales como las cáscaras de los frutos secos y los leños de troncos y ramas.

ovado, da. Se dice del órgano laminar (hoja, pétalo, etcétera) con figura o silueta oval.

ovario. Una de las partes que componen el órgano femenino de la flor o pistilo; contiene los rudimentos seminales, denominados impropriamente «óvulos», que una vez fecundados darán las semillas. Tras la fecundación, el ovario se transformará en fruto. El ovario está formado por una o varias hojas más o menos modificadas, los carpelos.

palinófago. Que se alimenta de polen.

pistilo. Parte femenina de la flor. Se compone de ovario, estilo y estigma.

primocolonizador, ra. Se dice de las plantas pioneras, que ocupan o colonizan lugares desprovistos de vegetación, ya sea por causas naturales (aludes, inundaciones, fuego por rayos...) o por actividades antropozógenas (talas, incendios, roturación de terrenos...). Existen algunas plantas oportunistas que colonizan esos hábitats y preparan la entrada de plantas propias de las siguientes etapas maduras de la colonización progresiva.

retamoide. Con aspecto de retama, es decir, un arbusto sin hojas, o con hojas muy pequeñas y tallos verdes, fotosintéticos.

termófilo. Se aplica a plantas y comunidades que viven en lugares cálidos dentro de un macroclima general más frío, como las que viven en las laderas de solana.

DIARIO DE UN NEORRURAL I

Ricardo Gómez

Cercedilla, 23 de abril de 2119

Para quien no lo sepa, aclararé que una regadera es un recipiente portátil con un tubo acabado en un bulbo agujereado que permite verter agua de forma controlada con solo darle una pequeña inclinación y que se utilizaba para esparcir agua sobre plantas decorativas o de huerta. Pues bien, el domingo compré una regadera de latón en un mercadillo de viejo, en el que encontré también un cabo de lápiz con mina de grafito, de los que se utilizaban antes para escribir a mano. Esperé a ayer lunes para estrenarla, cuando se puso el sol y cesó el calor, y entonces salí a regar las flores de papel. Cualquiera diría que es absurdo regar unas flores de papel, pero como habrán imaginado la regadera no llevaba agua. Sin embargo, me gustan estos gestos que hablan del pasado: agarrar la regadera, ponerla bajo el grifo, girar la llave e imaginar cómo el agua salpica alegre sus bordes y borbotea en el recipiente. Por supuesto, a esas horas tampoco sale agua de los grifos. En mi barrio el servicio de abastecimiento está limitado entre las siete y las siete y veinte de la mañana. Los contadores están conectados al cuartel de la brigada ecológica y ¡ay de ti como el consumo supere los veinte litros por persona y día! Sería absurdo desperdiciar siquiera un cuartillo en regar una planta, con lo precisa que es el agua para todas las necesidades cotidianas.

Los ancianos del lugar hablan de que antes en Cercedilla llovía a menudo. No solo eso. Afirman que en el invierno incluso nevaba, y que en las montañas próximas la nieve se acumulaba formando un manto de al menos treinta centímetros de espesor, que los más exagerados elevan hasta el metro... Pero no hay fotos de eso, al menos no de acceso público. Hace tiempo me enseñaron una imagen en la que tres viejos tomaban un vino alrededor de un barril. Llevaban abrigos, sombreros y todo a su alrededor era blanco. Pero ¿quién puede asegurar que *eso blanco* fuera nieve y no algún tipo de plástico, de antes de que se prohibiese su uso?

Si aquí hay veinte minutos de agua al día, la situación de Guadarrama hacia el sur es más extrema: de quince minutos en la periferia a siete en el centro de Madridópolis, y eso por no hablar de las temperaturas asfixiantes. Además, aquí al menos el agua es pura: el rocío nocturno la deposita en el suelo y se filtra por las rocas hasta llegar a los depósitos municipales. ¡Y dos o tres días al año llueve! Los del lugar salimos a calles y plazas desnudos y con baldes de todo tipo para recoger ese precioso regalo del cielo. No es extraño que mucha gente suspire por llegar hasta aquí, ni que se limiten las visitas a los no-parraos a tres veces en el transcurso de sus vidas.

La Policía del Pensamiento aconseja que no se hable demasiado del agua para evitar que se convierta en una obsesión, pero no conozco a nadie que no piense en ella al menos diez o veinte veces al día, como dicen que antes se pensaba en el sexo o en el dinero. Ahora que sexo y dinero han dejado de ser preocupaciones, el agua (el agua no, su escasez) se ha convertido en el elemento que ordena nuestras relaciones sociales, aunque nadie quiera reconocerlo. En estos tiempos y en todo el mundo, vales lo que bebes.

Compré la regadera como un símbolo de épocas pasadas, y en ocasiones me sorprendo contemplándola, imaginándome a mi padre o a mi abuelo caminando con ella por el jardín, regando con agua de verdad plantas de verdad. Se sentirían orgullosos de ver que tengo en casa un recipiente que podría haber sido suyo, que pudieron utilizar ellos. También lo estarían de saber que dentro de cinco años me convertiré en un parrao de pleno derecho, algo que ellos no consiguieron en sus vidas.

Mi abuelo llegó a Cercedilla hace algo más de un siglo, aunque su vínculo con el pueblo era más antiguo, casi de la adolescencia, cuando contaba que venía de excursión a lo que eran Las Dehesas, por las que discurría un río (¡un río de agua limpia, aseguraba!). Se empadronó

y se asentó en el pueblo, pero siempre fue considerado un neorrural, incluso cuando sus cenizas están depositadas en el cementerio local. Tampoco su hijo, mi padre, adquirió la condición de parrao, y eso que nació, creció y murió en esta tierra. Es a mí a quien corresponde heredar lo que debió ser suyo, esa especie de nacionalidad que se asigna a los de aquí, que está muy por encima de la de catalanes, vascos o corsos.

Ya está próximo el día (solo faltan cinco años) en que iré al Ayuntamiento a que me impongan la banda y me den la insignia. ¡Un parrao de pleno derecho! Aun así, sé que todavía algunos me mirarán aviesamente, que para ellos no seré más que un neorrural converso. No me importará porque mi hija heredará mi ciudadanía parrá, aunque tenga que quitarle de la cabeza la idea de emparejarse con ese chico de Los Molinos del que dice estar enamorada. Sería una lástima que perdiera ese derecho por un asunto idiota de malentendido amor. Yo no me atrevo a decírselo, pero estoy convencido de que ese molinero, ese raro, se ha acercado a mi hija por los veinte minutos de agua al día. Ellos solo tienen diecisiete, y es bien sabido que los molineros siempre han sido muy envidiosos. Ese imbécil se piensa que solo por casarse con mi hija se convertirá en parrao. ¡Y una mierda!

Sería capaz de regalarle la regadera a mi hija con tal de que dejase a ese muchacho, que no es más que un advenedizo, y que se buscara a un parrao de pura cepa. Ella mira mi regadera con escepticismo, sin comprender todo lo que simboliza. Dice que el agujero que tiene en el fondo haría imposible que llegara a funcionar como es debido, pero es que los jóvenes de hoy son unos materialistas. Como ayer, en cuanto caiga el sol saldré a regar las flores de papel. Entretanto, haré por preparar un buchito de saliva que depositaré con mimo sobre la tierra del pequeño cactus que atesoro en secreto en casa y que sigue creciendo verde, alegre.

COMEDIANTES EN CERCEDILLA, PRIMERAS NOTICIAS

Iñaki López Martín

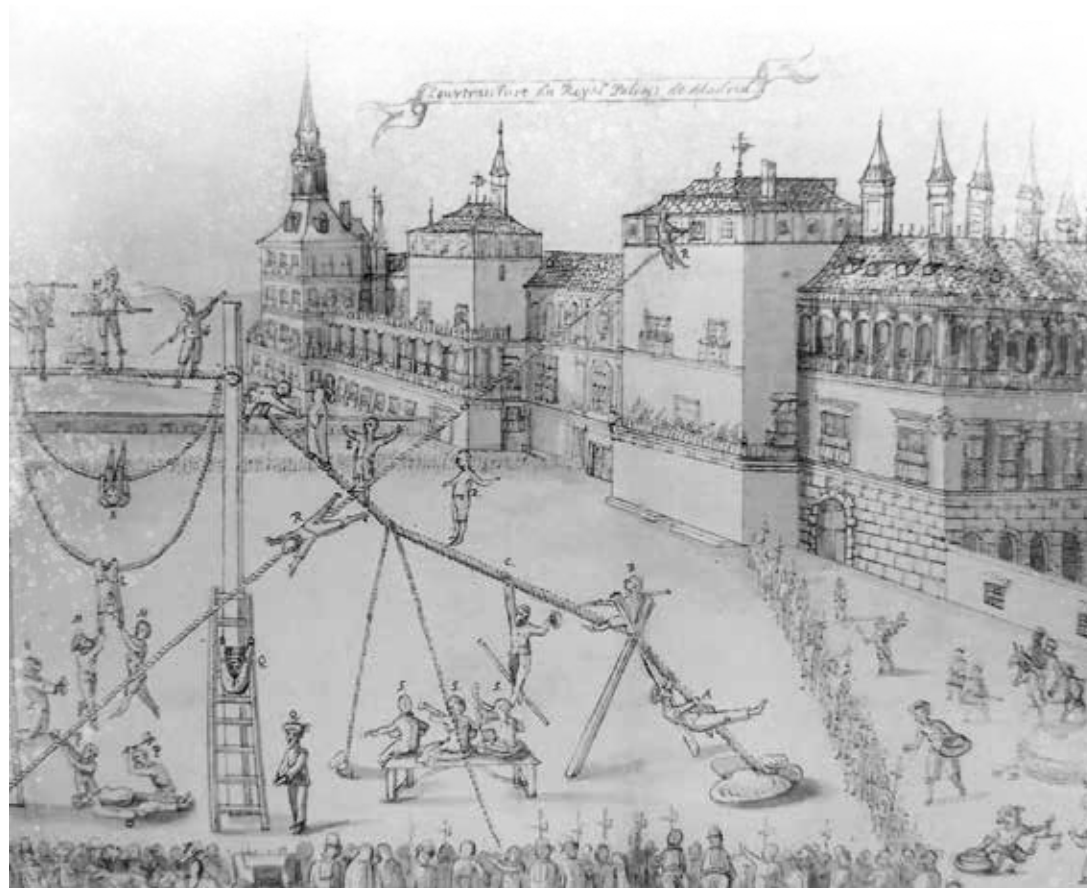
Hace algunos años, uno de los mayores especialistas en historia del teatro del Siglo de Oro, el profesor Bernardo García, que sabía que yo soy de Cercedilla, me dijo durante una pausa en un congreso: «¿Sabías que el rey Felipe III y su valido, el duque de Lerma, asistieron a varias representaciones teatrales en tu pueblo?». Me quedé de una pieza. ¿Cómo era posible que, después de más de dos décadas trillando archivos históricos en busca de referencias a mi pueblo, nunca me hubiera encontrado con ninguna noticia sobre representaciones teatrales en Cercedilla? En ocasiones, uno no tiene más remedio que pensar que ciertas cosas no suceden

por casualidad. El año pasado, cuando Le Corps d'Ulan emprendió la rehabilitación del antiguo Cine Montalvo y yo me esmeraba en descifrar los libros de contabilidad del Ayuntamiento de Cercedilla del año 1608, conseguí leer las palabras *representantes, danzantes y tamboriteros* entre los endiablados trazos de la letra procesal encadenada típica del siglo XVII. El profesor García tenía razón: en pleno Siglo de Oro, hasta Cercedilla llegaron compañías profesionales de teatro para montar representaciones destinadas a un público integrado por vecinos, autoridades locales y venidas de otros pueblos del Real de Manzanares, forasteros de todo tipo e invitados ilustres.

Hasta donde he podido documentar, estas representaciones coincidían siempre con alguna de las numerosas fiestas de carácter religioso que se celebraban a lo largo del año. Así, por ejemplo, puedo afirmar que había teatro el día de Reyes, durante las fiestas de San Sebastián y especialmente en la festividad del Corpus Christi. Se trataba en la mayoría de los casos de autos sacramentales, pero también hubo comedias, como la que transcribió en 1608 el sacristán del pueblo, Yuste Morales, trabajo por el que recibió dieciocho reales: «A Yuste Morales sacristán, del trabajo que tomó en sacar los papeles de una comedia y una obra para el día del Corpus Christi».

En 1616 una vecina del pueblo de nombre Ana Castaño recibió seis reales por un auto que entregó al Consistorio para que se representara el día de San Sebastián. La obra debía de incluir efectos escénicos especiales —lo que hoy llamaríamos una superproducción— porque el vecino Juan Vizcaíno recibió más de treinta y cinco reales por «traer y llevar los aderezos a Madrid con los que representaron la fiesta de San Sebastián y por dos maderos que puso para cierta apariencia que se hizo».

Los gastos de transporte de los actores y del atrezzo de las compañías desde Madrid corrían a cargo del Ayuntamiento, igual que la comida y bebida que se consumían durante los ensayos. Y nuestros vecinos de entonces agasajaban a los comediantes durante su estancia con vino blanco y tinto de Brunete, queso y guisados de carnero y cabra, y los alojaban en sus casas los días que duraba la representación. ¿Seremos hoy tan hospitalarios como lo fueron nuestros antepasados con los nuevos comediantes que han venido a agitar la vida cultural de nuestro pueblo? Confío en que así sea.



Passe-temps, de Jehan de L'Hermite, muestra un espectáculo de teatro público frente al Alcázar de Madrid en 1595; el autor del dibujo formaba parte de la comitiva real que acompañaba a los monarcas al paso por nuestro pueblo, donde él estuvo al menos en tres ocasiones, una en 1592 y dos 1596.

ESCENIFICACIÓN I

Le Corps d'Ulan

El lenguaje de Le Corps no existe con anterioridad al acontecimiento escénico. Porque dudamos muchísimo de que haya nuevos lenguajes, y lo dudamos más aún cuando aparecen los dogmatismos acérrimos al referirse a las nuevas dramaturgias. No creemos en lo nuevo. Porque sabemos que no existe un «lo nuevo».

Cada producción de Le Corps intenta ir hacia un instante donde se encuentre una grieta, una verdad que nos haga vibrar. Queremos producir una orgía de instantes verdaderos hilvanados, en busca de un misterio, es decir, de la extrañeza y el interés. Y es un trabajo difícil, casi de funambulista, porque cada vez nos cuesta más desorientarnos y desaprender lo aprendido.

Cuando nos planteamos una propuesta escénica, el primer reto para nosotros es descifrar qué tierra pisan o dónde se mueven los seres que aparecerán en la obra, y cuántos son y quiénes y qué significan, para luego preguntarnos desde dónde nacerán las palabras, si es que las hay, qué cuerpos sustentarán los verbos, y qué composición coserá todos los elementos, si la más clásica o la más moderna. Tratamos cada cuerpo como un lenguaje propio, con sus significantes, y los movemos a las órdenes de su propia verdad, de sus propios impulsos, que bien pueden nacer de un deseo, de una frustración o de una pesadilla. Pero el cuerpo, *resignificado*, comienza a moverse por impulso de una verdad que, probablemente, al siguiente ensayo, se haya desvanecido. Entonces es el momento de modificarla. Y modificar el movimiento no es más que tratar de descubrir la verdadera acción física que sustenta la emoción *contagiosa*. Suele ocurrir que, cuando se ha descubierto esa verdad, se disipa el movimiento y da paso al «no movimiento», es decir, a la «verdad encontrada», cuando la emoción y la contención se concentran en el *hâra*, ese triángulo que existe entre el sexo y el ombligo de los cuerpos.

Y cuando la «verdad encontrada» reside en todos los cuerpos escénicos, se trasciende toda idea de inmediatez, y fluye en la propuesta escénica —y esta es la verdadera vocación del arte teatral— la trasgresión de lo concreto.

Estos aquelarres forman parte de nuestra revisión de *Yerma*. La transmutación y contención de todos los cuerpos en escena. Nuestra primera producción de adultos en el Teatro Montalvo.

Sabemos que no es fácil digerir una obra cuyos elementos escénicos no son convencionales. Sabemos que no es fácil para el público venir a ver una obra de teatro y encontrarse con una liturgia. Pero también sabemos que el teatro nunca dejará de beber de las fuentes del rito.

En Le Corps consideramos que el teatro debe tener una función pedagógica, y la nuestra es esta: formar elencos capaces de producir la resurrección del misterio del arte escénico.

Nuestro sentido teatral apareció cuando encontramos una verdad en las dramaturgias vivas de Kantor y cuando Ricardo Bartís nos arrancó de los «estancos de la moda» para tirarnos a un precipicio conceptual.

Luego, obviamente, hacemos obras desde otras coordenadas y con otras disposiciones, pero, siempre que aparezca la firma de Le Corps, en alguna parte estará el propósito de esta búsqueda actoral.

Este proceso es tan frágil que nunca hay una garantía absoluta de comunión con el misterio, pero algunas actrices y algunos elencos lo logran —como el de *Yerma* ahora—, aunque el éxito del viaje litúrgico dependerá siempre también del espectador, de si quiere o no mutarse al rezo.

Por tanto, el asunto no está en si una comunidad determinada, como Cercedilla, puede aceptar este tipo de teatro, sino en si esa comunidad acepta las liturgias del ser humano, en sentido amplio.

Estamos en los comienzos de una aceptación. No es poco y es emocionante. Y queremos seguir compartiendo riquezas desde las profundidades.

Así pues, seguimos.



Obertura de *Yerma*, liturgia escénica de Le Corps d'Ulan (foto de Ignacio Grassano)

DE OHIO A CERCEDILLA

Robbie K. Jones y Jesús Escurín

He venido a casa de Jesús para someterme a un interrogatorio. No es la primera vez que me entrevistan, pero esta vez me hace especial ilusión porque es para la gente del pueblo, mis vecinos me conocerán mejor, me hace sentir integrado, un parrao en prácticas permanentes, como me gusta decir.

La Fundación Cultural me ha propuesto que me haga cargo de una sección de música para *El Papel de Cercedilla*, y accedo con gusto. En este número, con la ayuda de Jesús, voy a presentarme, y en los siguientes iré hablando de los músicos y las músicas de aquí, y de lo que vaya saliendo. Él se encargará de echarme una mano para redactar y documentar los contenidos de la sección en cada entrega.

Mientras su gato me mira desconfiado —no sabe que yo también tengo uno de estos instrumentos peludos y elásticos: me gustan los gatos—, me pongo cómodo en el sofá y vuelvo con mi imaginación muchos años atrás.

Llegué a España desde Ohio hace veinte años. Nací en un pueblo llamado Vermilion, no muy grande, de unos catorce mil habitantes. Y cuando llegó el momento de empezar a tomar decisiones, me decidí por la biología. Quería trabajar de forestal en algún parque nacional de los muchos que hay en Estados Unidos. Mis padres son profesores y durante las vacaciones de verano íbamos con ellos a recorrer los bosques. Con

dos años yo ya había estado en el parque de Yellowstone, y después he vuelto al menos otras nueve veces. Yo he visto al oso Yogui.

Mi hermano y yo estudiamos español en el instituto. Esta asignatura la impartía uno de esos profesores locos y divertidos que se convierten en maestros de por vida: él nos hizo amar el español. A los dieciséis, en tercer curso de español, una de las asignaturas era tauromaquia —Jesús se ríe y se le ponen los ojos como platos—. Tuve que aprender a manejar el capote para hacer chicuelinas, verónicas y pases por la espalda. El profesor se había fabricado unos cuernos y si nos veía mover los pies por debajo del capote nos golpeaba fuerte con ellos. A Hemingway seguro que le habría gustado asistir a esas clases. El Niño de Ohio, dice Jesús que podría haber sido mi nombre artístico, y mi amigo Nathan, otro alumno de aquel profesor loco y maravilloso, con quien años después compartí piso en Madrid, me puso también un nombre flamenco, el Gallo de Ohio.

Con unos diez años, ya había estudiado algo de piano, pero fue después, en la época del instituto, cuando me entró el

gusanillo de la música. Así que al final cambié la biología por la música y Ohio por España... Mis padres se preocuparon cuando abandoné los estudios de biología, pero fue más bien porque convertirme en músico iba a ser más largo y más costoso, y ellos lo sabían. Estudié primero en una escuela privada y después en una pública, durante dos años, en Colorado. Y al final volví a la universidad donde había empezado, que tiene un excelente conservatorio integrado. Su Festival Bach es el más importante fuera de Europa, y se conservan manuscritos suyos en la biblioteca.

De pequeño escuché mucha música clásica, Bach, Wagner, Tchaikovsky... Era la música que ponía mi madre en el radiocasete del coche en aquellos viajes de vacaciones a los parques nacionales. Ella toca el piano, y en la universidad tocaba el saxo, pero nunca profesionalmente. Mi abuela tocaba el piano y cantaba, y escuché la historia de que mi abuelo fue batería, pero nunca tuve pruebas de eso. Quiero decir, nunca le vi tocar. Pero cuando murió, estábamos limpiando la casa y me encontré unas escobillas. Ahí me con-

taron que no solo tocaba efectivamente la batería sino que, al parecer, en un alarde de modernidad, se le ocurrió poner una bombilla dentro del bombo, y la gente se quedó estupefacta. En Navidad mi madre ponía el *Mesías* de Händel, un vinilo tras otro, y yo los quitaba para poner los míos, de mis personajes de dibujos animados favoritos, que cantaban villancicos con la nariz. Lo del *rock 'n' roll* de los principios fue cosa de mi padre. Por aquellos años apareció la MTV y mucha gente se enganchó al canal, a la música de moda de los años ochenta, pero a mí me gustaban las *big bands* y el *jazz*, música de los años cincuenta y los sesenta. Y seguí retrocediendo hasta llegar a la *old-time music*, un género norteamericano de música *folk* con raíces en la música tradicional de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Surgió asociado con bailes folclóricos como el *square dance*, el *buck dance* o el *clogging*. Se interpreta con instrumentos acústicos, normalmente el violín, y con algún instrumento de cuerda pulsada, como el banjo o la guitarra. Es algo así como el eslabón perdido entre la música europea y la que desarrollaron después en Estados Unidos los nietos de aquellos inmigrantes. De la *old-time music* nació el *country*, y después el *bluegrass*, que es una evolución con un ritmo mucho más rápido.

Yo soy percusionista, esa es mi base, lo que estudié en el conservatorio. El banjo lo incorporé mucho más tarde, hará unos siete u ocho años. La percusión me ha facilitado la incursión en todo tipo de músicas porque en cuanto golpeas un instrumento de percusión ya suena, así que la entrada es menos árida que con otros instrumentos. La complejidad estriba en la gran cantidad de instrumentos venidos de culturas diferentes que existe para hacer percusión. Yo por ejemplo toqué el *djembe* durante seis años, me pasé todo ese tiempo estudiando la música de Guinea, y resulta que ahora el *djembe* es el instrumento que menos toco. El primer verano que estuve en Madrid me iba a tocar con aquellos músicos africanos que se ponían en el Retiro.

Llegué a Madrid en 1999 para estudiar flamenco, principalmente cajón, en la calle Amor de Dios, en Antón Martín. Nathan, mi compañero de piso, me metió mucho en ese mundo. Con él vi la película *Flamenco*, de Carlos Saura, y cuando escuché al Agujetas cantando un martinete flipé, me dieron escalofríos, casi como miedo, me capturó por completo, ¿qué es esto?!, me pregunté. Y ya cuando salió Paco de Lucía acompañado al cajón, el veneno del flamenco se me metió en la sangre.

De vuelta en América, en una temporada en la que trabajé en la sección de músicas del mundo de una megatienda de música y librería llamada Borders, escuché a Radio Tarifa. El disco acababa de llegar a la tienda y me lo zampé. Me di cuenta de que el flamenco tenía otras ramificaciones y me sentí identificado con esa música, supe que yo quería tocar eso. Bastante tiempo después, de nuevo en España, llegué a conocerlos y pude tocar con algunos de los miembros de la banda, nos hicimos amigos.

Fue Paco de Lucía quien introdujo en el flamenco el bajo eléctrico y el cajón, soy consciente de ello cuando pienso en los purismos. Yo al principio también fui purista, pero un violinista escocés al que conocí, un tipo que hacía música tradicional y música experimental a la vez, me dijo que los tradicionalistas nunca se han inventado nada, y siempre me acuerdo de eso cuando me asaltan los pensamientos puristas. Por una parte me gusta respetar los estilos, pero siempre me vuelve aquella frase del violinista escocés, como un mantra. No sé, el caso es hacer música, que la definan los otros después si quieren. Duke Ellington decía que solo hay dos tipos de música, la bien hecha y todo lo demás.

La música que más me define hoy es la que hago con mi grupo Track Dogs. Bebemos de varias fuentes, entre ellas el *bluegrass*, que ha acabado siendo mi música folclórica preferida. Es la que se escuchaba en las fiestas y en las bodas cuando yo era pequeño, pero entonces no la abracé como lo he hecho después de mayor. También conecto mucho tocando con Nick Haughton, otro músico que al final ha recalado aquí en Cercedilla, él desde Irlanda. Él mezcla de forma muy creativa lo tradicional irlandés, que me gusta tanto, y lo americano, que me hace sentir en casa. Nick fue el primero con el que toqué en España y con él creé mi primera música original.

La historia de Track Dogs es más o menos así. Garrett Wall es un músico y cantante irlandés que ya tenía un grupo, la Garrett Wall Band, con algunos discos publicados. Él conocía a Dave Mooney, también irlandés, bajista, que trabajaba en el pub Finbar's, en Argüelles, donde yo había conocido a Nick (qué raro que los músicos se conozcan siempre en los bares y no en los museos o en las iglesias, no me entra en la cabeza).



Ilustración de Juan Triguero

MÚSICAS VECINAS

Garrett y Howard Brown, el trompetista británico, trabajaban en una academia de inglés justo enfrente y se tomaban las pintas allí. Me reclutaron para un concierto acústico que estaban preparando y ya en el primer ensayo Garrett se dio cuenta de que aquello era una banda. Eso fue en octubre de 2006. Desde entonces hemos publicado seis álbumes, tenemos unas cien canciones originales y hemos incorporado algunas versiones a nuestro repertorio. Fuimos la Garrett Wall Band los dos primeros discos, y después ya Track Dogs. Así se llaman los equipos de mantenimiento del metro de Nueva York, *track dogs*. Esa gente trabaja en los túneles con linternas y tienen todo un código de señales de luz para comunicarse. Norman Hogue, un trombonista neoyorquino que vive en Madrid me lo contó, y de ahí saqué el nombre.

La primera canción que compuse con el banjo salió cuando estaba haciendo ejercicios para dedos, *hammer on* y *pull off*. Estábamos de vacaciones y Susie, mi mujer, estaba un poco malita en la cama; fuera llovía a cántaros, y entonces empezó a salir el sol y se me ocurrió una letra para esos ejercicios de dedos y de pronto apareció el tema musical. Pero el proceso creativo no es siempre el mismo, y como compositor profesional también sé lo que es hacer música por encargo: las casas comerciales me proponen cuestiones concretas y yo me pliego a sus directrices para crear un *jingle* que les guste.

Cuando compongo para mí, dependiendo de lo que sale, llega a Track Dogs o me lo quedo yo. Ahora he compuesto una canción tipo *folky* intimista, dedicada al Tally-Ho, un pub en Longford (Irlanda) que es como nuestra segunda casa, vamos a ir allí a tocar este fin de semana.

The lights went out in Cotos es un tema que hice para Track Dogs. Hacía un día horrible de viento y nieve, las ramas se caían, pero nosotros íbamos en el tren bien calentitos, con todo ese caos ahí fuera. Empecé a pensar en eso y la

canción salió entera en ese momento, como el resultado de la experiencia que estaba teniendo.

Los temas también me vienen de todas partes. *My big payday*, por ejemplo, cuenta la lucha que tuve con el banco para conseguir la hipoteca de la casa en Cercedilla. Escribí la partitura de la línea de trompeta y tenía muy claro lo que cada uno debía hacer. Pero lo más habitual es que los temas los desarrollemos entre todos, Garrett o yo llevamos una idea y todos juntos buscamos el rumbo que debe tomar la canción. Howard es muy de música negra y de *jazz*; Garrett prefiere los grandes cantantes, muy fan de Freddy Mercury, y también es pianista; el bajista es más de *rock* clásico, de Hendrix, de la Motown, y yo tiro hacia el *country* y el *folky*. En el centro de todo eso encontramos nuestro sonido.

Pero para vivir de la música con un solo proyecto hay que tener mucha suerte, lo normal es tener que hacer otras cosas, dar clases, tocar en grupos de versiones, lo que sea. Yo a veces hago música clásica, y flamenco, y música infantil. Lo bueno de la percusión, al contrario que el banjo, es que la mayor parte de la música la necesita, y yo toco varios instrumentos de percusión, de mano, más que la batería: las congas, la darbouka, el djembé, los panderos y las panderetas, que es tal vez el instrumento más universal. Eliseo Parra fue mi profesor de pandereta, con él aprendí a tocar música de Salamanca, de Valladolid, de Cantabria y de Castilla. Entonces tocaba en un grupo que se llama Balbarda, que aún sigue en activo, a veces compartiendo escenario con La Musgaña, y después con Folk on Crest, un grupo de música tradicional charra y castellanoleonés. Y todavía sigo tocando con Finis Terrae, uno de mis primeros grupos. A veces, hasta tengo la fortuna de trabajar con Susie Jones, que empezó a tocar el contrabajo cuando nos mudamos a Cercedilla y que, incomprensiblemente, sigue aguantándose como marido y ahora además tiene la paciencia de aguantarme como músico.

Miro hacia atrás y me sorprende el camino que he recorrido. Y también está el tema de vencer el pánico escénico. De chaval yo no era precisamente un líder, era más bien lo que aquí se llama un *pringao*. Pero luego vinieron los estudios en el conservatorio, la música rural, de Galicia, el flamenco, los estudios de campo, toda la percusión... Y a pesar de todo seguía teniéndole un cierto miedo al escenario, estaba más cómodo detrás de los solistas. La solución me la dio Susie, ella me empujó a trabajar con una compañía de teatro, Teatro Tespis, y eso me sirvió para vencer ese miedo y salir al escenario con más seguridad, aprendí a moverme con soltura. El *pringao* había desaparecido.

Ya me visteis en el Montalvo con ese espectáculo, *La Joya del Mundo*. Jajaja, ¿que cómo fue eso? Bueno, yo, como seguro que casi todos, cada vez que pasaba por delante del viejo cine Montalvo pensaba en la cantidad de cosas que se podrían hacer allí, y cuando vi que por fin se abría me acerqué a hablar con ellos y conocerlos. Sabía que Glenn Salgoud (otro músico afincado en el pueblo) estaba ya en contacto con ellos. David y Cecilia estaban justo por entonces pensando en la programación para Navidad. Me propusieron que tocara con mi grupo, pero no teníamos fechas, y entonces se me ocurrió proponerles un proyecto que siempre había tenido en la cabeza, como el germen de una idea que nunca había podido llevar a la práctica. Ese podía ser el momento.

En Estados Unidos había un programa que me gustaba mucho, *Prairie Home Companion*, un programa semanal de variedades de radio creado y presentado por Garrison Keillor que se transmitió en vivo desde 1974 hasta 2016. Estaba concebido como los programas de los inicios de la radio, con público,

Fotogramas del videoclip de animación hecho por Miguel Palomar para el tema *The lights went out in Cotos*, del grupo Track Dogs (ilustraciones de Miguel Palomar)



música en directo y varietés. Y también he sido muy fan de los programas del tipo *Late Night* de David Letterman y Johnny Carson, que eran mis héroes digamos «no musicales». Aquí me he vuelto fan de Andreu Buenafuente. Me encanta el concepto de tener tu propio *show* y hablar con la gente —como estáis comprobando soy un charlatán—. En esos programas, además, hay bandas que tocan en directo con músicos de mucha talla, como Paul Shaffer, que son parte fundamental del espectáculo. En la banda que acompaña a Buenafuente en «Late Motive» toca Litus, que es amigo mío, un artista genial, un máquina. Le conozco desde hace años y me alegré mucho de que le saliera ese proyecto, es un trabajo duro y de nivel.

Así que pensé en hacer algo así, un programa de radio en directo con entrevistas y actuaciones de gente de Cercedilla, y con sus vecinos como público. Mi grupo de *bluegrass* estaba disponible, ellos serían la banda de la casa. Después empecé a buscar actuaciones y me di cuenta de que en este pueblo hay un fondo increíble de músicos. Yo creo que no es casualidad, aquí se vienen muchos artistas porque este es un lugar lo suficientemente aislado como para poder concentrarte en la creación, pero con Madrid a una hora, un pueblo cuco, pintoresco, sales y estás en el campo. Ya veis, yo quise estudiar para trabajar en un parque nacional en Estados Unidos y ahora vivo en uno en Cercedilla, a una manzana de Pradoluengo, que es una especie de mini Retiro con vistas. Y un tren de vía estrecha pasa por mi jardín, como cuando vivía en Durango, Colorado, en las Montañas Rocosas.

La organización sí fue muy laboriosa, encajar la música, las entrevistas, la publicidad, pero al final todo salió bien. Los patrocinadores se prestaron enseguida, les expliqué el proyecto y les pareció bien, así que compuse unos *jingles* para promocionar sus negocios y de vez en cuando metíamos una cuña de publicidad con esa música. Quizá había de-

masiados contenidos para una hora. Es muy poco tiempo, con la publicidad y con los números musicales de las cinco bandas que vinieron a tocar, las entrevistas tuvieron que ser demasiado breves. Pensaré en hacerlo un poco más largo la próxima vez, y espero que entonces llenemos el teatro, aunque no me quejo para nada del éxito del estreno, acudieron casi cien personas.

Volveremos a estar en el aire el 6 de abril, y me encantaría que *La Joya del Mundo* pudiera convertirse en una actividad periódica. ¿Que por qué se llama así? Pues tengo que confesar que al principio no lo sabía, pero después caí en que cuando estudiaba en el instituto me contaron que a Córdoba se la llamaba la Joya del Mundo por las tres culturas que vivían allí, los musulmanes, los judíos y los cristianos, era algo así como la joya de la multiculturalidad y la tolerancia, y creo que inconsciente-

mente le puse ese nombre al proyecto por esa idea de aglutinar en un lugar las diferentes expresiones artísticas y pensamientos que hay en el pueblo, y todo además en este entorno natural que tenemos. En este sentido la Fundación Cultural hace una labor parecida, y es estupendo que podamos colaborar.

Ahora me recuerda Jesús el día que nos conocimos en la Venta Vieja, hará unos siete años, tomando cerveza y contando chistes. Le sorprendieron los míos de vascos, el acento me sale fenomenal, jajaja. Si es que los de Bilbao nacen donde quieren, tú, hasta en Ohio. La verdad es que en Cercedilla estoy en casa, es la primera vez que siento que formo parte de una comunidad, de la que recibo muchas cosas y a la que también aportó lo que puedo. Nunca se sabe qué nos traerá el futuro, pero creo que he llegado al lugar donde me gustaría quedarme para siempre.



Robbie posa con su banjo junto a una versión del famoso logotipo en el término burgalés de Santotís (foto de Susie Jones)

CARMEN CASTAÑO LIRIANO



Una conversación con Sara Rincón y Teresa Martín Molina

Sara y Teresa entran en el bar de Carmen, en el número 14 de la plaza Mayor de Cercedilla. Son las cuatro de la tarde de un día de diario y dentro están solo Petty, la camarera, y Carmen y su hija Yiralldy. Carmen y Yiralldy nacieron en Cabarete (República Dominicana). Carmen cuidó de Sara alguna vez cuando era pequeña, y Teresa y Yiralldy son amigas desde el colegio, así que entran en confianza. Se abrazan, se sientan a una mesa. Carmen toma una copa de vino. Su negocio antes estaba en la calle Emilio Serrano, hasta hace siete años, que se vinieron aquí. Llegó a España en 1999, pero su hija no vino hasta el 2002, con nueve años. Obtuvo la nacionalidad cuatro años después de llegar y un año más tarde lo hizo su hija.

CARMEN

A Cercedilla me vine por mi hermana. Primero vine de vacaciones a verla porque ella es casada con una persona de aquí y aquí viven. Fue que finalmente me vine porque estaba buscando un negocio, al principio en Madrid, de hostelería, lo que yo sé llevar. Al ver que Madrid era tan fuerte para mí sola (ya que yo no tenía a nadie más), mi hermana me dijo que fuésemos a donde una amiga a ver si conocía algo por Villalba. Estuvimos buscando por allí, pero también se subía a la cima. Hicimos un poquito de relaciones en el pueblo con una paisana y nos habló de El Paso antiguo; era un sitio que había estado alquilado por una gente latina y además tenía terracita. Así que me dije: «Bueno, pues vamos a verlo». Allá fui: era grande, tenía terraza, y

a pie de calle, así que me puse a trabajar. Y pasó que, cuando veo la vida aquí, diferente, ya no solo por mí, sino por mi hija, digo pues mira, pues vale, me quedo. Y planto mi negocio. Duramos doce años trabajándolo muy bien.

En nuestra tierra, las mujeres, nosotras, empezamos a tener hijos muy jovencitas. El ambiente que te envuelve te hace ver que el hecho de que todas las mujeres tengan un niño en brazos es normal. Cuando llegué, vi que el ambiente era bien distinto. Vi que mi hija con dieciocho años y con un niño en brazos se escapaba de lo normal aquí. Fue una de las cosas por las que me quedé en España. Aquí mi hija se ha criado, ¡ya ves...!, junto con las demás niñas. En mi trabajo también porque ella iba y venía del colegio de las monjas a casa. Lo que más me llama la atención de aquí fue ver que las chicas vivían su vida. Podían vacacionar, ir, trabajar, ser independientes, estudiar, prepararse para mañana. Y aunque las chicas no estudien, que tengan un oficio, que puedan viajar..., en fin, conocer. Eso fue lo más impactante para mí.

YIRALLDY

Para mí no supuso nada porque yo era muy pequeña, yo venía a casa porque era donde estaba mi madre. Para mí fue seguir en el día a día.

CARMEN

Aquí, donde elegí vivir, tenemos la tranquilidad de llegar a casa, de que tus hijos jueguen y que estén en un colegio no dis-

criminados, no maltratados ni nada de eso. Yo ya me quedé en la paz de decir: «Esto es lo que se necesitaba para saber lo que es vivir». No necesitaba tanto más, ni más dinero para ganar, sino más tranquilidad para tener una vida conforme. Ver la salud que tenemos, las facilidades de movilidad... Tristemente en mi país todo tiene que ser bajo dinero, no te dan nada.

Lo que más echo de menos de allí es a mi familia, a mi mamá sobre todo. Ella sí es la que me tira mucho. Aunque viene, es por poco tiempo, como mi hermano, del cual por cierto es de quien aprendí en la hostelería; él estudió cocina y al trabajar con él pues me profundicé. Y también echo de menos tantas cosas bonitas de allí... Todavía tengo un abuelo paterno, me queda uno vivo y me dice que me echa de menos. Pues es esa cosita ver esos viejitos que se van yendo... Tengo muchos sobrinitos, que me ven, pero por poco tiempo. Nos vemos poco. Es lo que más echo de menos. El calor y el frío son mentales, y como yo no paso frío...

Volvería a gusto a jubilarme. Sé que voy a volver en algún momento. Tengo casa y tengo gente allí. Tengo que ver a mi mamá. Volvemos cada dos o tres años; aunque tenemos que organizarlo con mucho tiempo por el trabajo, no podemos ir y venir de un día para otro. Son ocho horas de vuelo, nada menos.

YIRALLDY

Yo no tengo necesidad de volver porque me llame la tierra, si acaso de vacaciones o por algún tema laboral. En realidad

todos somos ciudadanos del mundo; ya que hemos dado un paso hacia delante, hay que seguir. No considero volver para quedarme porque nosotras tenemos además la doble nacionalidad. Nosotras somos ya más de aquí que de allí. Mi madre tiene sus años cotizados aquí, y yo me he criado y vivo aquí. Aunque tengamos familia allí, muchos nos hemos dispersado por el mundo. Tenemos un familiar en Canadá, otro en Suecia... Estamos un poco expandidos, pero somos familia igual y nos apoyamos mucho, y lo cierto es que es una gran ventaja tener familia por todas las partes del mundo. Los dominicanos tiramos para delante.

CARMEN

Yo aquí he conocido a gente espectacular: los que me han ayudado siempre, los que hemos llevado a flote el negocio a lo largo de este tiempo, como Petty, Minnie, Nora, Paula... Casi todas mujeres siempre conmigo, aunque también ha estado Santi, y otros chicos, como ahora los hijos de Petty.

TERESA

Seguro que tendrás mil anécdotas, ¿no? Aquí en el bar... ¿Recuerdas alguna especialmente?

CARMEN

En este pueblito solo me acuerdo de anécdotas bonitas. A todo momento hacemos

fiestas; aquí todas las semanas hay un evento. Esta semana de hecho tenemos uno, porque tenemos un cordero para celebrar. ¿El qué? No sabemos, pero hay que celebrar. Todas mis sobrinas han conocido a sus novios en El Paso, es curioso. Pero también otras muchas chicas y chicos, como Minnie, que conoció a su marido en el bar, trabajando conmigo.

SARA

Parece que hay muy buen clima aquí para que eso ocurra...

CARMEN

Ten cuidado, Sarita, jajaja. La verdad es que esto es una cosa muy bonita en la vida. Luego nos trasladamos ya al centro del pueblo y continuamos trabajando todos juntos, aunque algunos no estén. Hay gente a la que he dado de comer, como a mi amigo Fer. Él decía que yo le había salvado la vida: cuando le conocí no comía nada, solo tomaba tinto de verano y Jack Daniel's. Yo le hacía comer a la fuerza: «Tú no puedes vivir solo de alcohol». Murió hace unos dos años, hizo ahora, increíble. Él fue un gran amigo, una persona que..., a veces no sé cómo decirlo con palabras, de verdad. Una persona muy especial para mí, sinceramente. Me llenó de ilusión para hablar de él, era una muy bella persona. Estaba conmigo y me acompañaba. Quiso mucho a mi hija también, la adoraba. Nos decía a mi hija y a mí «mis niñas».



Isla de La Española, cuya parte oriental ocupa República Dominicana; el punto indica la ubicación de Cabarete

Yo reconozco que es duro llegar y plantarte día a día: «Levántate que tienes que trabajar, que tienes que seguir, ¡que tienes que tirar hacia delante!». Entiende, no por mí sola sino también para mi hija y para mis trabajadores.

SARA

Bueno y entonces, ¿aquí qué se come?

CARMEN

El plato más favorito aquí está entre dos: está el picapollo, pero también la hamburguesa.

YIRALDY

El picapollo es un pollo aliñado con muchas especias, un plato típico dominicano. No tiene mucho misterio pero le funciona muy bien a ella. Luego también está la tortilla de patata, aunque ella no la haya mencionado, ¡hay amigos míos del colegio que todavía se acuerdan de la tortilla de mi madre! Parece que no, pero aquí todos estos platos que mi madre cocina han marcado una trayectoria.

CARMEN

No hay secreto... Mucho amor, mucho cariño, que lo que yo haga para quien sea le guste de verdad, le guste lo que yo hago. Simple. Yo quiero que cada gente que venga aquí y se coma un simple huevo, que se lo coma de verdad, que le guste, no que deje la mitad.



Yiraldy y Carmen en la barra exterior del bar El Paso, Cercedilla (foto de Daniel G. Pelillo)

LOVES

José Barrios Sevillano



Formo parte de la asociación cultural Libre-pensadores de la Sierra, que crearon en 2013 los miembros del grupo de música Spin te Kú. LPS lleva años trabajando por hacer partícipe a la juventud serrana de los discursos europeos, y en ese sentido hemos enviado a varias decenas de participantes a diversos seminarios y cursos de formación. Además, estamos coordinados con la red YPAN (Youth Peace Ambassador Network), creada por el Consejo de Europa en 2011 con el objetivo de incluir a la gente joven en los procesos de toma de decisiones y la defensa de los derechos humanos a través de proyectos con dos dimensiones, la local y la internacional, simultáneamente.

Love Speech is Beautiful (Loves) ha sido nuestro último proyecto, un curso de formación para jóvenes, trabajadores de ONG y empleados de instituciones públicas orientado a entender los mecanismos que subyacen a la construcción del discurso del odio. Buscamos desactivarlo desde el nivel local, y con ese objetivo estamos en contacto con las autoridades municipales de varios países europeos.

Es una historia larga, en la que participan varios organismos oficiales y organizaciones de trece países. Voy a intentar explicarlo todo bien. Lo primero: ¿qué es el discurso del odio?

La definición jurídica es esta: delito de odio es toda acción comunicativa que tiene como objetivo promover y alimentar un dogma cargado de connotaciones discriminatorias, violentas o amenazan-

tes y que atenta contra la dignidad de un grupo definido de individuos. Y son formas comunes de expresión del discurso del odio el racismo, la xenofobia o el antisemitismo.

Si se trata de una acción comunicativa, sus elementos —emisor, receptor, código, canal, medio— serán determinantes para establecer las penas. Por ejemplo, la jurisprudencia española reconoce que la Policía y los funcionarios públicos no pueden ser objeto de este tipo de delitos, ya que no son colectivos vulnerables en riesgo de exclusión. Y en cuanto al medio, por poner otro caso, el Código Penal español, en su artículo 510, determina penas mayores para los delitos de odio que se hayan llevado a cabo a través de medios de comunicación que puedan divulgar el mensaje a un elevado número de personas. También se tiene en cuenta la relevancia pública del emisor del mensaje. Además, el canal del mensaje puede ser diverso y deben valorarse no solo las declaraciones habladas, sino también las imágenes y los vídeos.

A los ciudadanos europeos se nos atosiga con un debate muy enrevesado en torno a estos temas, tanto de corte filosófico y muy técnico como trivializador. Yo por una parte pienso que esta figura jurídica no debe ser utilizada jamás como instrumento político para ejercer la censura. El derecho a la libertad de expresión es fundamental, por eso goza de la máxima protección en la Constitución española. Pero la misma Constitución recoge los límites a la libertad de expresión en el respeto al resto de derechos fundamenta-

les, y es este límite el que se traduce en el desarrollo del concepto de delito de odio.

Obligado por su mandato de «proteger y promover la cultura de los derechos humanos» para alcanzar una sociedad pacífica y bajo el imperio de la ley, el Consejo de Europa lanzó en 2013 la campaña No Hate Speech Movement, en contra de la difusión de los mensajes de odio en internet. En esta campaña han participado cuarenta y cinco países y se ha desarrollado en varias fases hasta abril de 2018, cuando dejó de liderarla el organismo europeo y pasó a ser responsabilidad de los estados miembros. La bibliografía, las conclusiones y el relato de las experiencias de esta campaña han sido la guía de LPS para diseñar la acción de Loves.

Antes he descrito el proyecto como un curso de formación, y lo fue, pero en un sentido amplio porque, para favorecer el desarrollo de las habilidades de los participantes, creamos un grupo de trabajo transnacional a cargo, entre otras cuestiones, de la colaboración con las administraciones públicas en las comunidades locales. Teníamos un indicador claro para evaluar el éxito de Loves, un indicador de todos nuestros objetivos: si en los dos meses siguientes al curso podíamos dar constancia de que se hubieran llevado a cabo acciones concretas de alguno de los participantes en colaboración con las autoridades locales, habríamos tenido un éxito rotundo. Pero no quiero perder el eje cronológico.

A principios de abril de 2018, nos reunimos en Budapest para una sesión de

estudio organizada en el Centro Juvenil Europeo que el Consejo de Europa tiene en la ciudad, en un edificio impresionante con vistas al Danubio y a la fachada iluminada del parlamento húngaro. Durante cinco días, los miembros de la red YPAN trabajamos juntos allí para diseñar nuevos proyectos y establecer grupos de trabajo anuales. Mi tema era atractivo y consiguió los apoyos necesarios para que se le asignara uno de los diez grupos de trabajo que se montaron. Casualmente, la semana siguiente, en ese mismo edificio, iba a celebrarse la conferencia de evaluación de la campaña No Hate Speech Movement, después de cinco años de aplicación.

Y más casualidades: fue en Budapest, a dos mil kilómetros de la Sierra, donde conocí a Jorge Aguado, vecino de Cercedilla, antiguo alumno del CEIP Vía Romana y ahora miembro activo de LPS y gran amigo. Trabajamos juntos en el equipo de cinco personas de distintos lugares de Europa que iba a definir y desarrollar el proyecto Loves.

La financiación no fue un problema. Encontramos que el programa de la Unión Europea Erasmus + tenía una partida que encajaba perfectamente con nuestras intenciones y, contrarreloj, escribimos una solicitud bien nutrida de tecnicismos, firmas, declaraciones y contratos. Nos asociamos con otras diez organizaciones locales, como LPS, de estos países: Polonia, Holanda, Turquía, Chipre, Grecia, Portugal, Rumanía y Bosnia. Y también participaron trabajadores de organizaciones de Serbia y de Bielorrusia.

La financiación del programa Erasmus + nos permitió traer durante una semana, al Hotel Miranda & Suizo de San Lorenzo de El Escorial, a veinticinco asistentes provenientes de las organizaciones asociadas. El grupo recibió formación en el concepto de delito de odio, técnicas de comunicación no violenta, principios básicos y estrategias de colaboración con las autoridades locales, y técnicas de creación de narrativas alternativas. Además, dedicamos dos días —siguien-



do el exitoso modelo aprendido en Budapest— a definir nuevos proyectos multiplicadores a nivel local. Porque ahí residía la fuerza de nuestro proyecto, queríamos actuar directamente sobre las realidades locales, que los participantes volvieran a sus comunidades con estrategias bien planificadas. Normalmente los ayuntamientos en Europa no tienen competencias en esta materia, y sin embargo es en el nivel local donde se realizan los intercambios simbólicos más potentes, donde se crea el sentimiento de comunidad y donde se puede apelar a la empatía y a la tolerancia interpersonales de una forma más efectiva. Por eso pensamos que en el nivel local se pueden desactivar los mecanismos que permiten la aparición del discurso del odio.

Nuestras acciones estratégicas no están orientadas hacia la denuncia, el aislamiento o la retirada de los mensajes de odio —que es la estrategia clásica—, sino a una actuación discreta sobre las raíces culturales de esos discursos en nuestras comunidades.

En este sentido, identificamos una serie de mecanismos que son comunes a

todas las sociedades europeas y que tienen su origen en la evolución cultural, ideológica y filosófica de Occidente.

Uno: el maniqueísmo. La división del mundo en dos únicas posibilidades, el bien y el mal. Más que una idea es un mecanismo mental automático que impide percibir los matices esenciales.

Dos: la construcción de «el otro». Según la psicología social, en su corriente dedicada al estudio de la interacción simbólica, el individuo (o el grupo de individuos) toma conciencia de sí mismo a través de la interacción con el otro. Nuestra existencia se asienta en la diferencia que percibimos con respecto a los demás. Algunos consideran que los productores culturales de las definiciones de los distintos grupos son «la casta». Sea como sea, cuando esos grupos quedan históricamente definidos en base a rasgos como la religión, la cultura, la geopolítica y otras, se establece un juego de identidades que se perpetúa y pasa a ser percibido como la realidad.

Tres: la atribución de características homogéneas a grupos heterogéneos. Es una trampa lógica muy común: «Monet es un pintor», «Jimmy Hendrix es un guitarrista», «Monet y Jimmy Hendrix son artistas», «Todos los artistas son pintores».

Cuatro: la derivación de la culpa, que es crucial en la tradición judeocristiana y que aparece asociada a la idea de «pureza». Cuando se considera que el grupo al que se pertenece es autóctono y que su cultura es tradicional, suele evitarse aceptar los errores históricos y colectivos que hayan podido cometerse, y entonces se tiende a buscar un culpable fuera del grupo de pertenencia.

Y cinco: la cosificación y la deshumanización. El individuo se diluye cuando se le considera dentro de grandes grupos con rasgos muy fuertes. Por ejemplo, cuando hablamos de «los parraos», de «los parados» o de «los refugiados», dejamos de percibir que esos grupos están formados por personas con experiencias y necesidades individuales.

Durante el curso aprovechamos el ejemplo que nos ofrecía el monasterio de El

Escorial para describir cómo se han utilizado históricamente los símbolos en la construcción de narrativas excluyentes, cuyas ideologías favorecen la aparición del odio hacia grupos minoritarios o vulnerables.

Precisamente sobre estas narrativas hemos identificado que es más efectivo actuar. En la vida cotidiana, una narrativa es un relato creado sobre uno o varios hechos que, a través de interpretaciones o juicios de valor, nos dirige hacia una conclusión determinada, con independencia de la complejidad de los hechos que la motivan. Esos relatos, además, se sustentan en símbolos y en narrativas preexistentes con los que establecen relaciones de coherencia. Así se crea un corpus compartido que guía las actitudes y define los valores de las personas.

La propuesta de LPS, ya que no deseamos que haya que recortar la libertad de expresión, consiste en la creación de narrativas alternativas que, basándose en los hechos, alimenten actitudes personales respetuosas con los derechos humanos. Pueden crearse nuevos símbolos

si son necesarios o reinterpretar los existentes y construir nuevas relaciones de coherencia con otras narrativas.

Los hechos no son malos. Los símbolos tampoco. ¿Por qué entonces los entendemos como lo hacemos?, ¿responde a las necesidades de la sociedad y de los individuos que entendamos los símbolos y los hechos de una determinada forma y de ninguna otra? No se trata de destruir nada. Se trata de ser eficaces, reciclar y reinterpretar para construir una sociedad en la que todos estemos más a gusto.

Además del apoyo de la Comisión Europea a través de los fondos Erasmus +, contamos con el del INJUVE y la Comunidad de Madrid, que aprobaron el proyecto y nos propusieron algunas modificaciones; del Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial, que nos recibió en el salón de plenos para una sesión sobre colaboración con los políticos locales, y de la oficina en España del Parlamento Europeo y el Centro de Juventud del Consejo de Europa, que nos enviaron materiales, libros y útiles para los participantes.

Un grupo de coordinación de las acciones posteriores a Loves ha mantenido reuniones periódicas con los responsables de las líneas que se definieron durante el proyecto, y ha comprobado que se han producido acciones concretas en todos los países. Algunas están pendientes de recibir financiación, otras ya se han puesto en marcha con éxito.

Los conceptos que trabajamos en el curso se han incluido en *Media Task Book*, un ensayo escrito y publicado en Bielorrusia, donde además se ha creado un grupo de trabajo entre distintas ONG y administraciones para diseñar acciones en contra del discurso del odio, y hay avances similares en Holanda, en Chipre y en Grecia. En España, LPS ha presentado dos proyectos, tiene otros dos en fase de definición de objetivos y uno aprobado, que se celebrará en Cercedilla esta primavera y que se propone trasladar las conclusiones obtenidas en Loves al mundo del periodismo europeo.

Se trata de no dejar nunca de pensar y actuar en consecuencia. Os mantendremos informados por aquí.

LO QUE PINTA

MAX HIERRO

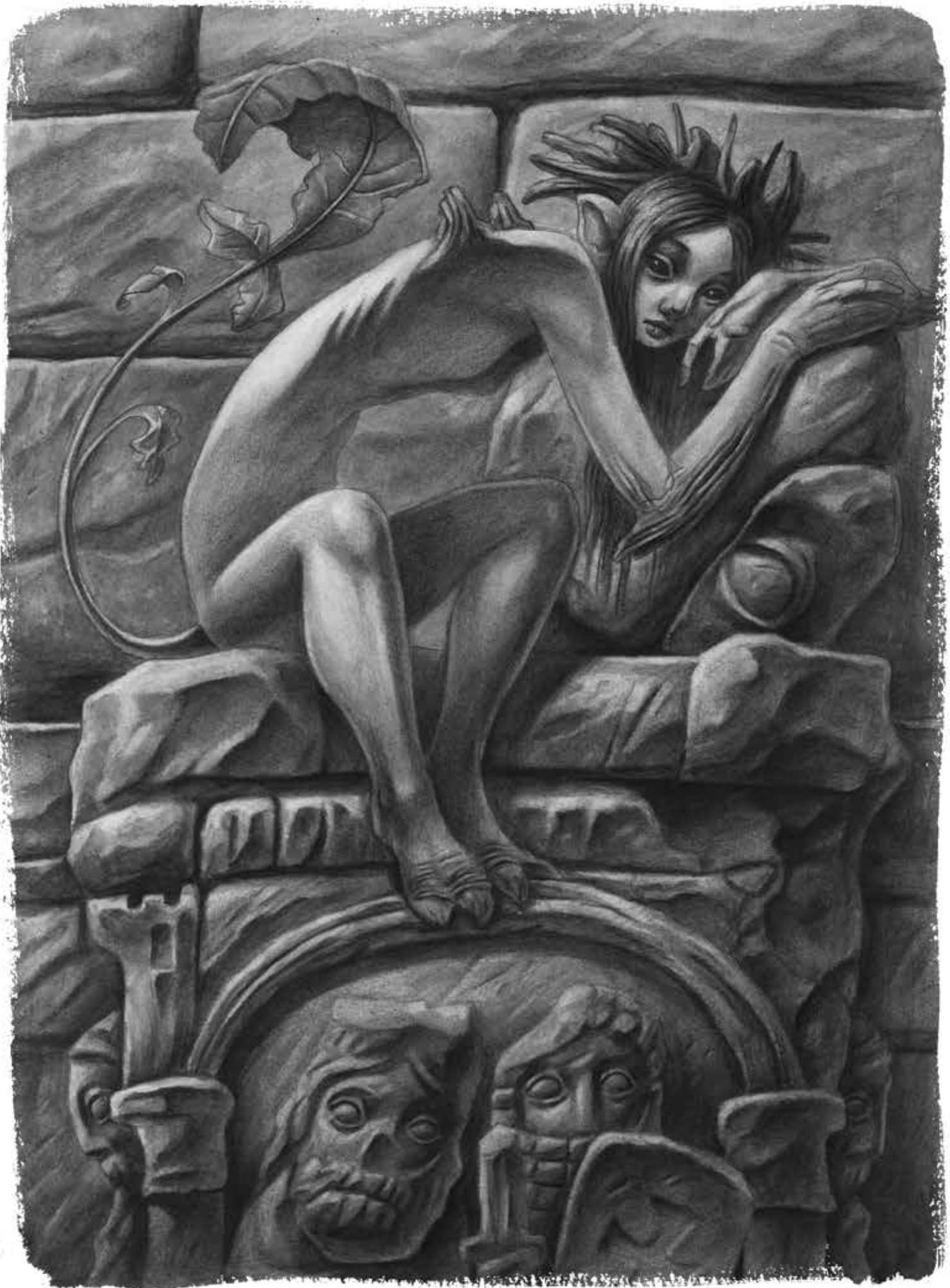
Max Hierro nació en Salamanca en 1974. Es ilustrador profesional y profesor de dibujo y color en la Escuela Superior de Ilustración de Madrid. Él nos explica: «Aunque me titulé como diseñador gráfico, siempre he estado cacharreando en el campo de la ilustración y el *storyboard* publicitario». Colaborador de medios como *El País* o *Muy Interesante*, ha ilustrado infinidad de libros tanto de ficción como educativos, para Anaya, Edelvives, Gárgola

o Siruela. En paralelo, ha ido conduciendo su obra personal hacia los territorios de la mitología y las tradiciones etnográficas.

Max vive en Cercedilla desde hace siete años: «Vivir aquí me ha ayudado a enfocar mi obra de un modo más pausado. La luz de la sierra hace que perciba los colores con un gran vigor: ahora el cromatismo me resulta más mágico si cabe. Y también antes el paisaje escaseaba en

mis dibujos, poco a poco se ha ido integrando, sobre todo los bosques».

Esta ilustración suya (lapicero sobre papel) pertenece a una serie en la que está trabajando actualmente; en ella establece un nexo entre las hadas (las *fairies* de la mitología anglosajona, seres de los bosques que pueden ser masculinos o femeninos), los dioses paganos y el dios del cristianismo.



EL ÚLTIMO TREN

Jorge Jimeno

Soy de esas personas que no tienen demasiadas certezas en la vida. Si me pongo a pensarlo, en realidad solo encuentro tres verdades absolutas sobre las que asentarme: el coyote nunca atraparé al correccaminos; el tamaño y no la calidad de las tapas de un bar es proporcional al contento de su clientela, y en el último tren a Cercedilla, ese que pasa a las once de la noche por Atocha, no hay revisor.

Cuando me instalé en este pueblo, traía ya bien firmes mis dos primeros pilares; el tercero me llevó un cierto tiempo de observación. Antes, en este país, los vecinos probablemente habrían saludado así al recién llegado: «Por San Sebastián siempre nieva; en las fiestas de verano hace un frío de mil demonios, y si vuelves en el último tren no tienes que pagar, que nunca lleva revisor». Ahora somos europeos y hemos entendido que pagar los servicios públicos es necesario para el bienestar de toda la sociedad..., así que ese tipo de cosas ya no se cuentan abiertamente: se susurran en el grupo de amigos o se aprenden después de una docena de viajes.

Yo fui autodidacta. Y por mi cuenta descubrí también que para que tu experiencia de viaje resulte totalmente satisfactoria es recomendable coger el tren en la estación de Chamartín, donde no hay tornos.

¿Remordimientos? Bueno, yo estoy totalmente en contra de esas personas que carecen de compromiso social y que eluden su deber como ciudadanos. Ahora bien, considero que ese tren sin revisor es la oportunidad que me brinda el sistema para compensar los retrasos, los abandonos en la estación de Pitis y otras incidencias que afectan al viajero. Como aquella vez que, después de haber pagado yo el billete, el tren no apareció y tuve que coger el bus de Larrea sin que me reembolsasen el dinero. Este agravio,

de hecho, me ha servido para justificar cerca de cien viajes gratuitos.

Pues bien, ahora que ustedes comprenden que soy un buen ciudadano, ahora que me he ganado su simpatía y que en ningún caso me considerarán un perroflauta aprovechado, me gustaría contarles los detalles de un viaje que nunca podré olvidar, porque el tren que cogí a última hora en Chamartín aquella noche gélida traía una sorpresa en forma de señor con traje oscuro y bordado de Renfe en la solapa.

Yo iba absorto en mi móvil, aplazando una vez más el momento de sacar el libro que me acompañaba por aquellos días sin que nunca encontrara la oportunidad de abrirlo, cuando con el rabillo del ojo reparé en el hombre que avanzaba lentamente por el pasillo, solicitando el título de viaje a los pasajeros.

Sentí calor en las mejillas. Miré el reloj. Las 23:55. No me había equivocado de tren. Se trataba, simple y llanamente, de una emboscada.

Era un tren último modelo, de los que no tienen divisiones entre vagones. Eso me había permitido ver al revisor cuando aún le quedaban bastantes metros para llegar a mi altura, pero también me impedía irme hacia la cola sin ser visto. Mejor, porque esa gente que se levanta de su asiento y huye del revisor siempre me ha parecido patética.

Como suele a esas horas, el tren iba prácticamente vacío. De un vistazo, conté que solo cinco personas separaban de mí al guardián de la ley. Acabábamos de pasar Torreldones. Era probable que pudiera bajarme en Galapagar antes de que llegase hasta mí. Ahí comenzó la primera serie de diálogos conmigo mismo (yo hablo conmigo en plural, ¿ustedes no?):

—Pero ¿qué narices vamos a hacer en Galapagar a medianoche?

—Podemos coger un taxi.

—Eso saldrá más caro que pagar la multa.

—¿A cuánto asciende la multa?

—No lo sé, pero no será tanto como un taxi desde Galapagar a Cercedilla.

—De todas formas no es por el dinero, es por la vergüenza.

—No digas gilipolleces, si no fuera por el dinero, hubiésemos pagado el puñetero billete.

—¿Y aquella vez que pagamos y luego el tren no vino?

—Cállate, eso ya está amortizado... Me niego a bajarme en Galapagar.

Esa última parte de mí habló con tal convicción que la posibilidad de abandonar el tren quedó completamente descartada.

Estaba seguro de que solo tenía que aguantar hasta Villalba. Aunque se tratase de una emboscada, ningún revisor iría más allá de esa estación, la última que aún tiene conexión con el resto del mundo. Solo unos pocos minutos me separaban de mi objetivo, así que acometí sin dudarlo un plan sencillo: cerrar los ojos y hacerme el dormido, tan profundamente que nadie ni nada iba a poder despertarme.

Sí, es posible que «no sé dónde he puesto el billete» o «se me olvidó pasar el bono por la canceladora» hubieran resultado mejores ideas, pero ya saben cómo funciona la mente cuando uno se estresa. Así que cerré los ojos, apoyé la cabeza en la ventanilla e incluso dejé que por la comisura de mis labios resbalase un hilillo de saliva. No iba a abrir los ojos pasara lo que pasara, por estas. Sabía que la clave estaba en aguantar. Con un poco de suerte, llegaríamos a Villalba sin que el revisor hubiera llegado a mi altura.

Ojos cerrados, el traqueteo del tren. Nadie me toca el hombro. Nadie me pide el billete. «Tren con destino Cercedilla. Próxima estación, Villalba. *Train bound*

to Cercedilla. Next station, Villalba». El tren se detiene. La puerta que está más cerca de mí se abre. Las puertas se cierran. El tren reanuda la marcha.

No sabía si abrir los ojos. ¿Habría pasado ya el peligro? Dudé. ¿Y si levantaba ligeramente un párpado? Pero no, en la duda está la perdición. El corredor que lidera en la recta final sabe que no debe mirar atrás.

—Aguanta, Jimeno, aguanta. —en los momentos de crisis me dirijo a mí mismo por el apellido, me da confianza.

—Seguro que se ha bajado, para qué seguir así. ¡Límpiate ya la baba, tío!

Pero dudé otra vez.

—No puedo fiarme. Es mejor seguir con la farsa hasta Cercedilla.

Y aunque tenía el cuello rígido y me molestaba el golpeteo del cristal en la cabeza, le hice caso a mi versión más precavida.

—Señor, ¿está bien? —y acompañó sus palabras de un pequeño empujón amable en mi hombro.

No contesté. Permanecí inmóvil.

Silencio.

Sentía su presencia cerca de mí.

Su presencia y silencio.

«Tren con destino Cercedilla. Próxima estación, Los Negrals. Train bound to Cercedilla. Next station, Los Negrals». El tren se detuvo. No oí ninguna puerta y reanudó la marcha.

—Señor, que si está bien —ahora ya me zarandeó un poco.

Yo seguí igual.

—Oiga, ¿usted cree que este hombre está bien?

Otra voz:

—Pues no sé, déjeme ver, soy médico.

Dos dedos se posaron en mi cuello.

—Parece que no tiene pulso.

Pero ¿qué mierda de médico era ese?

tunadamente, no tenía mal aliento, pero era muy extraño respirar el aire caliente que insuflaba en mi cuerpo con cada bocanada.

Me sentí mal con él por lo de las babas, pero no podía hacer nada al respecto: yo era una marioneta en las manos de aquel hombre que debía de haber cursado Medicina a distancia. Empezó a combinar el boca a boca con una maniobra cardiaca, golpeándome el pecho con ímpetu y sentido del ritmo. No era del todo desagradable.

«Tren con destino Cercedilla. Próxima estación, Alpedrete. Train bound to Cercedilla. Next station, Alpedrete». El tren se detuvo.

—Voy a parar el tren y pedir una ambulancia —dijo el revisor.

—No, no hace falta, creo que ya está reaccionando. Sigamos hasta Los Molinos, que tengo ahí mi coche y yo le llevo al hospital, va a ser lo más rápido.

Estaba atónito con la diligencia de aquel hombre, qué barbaridad, qué compromiso con mi salud..., cuando se acercó a mi oreja y me susurró:

—Yo tampoco tengo billete.

Me costó mucho no abrir los ojos.

—Sí, parece que ya va reaccionando. ¿Dónde se va a bajar usted? —le preguntó al revisor.

—Voy hasta el final, hasta Cercedilla. ¿Por qué? ¿Prefiere que avise a una ambulancia para que le espere allí?

Tardó en contestar. Debía de estar valorando la situación. Quizás estaba esperando una señal mía, por si yo prefería bajarme en Los Molinos o seguir hasta Cercedilla, aunque esto último supusiera tener que seguir con el numerito y lidiar después con el tema de la ambulancia y lo que pudiera venir. Yo no dije nada. Estaba comprometido con mi inconsciencia, era un alivio.

«Tren con destino Cercedilla. Próxima estación, Collado Mediano. Train bound to Cercedilla. Next station, Collado Mediano». Se abrió una puerta, alguien bajó.

—Yo creo que me lo voy a bajar conmigo en Los Molinos y ya le llevo yo al hospital. Sí, va a ser lo mejor.

Asentí interiormente. Necesitaba dejar de simular, abrir los ojos, verle la cara a ese buen samaritano.

El tren cogió despacio la última curva cerrada y se mantuvo a muy poca velocidad. Estábamos llegando.

—Perdone, doctor, si me pudiera usted enseñar su billete, que con todo este jaleo no se lo he pedido.

Y entonces fue cuando mi cuerpo comenzó a convulsionar solidariamente hacia una amistad que perdurará por el resto de los tiempos.



La Piedad
(anónimo)

Me sobresaltó la voz grave:

—El billete, por favor.

Oh, no, Dios mío, no se había bajado en Villalba. No era una emboscada, era una auténtica canallada. Eso no se le hace a un cliente.

—Señor, el billete, por favor —dijo la voz grave ahora aún más grave.

Yo contesté con un pequeño espasmo que me pareció exagerado en cuanto lo hice.

Si el corazón estaba a punto de salirse por la boca.

—Voy a tumbarle.

Con una maniobra rápida hizo que mi cuerpo se extendiese a lo largo de dos asientos, la cabeza y la espalda apoyadas, las piernas en ángulo recto y los pies en el suelo.

—Parece que no respira.

Pero ¿qué decía ese gilipollas? Entonces de golpe me abrió la boca y empezó a introducir aire en mis pulmones. Afor-

ENRIQUE FLORES

Dibujo desde siempre. Relleno cuadernos compulsivamente. Tengo mala memoria y para mí son una especie de disco duro externo al que acudo cuando necesito perder tiempo buscando algo que nunca encuentro. No solo soy dibujante. Mi trabajo no me define. Leo, voy al cine, camino. A veces dibujo mientras camino. En la sierra,

no. En la sierra procuro ser prudente y ver dónde apoyo el pie. Pero dibujo en un cuaderno de poco peso cuando me siento un rato a descansar. De esos momentos nacen estos apuntes apresurados. Peñalara, las Cabezas, el Alto del León. Siempre con amigos. Y los amigos siempre pacientes cuando saco el cuaderno. De todas formas procuro no

abusar y dibujo muy rápido para que no tengan que esperarme. Pocas veces a color, muchas inacabados. ¿No son así los paseos? ¿Y la vida? Estos dibujos no pretenden ser nada, ni siquiera ser enseñados, a pesar de que ahora se asomen a este *Papel*. No son más que memoria privada, momentos atrapados. Líneas que se mueven a la velocidad de los paisajes cambiantes.





EN LA WEB



Este icono remite a más contenidos en la página web:
fundacionculturaldecercedilla.org

CARTAS DEL LECTOR

Invitamos al lector a remitirnos sus críticas enfurecidas, sus propuestas geniales, sus cuchilladas y hasta sus elogios si se tercia. Le invitamos a convertirse en autor para poder a nuestra vez criticarlo sin piedad. Hemos tomado la palabra, pero no queremos apropiarnos del discurso. No os quedéis callados, por favor.

fundacionculturalcercedilla@gmail.com

Apartado de correos n.º 13 28470 Cercedilla - Madrid

EL PAPEL DE CERCEDILLA

